



Gezá Alföldy

HISTORIA SOCIAL DE ROMA

(PARTE 2)

Versión española de Víctor Alonso Troncoso

Título original: *Römische Sozialgeschichte*



Otros órdenes y estratos elevados

El *ordo equester* contaba con un número de miembros considerablemente más elevado que el estamento senatorial¹³². En el desfile anual de los caballeros en Roma, el 15 de julio, llegaron a tomar parte con Augusto hasta 5.000 ecuestres (Dion. Hal. 6,13,4). En realidad, los allí presentes sólo representaban una minoría dentro de su orden, puesto que muchos de los caballeros no se desplazaban a Roma para la fiesta y los *equites* que habían sobrepasado los 35 años estaban eximidos de la obligación de seguir montando (Suet., Aug. 38,3). Según Estrabón (3, 5, 3; 5, 1,7), el número de pertenecientes al segundo orden en Gades y Patavium, las dos ciudades con más caballeros a comienzos de la época imperial, alcanzaba los 500 respectivamente; en la comunidad galo-meridional de Arausio había en su teatro tres filas de asientos para *equites* (ILS 5655). Para el principado de Augusto habría quizá que calcular una cifra de 20.000 caballeros en total, equivalente, pues, a la de finales de la República; en los dos primeros siglos del Imperio este número se vería notablemente incrementado como consecuencia del creciente e ininterrumpido acceso de los provinciales al estamento ecuestre.

Como integrantes que eran de un orden dirigente, también los caballeros estaban poseídos de una conciencia de grupo estamental, que, por ejemplo, se evidencia en el cuidadoso recuento de sus títulos y rango en las inscripciones honoríficas y sepulcrales o en el espíritu de grupo por el que se regían dentro de la sociedad de cada una de las ciudades del imperio (ILS 7030). Ello no obstante el *ordo equester* no fue jamás un estamento tan homogéneo como el *ordo senatorius*¹³². Si la mayoría de sus miembros exhibía unos mismos sentimientos y modos de comportamiento, tal hecho no se debía a que entre los ecuestres existiese una forma de pensar y actuar propia y característica de su estamento, sino a que ellos asumían los ideales y adoptaban las costumbres de los senadores, cosa tanto más explicable cuanto que los que ingresaban en la administración pública estaban en posesión de una formación jurídica y militar como la de sus modelos senatoriales. La menor cohesión estructural del orden ecuestre, al menos en comparación con el grupo senatorial, la situación económica a menudo diferente entre sus distintos miembros, la heterogénea composición del estamento y la con frecuencia muy dispar dedicación profesional de los caballeros, hacían imposible la formación de un conjunto social tan cerrado como el de los senadores.

Hecho de importancia, ante todo, era el que la pertenencia al orden ecuestre, al menos formalmente, no era hereditaria. La admisión en el mismo se producía en virtud de un acto de elevación de rango del individuo y no como consecuencia de su linaje; consiguientemente, dicho estamento no se configuraba como una nobleza de sangre, sino como una nobleza de la persona. Ciertamente que en la práctica sucedía con frecuencia que el hijo de un caballero era también aceptado entre los *equites* (v. gr., ILS 6335); se hablaba también de «familias ecuestres» (por ejemplo, Tac, Hist. 1,52). Pero, al igual que con los senadores, eran muy infrecuentes los casos de linajes ecuestres que conservasen a lo largo de muchas generaciones la pertenencia a su *ordo*, y ello no radicaba en absoluto solamente en la falta de descendencia de no pocas familias ecuestres. Hay ejemplos atestiguados de hijos de caballeros que no alcanzaban el mismo rango que su padre (v. gr., ILS 6496). Lógicamente, mejor documentado está el caso de hijo de ecuestre que asciende al orden senatorial. Las familias ecuestres constituyeron la fuente de reclutamiento más importante para cubrir constantemente los vacíos creados en el estamento superior; la familia, por ejemplo, de la que provenía el emperador Septimio Severo dejó de pertenecer al estamento ecuestre, porque sus vastagos uno tras otro habían sido admitidos en el orden senatorial (vid. SHA, S 1,1 s.). Por lo general, las relaciones entre los miembros de los estamentos senatorial y ecuestre eran muy estrechas debido a los enlaces matrimoniales, a los vínculos de parentesco y al cultivo de la amistad; Plinio el Joven, por ejemplo, se carteaba no sólo con senadores, sino también con numerosos caballeros. Mayor aún era la apertura del orden ecuestre hacia abajo, hacia el decurionado de las distintas ciudades: muchísimos caballeros, y en especial aquellos que no aspiraban a una carrera en la administración del

¹³² Una visión general del *ordo equester* en A. Stein, *Der Römische Ritterstand* (München, 1927). Sobre los símbolos estamentales ecuestres, cf. H. Gabelman, *Jahrb. d. Deutschen Arch. Inst.*, 92, 1977, pp. 322 s.; vid. además *supra* nota 58.

estado o que por falta de cualidades y relaciones no podían entrar en ella, revestían cargos municipales y pertenecían a un tiempo al *ordo equester* y al *ordo decuriorum* en una ciudad o en varias a la vez. Muy diversa también podía ser la situación económica de los caballeros. A juzgar por el testimonio de Marcial, el mínimo prescrito de 400.000 sesteracios, habida cuenta de las obligaciones impuestas por el estilo de vida acorde a dicho estamento, bastaba sólo para llevar una modesta existencia; no faltaron tampoco caballeros que a duras penas tenían lo suficiente con que sustentarse (Gellius, Noct. Att. 11, 7,3). A la mayoría, sin embargo, las cosas les iban decididamente mejor, como, por ejemplo, al escritor Columela, que disponía de bienes raíces en diversos puntos de Italia central; conocidos son también caballeros inmensamente ricos, que superaban en fortuna a muchos senadores, caso de Publio Vedio Polio, el amigo de Augusto, cuya inmensa riqueza se había hecho ya proverbial (Dio 54, 23,1 s.). Distintas asimismo eran las fuentes de enriquecimiento de los ecuestres. De ellos quienes como procuradores prestaban sus servicios en la más alta administración del estado, percibían un sueldo anual de 60.000, 100.000, 200.000 y, desde Marco Aurelio, hasta de 300.000 sesteracios, variando según el rango de cada cual; los titulares de los cargos ecuestres más elevados y, sobre todo, los prefectos del pretorio, estaban mejor pagados todavía. Con todo, las que realmente contaban eran las fuentes particulares de ingresos. Entre los caballeros abundaban los grandes comerciantes, los poderosos empresarios y los banqueros, como era el caso de un Cornelio Senecio, quien, según Séneca, no desaprovechaba ningún medio de hacer fortuna, incluido el arrendamiento de los impuestos de aduana, tan popular entre los ecuestres (Ep. 101,1 s.). Considerados en su conjunto, puede decirse que los integrantes del estamento ecuestre estaban más fuertemente interesados en las fuentes de ingresos no agrarias que los senadores, a pesar de lo cual también entre los primeros era la posesión de tierras la principal fuente de riqueza. Según Quintiliano (4,2,45), los integrantes de los jurados urbanos de Roma (*iudices*), que en su mayoría (3.000 de un total de 5.000) disponían de rango ecuestre, eran propietarios de fincas rústicas; entre los muchos *equites* de Italia y las provincias, donde al mismo tiempo pertenecían al orden decurional de las ciudades, la situación no era distinta.

También la composición social del estamento ecuestre presentábase heterogénea. No pocos caballeros eran de baja extracción, contándose entre ellos hijos de libertos, como Vedio Polio. Se *trataba* de personas que en su mayoría medraban gracias a su habilidad en el mundo de los negocios o que debían su encumbramiento hasta el *ordo equester* a sus buenas relaciones con poderosos ciudadanos romanos, como sería el caso del que *acabaña* siendo emperador Publio Helvio Pértinax (SHA, P 1,1 s.). Hubo incluso libertos que ocasionalmente fueron admitidos en el orden ecuestre, ejemplo de lo cual puede ser Antonio Musa, el médico de Augusto (Dio 53, 30,3), y también con esta distinción fueron recompensados más tarde libertos adscritos al servicio del emperador, caso de ícelo con Galba (Suet., Galba 14,2). Pero eran la excepción, ya que la marca que arrastraba la persona por su nacimiento esclavo repugnaba a la conciencia estamental; hasta Horacio, *libertino patre natus* (Serm. 1, 6,6), hubo de soportar que se lo echasen en cara. En el Alto Imperio el rango ecuestre fue otorgado a menudo también a los representantes más conspicuos de la nobleza tribal indígena de las provincias. En dicha categoría de caballeros se incluían el querusco Arminio¹³³ y también muchos caballeros comprometidos en la rebelión galo-germana contra Roma del año 69, de los que podríamos citar a Julio Clásico de Tréveris y al parecer también al bátavo Julio Civilis. Numerosos caballeros ascendían al *ordo equester* después de una larga carrera militar y en atención a los servicios prestados, en concreto, tras haber ocupado los puestos de centurión hasta el rango de un *primus pilus* (con un sueldo de 60.000 sesteracios), como Quinto Marcio Turbo, oriundo de Dalmacia, que había empezado el centurionazgo con los emperadores flavios, para llegar a *alcanzar* los empleos ecuestres más elevados durante el principado de su amigo Adriano¹³⁴. La mayoría

¹³³ Vell. 2, 118,2; cf. H. von Petrikovits, *Bonner Jahrb.*, 166, 1966, páginas 175 s.; D. Timpe, *Arminius-Studien* (Heidelberg, 1970).

¹³⁴ Para las carreras de estos primipilares, léase a B. Dobson en *ANRW II* 1, pp. 329 s.; del mismo, en *Recherches sur les structures sociales dans l'antiquité classique*, pp. 99 s.; *id.*, *Die Primipilares. Entwicklung und Bedeutung, Laufbahnen und Persönlichkeiten eines römischen Offiziersranges* (Koln-Bonn, 1978); cf. B. Dobson-D. J. Breeze, *Epigr. Studien*, 8, 1969, páginas 100 s.

de los caballeros pertenecían, sin embargo, al *ordo decurionum* de las ciudades del imperio y debían su rango principalmente a su fortuna. De los 53 caballeros documentados con mayor o menor margen de seguridad en la provincia de Dalmacia, 20 como mínimo revestían magistraturas municipales y formaban parte de la capa alta de sus respectivas ciudades; de los 22 *equites* atestiguados en Nórico está documentado que la mayoría provenía de las familias dirigentes de los núcleos urbanos locales; en las colonias y municipios de la provincia de Hispania citerior habitaba un gran número de caballeros, quienes, al menos en época de los Flavios, de Trajano y de Adriano, nutrían el alto sacerdocio provincial renovable anualmente¹³⁵.

En su composición étnica el orden ecuestre estaba también más mezclado que el senatorial, a pesar de lo cual la admisión de los provinciales en el segundo estamento trajo consigo consecuencias sociales y políticas tan poco radicales como en el caso del primer orden. Puesto que muchos provinciales podían reunir el censo mínimo ecuestre, los habitantes de las provincias ya desde Augusto estaban más abundantemente representados en el *ordo equester* que en el estamento superior; la existencia de 500 caballeros en la sudhispana Gades constituye una clara prueba de ello. No obstante, la diversificación étnica de los ecuestres en época del Principado discurrió por los mismos cauces que el cambio operado en la composición del grupo senatorial. De los tribunos militares ecuestres que nos es dado verificar, en tiempos de Augusto a Calígula la relación entre itálicos y provinciales era de 90 a 29, con Claudio y Nerón, de 25 a 20, bajo los Flavios de 21 a 30 y en el siglo II de 117 a 143. Al igual que la mayor parte de los senadores provinciales, también los más de los *equites* de origen extraitálico en el siglo I procedían de unas cuantas regiones más acusadamente urbanizadas, como eran Hispania, Galia meridional y Asia; en numerosas provincias la urbanización con todas sus consecuencias sociales fue creando paulatinamente los presupuestos para la formación de familias ricas y animadas de sentimientos prorromanos, cuyos integrantes podían ser distinguidos con el *equus publicus*. El más antiguo caballero de África que nos es conocido, una persona adscrita al servicio imperial, fue aceptado en el *ordo equester* durante la década de los 40 del siglo I, mientras que de los 162 caballeros africanos documentados con un *cursus honorum* normal sólo seis alcanzaron este rango antes de Adriano; entre los 22 *equites* de Nórico el primero atestiguado se sitúa en tiempos de Trajano, y también los primeros caballeros panonios de que tenemos noticia aparecen tan sólo a comienzos de la segunda centuria¹³⁶.

Finalmente, muy diversas eran también las actividades profesionales de los caballeros. Muchos de ellos revestían a lo sumo cargos municipales o la función de *iudex* en Roma, mientras que otros renunciaban por completo a cualquier tipo de dedicación pública. Aquellos que obtenían el ascenso al segundo estamento desempeñando la carrera de centurión eran oficiales profesionales, pero podían en el último escalón de su *cursus honorum* ocupar también los más altos puestos ecuestres como procuradores y prefectos. Lo más frecuente, sin embargo, era que la carrera de los *equites* admitidos en la administración del estado se iniciase en empleos como oficial ya de rango ecuestre (*militia equestris*); consecuentemente, un caballero servía primero como comandante de una unidad de infantería de 500 hombres (*praefectus cohortis*), a continuación bien como oficial de estado mayor en una legión, bien como comandante de una cohorte de infantería de 1.000 hombres (*tribunus legionis*, *tribunus cohortis*), y por último como jefe de un escuadrón de caballería pesada de 500 hombres (*praefectus alae*); a esto se vino a añadir desde el siglo

¹³⁵ Dalmacia: J. Wilkes, en *Adriatica praeistórica et antiqua. Misc. G. Novak dicata* (Zagreb, 1970), pp. 529 s. Nórico: G. Alföldy, *Noricum*, páginas 124 s., 274 s. Hispania: G. Alföldy, *Flamines provinciae Hispaniae citerioris* (Madrid, 1973).

¹³⁶ Composición del estamento ecuestre: E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army*² (Kendal, 1961), pp. 154 s.; cf. del mismo autor, *Epigr. Studien*, 8, 1969, pp. 70 s. Tribunos militares: datos del trabajo aún sin publicar de H. Devijver, *Het militaire tribunaat der angusticlavus in het Vroeg-Romeinse Keizemjk* (Leuven, 1966). Caballeros africanos: M. G. Jarrett, *Historia*, 12, 1963, pp. 209 s., y *Epigr. Studien*, 9, 1972, pp. 146 s.; R. Duncan-Jones, *Papers of the British School at Rome*, 35, 1967, pp. 147 s. Dálmatas, nóricos e hispanos: véase la nota 135; en cuanto a los caballeros hispanos, léase además esp. a H.-G. Pflaum, en *Les empereurs romains d'Espagne*, pp. 87 s. Panonios: A. Mócsy, *RE Suppl.* IX (1962), col. 713. Caballeros de las provincias germanas: G. Alföldy, *Corsi di Cultura sull'Arte Ravennate e Biz.*, 24, 1977, páginas 7 s. De Dacia: L. Baila, *Acta class. Univ. Saent. Debrecen.*, 13, 1977, páginas 51 s.

II el mando de un escuadrón de caballería de 1.000 hombres¹³⁷. Los caballeros especialmente cualificados y ambiciosos podían después, como *procurator Augusti*, obtener los puestos elevados en la administración económica y financiera del imperio, así como la gobernación de algunas provincias menores. De ellos, los más idóneos eran destinados finalmente a los más altos cargos de la corte (especialmente una vez que estos cargos desde los Flavios y, sobre todo, a partir de Adriano, dejaron de ser confiados a libertos imperiales), pudiendo llegar así, tras ocupar los puestos de jefe del servicio de incendios de la Urbe (*praefectus vigilum*), de máximo responsable del suministro de trigo en Roma (*praefectus annonae*), y de virrey de Egipto (*praefectus Aegypti*), a conseguir el empleo ecuestre más elevado, el de prefecto del pretorio (*praefectus praetorio*)¹³⁸.

Solamente los caballeros que entraban en el servicio del estado formaban una «nobleza de toga», mientras que la mayoría de los *equites* no se veían llamados a tales destinos, tanto más cuanto que hacia mediados del siglo II, por ejemplo, había únicamente disponibles unas 550 plazas de oficial ecuestre y, en concreto bajo Antonino Pío, poco más de 100 cargos de procurador. Esto significaba que el orden ecuestre no participaba en la dirección política del imperio romano en la misma medida en que lo hacía el senatorial, estamento en el que aquella mayoría que quedaba descartada para el consulado tenía acceso, cuando menos, a los puestos senatoriales inferiores. Ahora bien, los caballeros situados en el alto funcionariado formaban parte, junto con los senadores de mayor relieve, de la élite del imperio, no debiéndonos olvidar aquí de que el prefecto del pretorio era el segundo hombre en el estado. Las funciones, el rango y los privilegios de las fuerzas senatoriales y ecuestres dirigentes apenas se distinguían, a tal punto que a los ojos de la sociedad romana del entonces estos dos grupos de la capa rectora político-militar del Imperio casi no constituían dos élites separadas. Por eso, la línea divisoria decisiva en la jerarquía social, y más aún en la jerarquía política, de los grupos superiores no era simplemente la que discurría entre senadores y caballeros, sino realmente la que se establecía entre las distintas clases de rango en el interior de ambos *ordines* dirigentes.

Todavía más mezclada que el estamento ecuestre lo estaba la élite de la sociedad urbana. Contrariamente al orden senatorial y al ecuestre, se carecía aquí de una institución aglutinadora a escala de todo el imperio romano, de un «estamento imperial», que diese cohesión al grupo de personas de este rango. La organización estamental de las élites ciudadanas, con el nombre de *ordo decurionum* en las comunidades organizadas a la romana, venía a configurarse como una corporación independiente en cada ciudad: agrupaba aquí, marcando claramente las distancias con la plebe urbana, a los miembros del consejo y a los magistrados. La pertenencia a uno de estos órdenes locales estaba en principio tan lejos de ser hereditaria como en el caso ecuestre; en su seno ingresaba cualquier ciudadano acaudalado que tras haber cumplido los 25 ó 30 años de edad y por desempeñar las magistraturas municipales —a partir del siglo II también sin el ejercicio de tales funciones— era llamado a formar parte del consejo local (*decurionatus*). Pero, dado que los hijos de los decuriones heredaban la fortuna de sus padres, era habitual ya desde el Alto Imperio que los miembros de una misma familia continuasen a lo largo de varias generaciones como miembros del *ordo decurionum* de una ciudad y, puesto que en estas comunidades urbanas, al menos desde el siglo II, apenas se produjeron cambios revolucionarios (v. gr., como consecuencia del ascenso de libertos), el decurionado fue en la práctica siempre heredable; esto condujo a que también los hijos de los decuriones fueran incluidos en el orden¹³⁹.

¹³⁷ Oficiales ecuestres: E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army*², pp. 133 s.; del mismo, *Carnuntum Jahrb.*, 1957, pp. 13 s., *id.*, en *Corolla memoriae E. Swoboda dedicata* (Graz-Köln, 1966), pp. 54 s.; G. Alföldy, *Die Hüfstruppen der Römischen Provinz Germania inferior*. Epigr. Studien, 6 (Düsseldorf, 1968), pp. 111 s. Compilación prosopográfica sobre los oficiales ecuestres: H. Devijver, *Prosopographia militarium equestrium quae fuerunt ab Augusto ad Galienum*, I-III (Leuven, 1976-80).

¹³⁸ Un estudio de conjunto en H.-G. Pflaum, *Les procureurs équestres sous le Haut-Empire romain* (París, 1950), y *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, I-IV (París, 1960-61), *Supplément* (París, 1982). En lo tocante a la posición de los caballeros en el estrato dirigente del Imperium Romanum, cf. G. Alföldy, *Chiron*, 11, 1981, pp. 169 s.

¹³⁹ Cf. P. Garnsey, en ANRW II 1, pp. 241 s. Breve síntesis en J. Gagé, *Les classes sociales dans L'Empire romain*, pp. 153 s. Cuestiones de derecho: W. Langhammer, *Die rechtliche und soziale Stellung der Magistratus Municipales und der Decuriones*

El ordo de cada una de las ciudades contaba a lo sumo con 100 miembros. Sólo ocasionalmente se quebraba esta regla, y con mayor facilidad en Oriente, donde el consejo de ancianos (*gerousia*) de las comunidades más grandes podía incluir hasta varios cientos de individuos, aunque también en las ciudades muy pequeñas, en las que resultaba imposible encontrar 100 hombres que pudiesen afrontar los gastos del decurionato. En algunos núcleos urbanos de Italia, como Cures y Veyes, los miembros del consejo significativamente se llamaban *centumviri*. En el *album* de la ciudad de Canusium correspondiente al año 223 (ILS 6121) fue enumerado un total de 164 *decuriones*, si bien, sin los 39 decuriones honorarios del orden senatorial y ecuestre, que eran *patroni* de esta comunidad, y sin los 25 hijos de decuriones (*praetextati*), la cifra de auténticos miembros de este órgano ascendía exactamente a 100. En las aproximadamente mil ciudades del imperio romano habría que calcular, por consiguiente, un total de 100.000 a 150.000 decuriones; en África su número alcanzaba, según R. Duncan-Jones, unos 25.000, lo que podría corresponder a un 2 por 100 de la población masculina adulta de las ciudades¹⁴⁰.

Paradójicamente, la forma unitaria de organización de las élites urbanas trajo consigo una heterogeneidad mayor en su composición. La importancia y la cifra de población de las distintas ciudades, así como su correspondiente estructura social, acusan a menudo considerables diferencias; en congruencia con esto, también podía variar lo suyo de una ciudad a otra la posición social de esas 100 personas rectoras del *ordo decurionum*, tanto por su riqueza como por su actividad económica, su formación y su origen. Esto se evidencia, sin ir más lejos, en la desigual fijación del mínimo de fortuna. En muchas ciudades grandes y medianas, como Cartago o la norditálica Comum, el censo mínimo requerido era de 100.000 sestercios. En comunidades urbanas menos importantes éste se veía reducido, hasta el punto de que en los pequeños municipios africanos quedaba en 20.000 sestercios; toda vez que en el África del siglo II incluso una renta de 60 000 sestercios se tenía por modesta sin más (Apul., Apol. 101), resultaba que los decuriones de numerosas pequeñas ciudades eran «ricos» únicamente a escala local.

También dentro de una misma provincia podían darse entre los *ordines* de sus distintas ciudades grandes diferencias. Así, en Tarraco, la rica capital de la provincia de Hispania citerior, la mayor parte de los titulares de dignidades municipales que nos son conocidos disponían de la cualificación económica ecuestre, y la admisión en el orden de esta ciudad equivalía para los forasteros ricos —por ejemplo, para los grandes propietarios del interior del país— a un auténtico ascenso social; por contra, los decuriones de las ciudades más pequeñas del interior español sólo en casos muy contados llegaban al *ordo equester*, y estos mismos decuriones únicamente a partir de tiempos de Adriano pudieron aspirar con un éxito más frecuente al cargo de primer sacerdote provincial en Tarraco. La mayoría de los decuriones, y así sucedía en todas partes, era propietaria de predios ubicados en el territorio de la ciudad, donde —como, v. gr., en Nórico— disponían a menudo de villas. Pero el tamaño, al igual que la rentabilidad de los diversos fundos, podían desemejar bastante. Así, mientras que las tierras de los ricos habitantes de las ciudades de la Galia podían alcanzar una superficie de hasta 10 kilómetros cuadrados, las fincas de los decuriones más pudientes de Aquincum comprendían con mucho de tres a cuatro kilómetros cuadrados, cifras que aún se hacían decididamente más pequeñas en el territorio de muchas ciudades¹⁴¹.

Habría que anotar todavía muchas otras diferencias entre cada uno de estos *ordines*. En los grandes centros mercantiles, como Ostia, Aquileia o Salona, se incluían también entre los decuriones numerosos hombres de comercio y empresarios. En ciudades más grandes este orden se presentaba con frecuencia

(Wiesbaden, 1973). Ya para cada uno de los *ordines* en concreto, vid, p. ej., P. Castren, *Ordo populusque Pompeianus. Polity and Society in Roman Pompeii* (Roma, 1975); cf. también M. L. Gordon, *Journ of Rom Stud*, 17, 1927, pp. 165 (Pompeya); J. H. D'Arms, *Amer Journ of Philol*, 97, 1976, 387 s. (Ostia). Sobre la capa rectora de las ciudades itálicas, cf. asimismo S. Demougin, *Ancient Society*, 6, 1975, pp. 143 s. (índices de las decurias de la ciudad de Roma procedentes de las ciudades itálicas) Para la capa alta de las ciudades de las provincias noroccidentales, cf. G. Rupprecht, *Untersuchungen zum Dekurionenstand in den nordwestlichen Provmonzen des Römischen Reiches* (Kallmünz, 1975).

¹⁴⁰ R. Duncan-Jones, *Papers of the British School at Rome*, 31, 1963, páginas 159 s.; cf. del mismo, *The Economy of the Roman Empire*, pp. 283 s.

¹⁴¹ Decuriones en Tarraco: G. Alföldy, *RE Suppl.* XV (1978), col. 620 s.; en Hispania: del mismo autor, *Flamines provinciae Hispaniae citerioris*, páginas 20 s.; en Nórico: *id*, *Noricum*, pp. 117 s. (Lista; pp. 264 s.); extensión de las propiedades: bibliografía, *ibid*, p. 321, nota 113.

fuertemente mezclado, aunque en otro sentido. Así, en Salona, por ejemplo, y en consonancia con la estructura de población de esta colonia, el decurionato estaba integrado por los descendientes de los primitivos pobladores itálicos, por veteranos y descendientes de ricos libertos, por inmigrantes de Italia y de varias provincias, que nunca dejaban de afluir, y por indígenas venidos de la montaña dalmata. En cambio, los decuriones de Aquincum que nos son conocidos en el siglo II eran celtas romanizados; en los pequeños municipios panonios, como también en los del interior de Dalmacia, se trataba también de indígenas, a menudo campesinos sólo relativamente bien acomodados, que estaban muy por debajo de sus homólogos de los grandes centros urbanos, no sólo en cuanto a su situación económica, sino también en lo relativo a sus influencias políticas y a su nivel de educación¹⁴².

Por regla general, ni siquiera el *ordo decurionum* de una misma ciudad era homogéneo, y ello no sólo por el hecho de que el estrato de los ricos, por razón de su origen y profesión, estaba ya mezclado, como en el caso de Salona. Análogamente a la jerarquización social que se daba en el seno de los estamentos senatorial y ecuestre, también el orden de decuriones en cada ciudad acusaba una estratificación interna, que se hizo creciente aproximadamente desde comienzos del siglo II, cuando muchos decuriones empezaron poco a poco a enfrentarse a dificultades financieras y a encontrarse cada vez menos en situación de correr con los gastos propios de su rango¹⁴³. Así, ya bajo Adriano se registraba una diferencia entre los *primores viri* y los *inferiores* dentro del orden de una ciudad como Clazomenas en Asia Menor (Dig. 50,7,5,5). Pero ya antes muchas comunidades albergaban familias particulares descolantes, cuyos miembros se distinguían especialmente por sus fundaciones y donativos y revestían con una frecuencia exagerada las magistraturas urbanas; en la segunda centuria tales familias se documentan a menudo, como, por ejemplo, los Valerii en Poetovio de Panonia, una familia de cuyo seno salieron varios caballeros y significativamente también el senador panonio más antiguo que conocemos¹⁴⁴.

Si los distintos *ordines decurionum*, pese a todas sus diferencias, observaban también importantes semejanzas en las muchas y en parte muy disparmente estructuradas comunidades del imperio romano, esto era debido a que compartían unos mismos derechos y obligaciones, y a que de ello se derivaba una unidad de funciones para sus miembros en todas las ciudades. No sólo los privilegios jurídico-penales de los *decuriones* eran iguales para todos ellos, sino también su tarea de garantizar el funcionamiento autónomo de las ciudades en la administración de justicia, en las finanzas, en el abasto de alimentos, en la construcción y en el mantenimiento del orden público. Para cumplir este cometido estaban, por una parte, las resoluciones tomadas por los decuriones en calidad de senado local, y, por otra, la actividad de los magistrados, que, al menos en el Alto Imperio, ascendían al *ordo decurionum* básicamente por este camino. Se abría así también para los integrantes de este orden la posibilidad de una carrera administrativa con una configuración específicamente estamental: en caso normal el decurión era primero *aedilis* y luego *duumvir* (en numerosas ciudades con el título de *quattuorvir aedilicia potestate*, o bien, *quattuorvir iure dicundo*), esto es, vicealcalde y después alcalde, durante un año, respectivamente; pero éste podía revestir otras magistraturas, como la cuestura urbana o desempeñar repetidamente el cargo de alcalde y ocupar además los cargos sacerdotales municipales¹⁴⁵.

Igual de importantes eran asimismo las funciones económicas de utilidad pública encomendadas a los decuriones. Junto con los libertos ricos, eran ellos los que pagaban la mayor parte de los gastos de las ciudades. De un decurión, por tanto, se esperaba que abonase a la comunidad una suma de dinero por el rango que ostentaba (*summa honoraria*) o que se hiciese cargo de los gastos de construcción de

¹⁴² Salona: G. Alföldy, *Bevölkerung und Gesellschaft der Römischen Provinz Dalmatien*, pp. 108 s.; Dalmacia en general: J. J. Wilkes, *Dalmatia*, páginas 297 s. Aquincum: A. Mócsy, *Die Bevölkerung von Pannonien bis zu den Markomannen*, pp. 70 s. Hijos de libertos en el *ordo* urbano: cf. M. L. Gordon, *Journ. of Rom. Stud.*, 21, 1931, pp. 65 s.; P. Garnsey, en *Essays in Honour of C. E. Stevens* (Farnborough, 1975), pp. 167 s.

¹⁴³ P. Garnsey, en *ANRW II* 1, pp. 229 s.

¹⁴⁴ G. Alföldy, *Arh. Vestnik*, 15-16, 1964-65, pp. 137 s. Sobre familias de este calibre en una ciudad véase además del mismo autor, *Los Baebii de Saguntum* (Valencia, 1977).

¹⁴⁵ Cf. esp. W. Liebenam, *Städteverwaltung im Römischen Kaiserreiche* (Leipzig, 1900); F. F. Abbott-A. C. Johnson, *Municipal Administration in the Roman Empire* (Princeton, 1926), así como A. K. Bowman, *The Town Councils of Roman Egypt* (Toronto, 1971).

determinados edificios públicos. El mismo principio se aplicaba a la concesión de los cargos honoríficos de sacerdotes de la ciudad, que en la población africana de Mustis, por ejemplo, costaba 5.000 sesteracios, siendo posible que los aspirantes ricos al puesto satisficieran el doble de esta cantidad; en los restantes centros urbanos de África el precio de los distintos cargos oscilaba en la mayor parte de los casos entre 2.000 y 20.000 sesteracios¹⁴⁶. Acaudalados dignatarios locales aportaban no pocas veces sumas considerablemente altas y se lucían haciendo beneficencia con bastante frecuencia: un Aulo Quintilio Prisco, por ejemplo, que realizó una carrera política municipal en Ferentinum (Italia), puso sus predios por valor de 70.000 sesteracios a disposición de la comunidad y de las rentas anuales de esas tierras hacía un donativo en alimentos (ILS 6271). Ciertamente, esta *munificentia* resultaba modesta en comparación con los desembolsos, con frecuencia muy elevados, de otros miembros del orden decurional. Un decurión de origen oriental, Cayo Domicio Zmaragdo, del siglo II, financió de su propio bolsillo la erección del anfiteatro en el municipio de Carnuntum (ILS 7121), y la suma en torno a los dos millones y medio de sesteracios que el famoso Opramoas de Rodiápolis entregó en la primera mitad del siglo II a las ciudades de Licia (IGRR III 739), era propia ya de la liberalidad de los ricos senadores y caballeros¹⁴⁷.

En el siglo I este sistema de la liturgia se basó, en líneas generales, en el principio de la voluntariedad, ya que la floreciente vida económica en muchas de las ciudades de fundación reciente ofrecía con frecuencia a los integrantes de la capa alta local magníficas posibilidades financieras. Sin embargo, cuando a partir de los gobiernos de Trajano y Adriano los *inferiores* entre los decuriones se volvieron cada vez más incapaces de tales dispendios, dio comienzo un proceso que condujo a la creciente reglamentación del sistema de la liturgia por parte del estado, con el resultado de que el decurionado empezó a convertirse en una carga para mucha gente rica. Ya en tiempos de los Antoninos estaba claramente perfilada esta tendencia, como mejor que nada ponen de manifiesto las repetidas mociones de los habitantes de las ciudades, pidiendo ser liberados de dichas cargas. Con todo, hemos de señalar que las consecuencias verdaderamente serias de esta evolución se pusieron de manifiesto tan sólo a partir del emperador Marco Aurelio, y que en líneas generales las élites urbanas en época del Principado estuvieron perfectamente en situación de cumplir con esta importantísima función económica para el imperio. Por otra parte, y dadas sus responsabilidades políticas, estos sectores sociales constituían la columna vertebral del sistema de dominio romano: sus integrantes suponían un alivio para el estado al cargar con el peso de la administración local; además, como capa superior común a todas las ciudades y territorios urbanos —no obstante sus múltiples diferencias étnicas y sociales— y valedora de los ideales y costumbres romanos, el decurionado contribuyó de forma muy esencial a que la unidad del *Imperium Romanum* pudiese ser conservada.

Sin formar parte de esta élite municipal había en las ciudades otro estrato social, también acaudalado, y que, al menos por la capacidad económica de sus componentes, ha de ser incluido entre las capas altas de la sociedad romana. Nos referimos a los *liberti* ricos¹⁴⁸. Las fuentes de enriquecimiento de este círculo estaban a menudo en el comercio, la banca y la producción artesanal, aunque ciertamente también en la propiedad fundiaria; por lo demás, también estos hombres de fortuna colocaban por lo general sus ganancias en bienes raíces, a tal punto que con frecuencia ellos constituían, en igual medida que los decuriones, un estrato de propietarios de tierras en los territorios de la ciudad. Pero, a causa de la mancha

¹⁴⁶ Mustis: AE, 1968, 586, 588, 591, 595, 599. Sobre este sistema, vid. R. Duncan-Jones, *Papers of the British School at Rome*, 30, 1962, pp. 65 s., y *The Economy of the Roman Empire*, pp. 82 s.; M. Leglay, en *Akte des IV. Internat. Kongresses für griechische und lateinische Epigraphik 1962* (Wien, 1964), pp. 224 s.; P. Garnsey, *Journ. of Rom. Stud.*, 61, 1971, pp. 116 s., e *Historia*, 20, 1971, 309 s. Para los *flamines* de África, cf. M. S. Bassignano, *Il flaminato nelle province romane dell'África* (Roma, 1974).

¹⁴⁷ Sobre el sistema cf. B. Laum, *Stiftungen in der griechischen und römischen Antike*, I-II (Berlín, 1914); F. Oertel, *Die Liturgie* (Leipzig, 1917); N. Lewis, *Leitourgia Papyri: Documents on Compulsory Public Service in Egypt under Roman Rule* (Philadelphia, 1963). En lo referente a las prestaciones de la capa alta urbana, vid W. Eck, en W. Eck-H. Galsterer-H. Wolff, *Studien zur antiken Sozialgeschichte. Festschrift F. Vittinghoff* (Köln-Wien, 1980), páginas 283 s.

¹⁴⁸ Cf. esp. A. M. Duff, *Freedmen in the Roman Empire*² (Cambridge, 1958), pp. 69 s., y 124 s., amén de la obra de G. Fabre sobre los libertos en la República tardía (*supra* nota 93). Cf. además del mismo, en *Actes du Colloque 1973 sur l'esclavage* (París, 1976), pp. 417 s. *liberti* en las ciudades de la península ibérica. Conciencia de identidad de los libertos a la luz de las losas sepulcrales: P. Zanker, *Jahrb. d. Deutschen Arch. Inst.*, 80, 1975 (1976), pp. 267 s.

que les acarreaba su origen no libre, incluso los libertos más ricos solamente en casos excepcionales conseguían entrar en el *ordo decurionum* de una ciudad; más corriente era que por sus servicios fuesen distinguidos con los signos externos del cargo de decurión (*ornamenta decurionalia*), sin verse por ello convertidos en miembros de este orden.

Generalmente constituían una corporación propia, que en la sociedad urbana representaba, tras el *ordo decurionum*, una suerte de «segundo orden», al igual que el estamento ecuestre en relación al senatorial en la sociedad del imperio. Sus componentes se llamaban en la mayor parte de los casos *Augustales* (con distintas variantes), en congruencia con sus funciones en el culto al emperador, y ocasionalmente su asociación fue explícitamente denominada *ordo Augustalium*, como, por ejemplo, en el caso de Ostia (ILS 6141,6164). Únicamente en las pequeñas ciudades agrarias, en las que apenas había *liberti* ricos, faltaban por completo tales organizaciones. Aquí y allá estas corporaciones agrupaban también a *ingenui* (entre ellos a menudo hijos de manumisos), pero al menos en los centros urbanos más grandes la figura del augustal como rico advenedizo de origen esclavo respondía al tipo social de un Trimalción¹⁴⁹.

Las funciones económicas de estos libertos casi no se diferenciaban de las de los decuriones: mediante el pago de una suma de dinero o la erección de estatuas de culto para su admisión entre los augustales o para recibir otros honores, a más de la financiación de obras e instituciones públicas, estas personas cubrían un importante apartado de aquellos gastos que resultaban indispensables para el desarrollo de las ciudades y el abastecimiento de su población. Publio Decimio Eros Mérula, por ejemplo, el acaudalado médico de origen servil en Asisium (pp. 156 s.), pagó a esta comunidad 2.000 sesteracios por su inclusión en la organización de los pudientes *liberti* y aún donó otros 67.000 sesteracios para la erección de estatuas y pavimentación de las calles (ILS 7812). Otros libertos podían desembolsar cantidades considerablemente más elevadas para fines públicos, que, al menos en el siglo I, no pocas veces superaban los dispendios de los decuriones. El florecimiento económico de muchas ciudades durante el Alto Imperio se debía en gran medida a esta capa social, si bien es verdad que desde comienzos del siglo II su importancia en este sentido decaería sensiblemente; ello trajo consigo una sobrecarga para los decuriones y además dificultades crecientes en orden al abastecimiento de los núcleos urbanos.

La situación de los libertos ricos de las ciudades se asemejaba en muchos sentidos a la de los esclavos y libertos imperiales. En vista de sus magníficas condiciones económicas y posición de poder, y aun conociendo una estratificación aparte, también los esclavos y libertos del emperador (*familia Caesaris*) pueden ser contados entre las capas altas de la sociedad romana en el imperio romano¹⁵⁰. Por su actividad en Roma y en otros centros administrativos pertenecían con frecuencia a la capa alta de las ciudades, si bien en la mayor parte de los casos no estaban vinculados con dichas comunidades por ningún vínculo institucional. Su fortuna, en efecto, les permitía también a ellos apoyar con ayuda financiera a las ciudades. Un Publio Elio Onésimo, liberto de Adriano, regaló a su ciudad natal de Nacolea en Asia Menor 200.000 sesteracios para su suministro de grano; indicativo de la capacidad financiera de estos círculos es el hecho de que tal persona hiciera expresa referencia a la modestia de sus recursos (ILS 7196). Hasta qué punto se apartaba el *status* social de tales *liberti* y *servi* del de los libertos y esclavos corrientes, lo ponen de manifiesto sus frecuentes enlaces matrimoniales con mujeres de origen libre; su servicio a la persona del césar, tanto en los despachos centrales de la administración imperial en la corte, como en las oficinas de las capitales provinciales y en los dominios del emperador, les confería un determinado prestigio. A pesar de ello, el estigma de su nacimiento esclavo ponía a sus vidas barreras

¹⁴⁹ Sobre los augustales léase un tratamiento pormenorizado en R. Duthoy, *Epigraphica*, 36, 1974 (1915), pp. 134 s. (importancia social); *Epigr. Studien*, 11, 1976, pp. 143 s. (difusión); *ANRW*, II, 16, 2 (Berlín-Nueva York, 1978), pp. 1254 s. (visión general). Cf. P. Kneissl, *Chiron*, 10, 1980, pp. 291 s. (para el nacimiento de la augustalidad); G. Alföldy, *Homenaje a García Bellido*, IV, Rev. de la Univ. Complutense, 16, 1979 (1981), pp. 195 s. (erección de estatuas de dioses por los *seviri Augustales*).

¹⁵⁰ Una síntesis en G. Boulvert, *Esclaves et affranchis impériaux sous le Haut-Empire romain* (Napoles, 1970); del mismo, *Domestique et fonctionnaire sous le Haut-Empire romain. La condition de l'affranchi et de l'esclave du prince* (París, 1974); P. R. C. Weaver, *Familia Caesaris. A social Study of the Emperors Freedmen and Slaves* (Cambridge, 1972). Esclavos imperiales en Egipto: I. Biezunska-Malowist, en M. Capozza (ed.), *Schiavitù, manomissione e classi dipendenti nel mondo antico* (Roma, 1979), pp. 175 s.

similares a las que encontraban los libertos ricos de las ciudades: pese a sus grandes servicios, pese a su poder y riqueza, sólo en casos excepcionales llegaban a ingresar en el estamento ecuestre y jamás en el de los senadores. Lo mismo cabe decir hasta del vértice de la *familia Caesaris*, incluso de los tres más poderosos *liberti* en la corte imperial, que debido a su enorme influencia bajo Claudio llegaron a tener ampliamente en sus manos el timón de la política romana, concretamente el secretario general imperial (*ab epistulis*), Narciso; el jefe de la oficina encargada de las peticiones (*a libellis*), Calisto, y el secretario de las finanzas (*a rationibus*), Palas. Incluso Palas, que podía permitirse rechazar los 15.000.000 sestercios ofrecidos por el senado en reconocimiento a sus servicios, obtuvo tan sólo las insignias externas de pretor, sin llegar a ser admitido formalmente en el orden senatorial romano (Plin., Ep. 8, 6, 1 s.).

Estratos urbanos inferiores

La composición social de las capas bajas de la población en el imperio romano era todavía mucho más heterogénea que la de los estratos elevados. Esto se desprendía, sobre todo, de la diversidad económica, social y cultural de las distintas partes del imperio. Veámos que esa variedad tenía también importantes consecuencias para la estructura de las capas dirigentes, si bien sus miembros aparecían en la mayor parte de los casos agrupados en organizaciones estamentales e identificadas aquí en cada uno de los escalones de rango por características estamentales unitarias. Pero también los estratos inferiores de este imperio mundial conocieron durante la época del Principado un proceso de integración, aunque la verdad sea que éste —y principalmente en las áreas rurales— no produjo nunca los mismos efectos que en los rangos más altos de la sociedad romana. Así, entre los decuriones itálicos, africanos o panonios del cambio de la primera a la segunda centuria nos encontramos a lo sumo con diferencias de grado, debidas a su número, riqueza o cultura; en cambio, mientras que la población campesina de Italia por esos mismos años comprendía aún muchos esclavos, en África se componía ya en buena parte de colonos y en Panonia, por el contrario, de agricultores independientes.

Tampoco las capas bajas de la sociedad romana estaban divididas seguncriterios jerárquicos tan claros como en el caso de los grupos superiores. Visibles eran sólo aquellas líneas de separación que discurrían no en un sentido horizontal, como, por ejemplo, entre senadores, caballeros y decuriones sin rango ecuestre, sino en sentido vertical. Ante todo había una línea de separación fácilmente reconocible entre la *plebs urbana* y la *plebs rustica*, que venía dada por las diferencias entre la población urbana y rural en cuanto a lugar de residencia, profesión, actividad económica, estilo de vida, posibilidades de ascenso, cultura, tradiciones y costumbres¹⁵¹; y éstas eran tanto más llamativas cuanto que representaban un contraste con la estructura de las capas altas, que no acusaban una disociación tan marcada. Ya en los conceptos de *urbanitas* y *rusticitas* se expresaba con toda claridad el parecer general sobre el distinto nivel cultural de los habitantes de la ciudad y el campo. Es trabón dividía a la población en habitantes de las ciudades y del campo, mencionando además una categoría intermedia (13, 1,25); Galeno veía una apreciable distinción social entre los bien cuidados habitantes de la ciudad y la castigada población campesina (6,749 s.). Claramente definida estaba además la diferente posición social de los ingenuos, libertos y esclavos, de la que se derivaban también importantes diferencias sociales, toda vez que esas categorías jurídicas reflejaban distintas formas de dependencia de los grupos de población respecto de los estratos superiores. Con todo, y pese al declive perceptible en general del *urbanus* al *rusticus* o del *ingenuus* al *libertus* y de éste al *servus*, las fronteras entre todos estos grupos no representaban en realidad líneas claras de división social. La posesión o no posesión de los medios de producción, el bienestar relativo o la pobreza, la parcial o total dependencia de las capas altas, no se deducían simplemente de la pertenencia a una de las categorías de población enumeradas. Antes bien, era en función de estos factores que se daba también dentro de cada uno de los grupos mencionados una profunda estratificación interna, sólo que dicha estratificación era siempre gradual y no presentaba claras separaciones.

¹⁵¹ Cf. esp. R. MacMullen, *Social Relations*, pp. 30 s.

Las capas bajas de la población presentaban una mayor unidad en las ciudades que en las regiones rurales. También su posición social —considerada en su conjunto— era más favorable que la de las masas campesinas: en los núcleos urbanos había con frecuencia mejores posibilidades de trabajo, opciones más favorables de elección y cambio de profesión, un mayor campo para la vida pública, más munificencia y, por supuesto, mejores posibilidades de entretenimiento que en el campo. Hecho revelador, los libertos ricos que estaban colegiados en las corporaciones augustales habían ascendido por lo general del círculo de los *liberti* urbanos. La mayor parte de los integrantes de la *plebs urbana* no tenía ciertamente tanta suerte. En todo caso, muchos de ellos podían encontrar, al menos en las grandes ciudades, una existencia segura, como venía acaeciéndose ante todo en Roma. Significativamente, tales individuos seguían incluyéndose entre la población pobre, aun cuando poseyesen una fortuna de 20.000 sestercios y cuatro esclavos (Juvenal 9,140 s.). A los esclavos mismos, por término medio, les iban las cosas esencialmente mejor aquí que en el campo: Séneca veía una notable diferencia entre la situación más llevadera del esclavo urbano y el pesado trabajo del esclavo agrícola (De ira 3, 29,1); Columela echaba en cara a los *servi* de la ciudad que, en contraposición a la eficiencia y laboriosidad de sus homólogos de las fincas rústicas, sólo viviesen para las diversiones (1, 8,1 s.). Importante era asimismo que los integrantes de las capas bajas urbanas podían organizarse también en sociedades (*collegia*). Estos colegios controlados por el estado o por la administración local hacían posible que gentes muy sencillas, incluso esclavos, se encontrasen unidos con sus compañeros de trabajo (p. ej., en el *collegium fabrum*, existente en muchas ciudades y agrupador de artesanos) o con otros devotos en el culto a la misma divinidad¹⁵². Los componentes de tales sociedades estaban imbuidos de una cierta conciencia corporativista y a la hora de dirigir la corporación podían imitar la actuación de los dignatarios urbanos; por otra parte, gracias a las tarifas cobradas a los socios y a los regalos de los ciudadanos ricos, estos colegios estaban en condiciones de financiar mejores comidas para sus afiliados y un entierro en toda regla para ellos. Además, a ellos se encomendaba la función del servicio urbano de incendios. Gran importancia tenía asimismo que la *plebs urbana* en Roma era provista de grano con frecuencia por el emperador y en las restantes ciudades generalmente por particulares acaudalados. A ello se añadían, como más ventajas sociales, las posibilidades de diversión y entretenimiento, sobre todo, los espectáculos del anfiteatro, del circo y del teatro, financiados en Roma también a menudo por el cesar y en los otros centros urbanos por los ciudadanos ricos, sin olvidar las demás ofertas de recreo de una ciudad, incluida la visita a los burdeles (de los que sólo en Pompeya hay 28 atestiguados).

A pesar de todo ello, la vida era dura para la mayor parte de los componentes de la *plebs urbana*. Sus capas más bajas, sobre todo, conocían el desprecio de los círculos sociales más encumbrados, como pone suficientemente de manifiesto el juicio de Tácito, cuando habla de la *plebs sordida et circo ac theatri sueta* (Hist. 1,4)¹⁵³. Sus condiciones de vida eran a menudo miserables, las condiciones de trabajo con frecuencia muy ingratas, la alimentación y el vestido insuficientes en muchos casos, y su hacienda, por lo general, muy pobre¹⁵⁴. Le afectaban con especial virulencia las escaseces de alimentos, como, por ejemplo, la del año 32 en Roma (Tac, Ann. 6,13). En Roma, v. gr., los mendigos implorando compasión (Séneca, Clem. 2,7) constituían un cuadro frecuente. El celo y la capacidad no *garantizaban* en absoluto el éxito económico y social, ni siquiera el a menudo lucrativo comercio aportaba beneficios con plena seguridad, como se nos informa de un mercader de la ciudad de Roma (*qui negociando locupletem se speravit esse futurum; spe deceptus erat*, ILS 7519). Un vivo descontento era ocasionado por las humillaciones que tenían que padecer los clientes pobres, tanto si se *trataba* de ingenuos como de

¹⁵² J. P. Waltzing, *Etude historique sur les corporations professionnelles chez les romains*, I-IV (Louvain, 1895-1900); E. Kornemann, *RE*, IV (1900), col. 380 y siguiente; F. M. De Robertis, *Storia delle corporazioni e del regime associativo nel mondo romano*, I-II (Bari, 1974); emperador y plebe: véase nota 106.

¹⁵³ Cf. al respecto Z. Yavetz, *Athenaeum*, N. S., 43, 1965, pp. 295 s.

¹⁵⁴ Véase, por ej., Marcial, 2, 53,1 s.; 11,56,1 s.; 12,32,1 s. Acerca de la situación de la plebe en las ciudades, cf. F. F. Abbott, *The Common People of Ancient Rome* (Nueva York, 1911); R. MacMullen, *Social Relations*, páginas 63 s. Por lo que se refiere a la población baja de Roma, vid. el trabajo de P. Huttunen, *The Social Strata in the Imperial City of Rome. A Quantitative Study of the Social Representation in the Epitaphs published in the CIL VI* (Oulu, 1974). Condiciones de vida (vivienda): T. E. Packer, *Journ. of Rom. Stud.*, 57, 1967, pp. 80 s.

libertos, en casa de los ricos — con bastante frecuencia incluso por parte de los esclavos (v. gr., Juvenal 3,184 s.). Evidentemente también los esclavos urbanos recibían con frecuencia malos tratos, como, por ejemplo, los que inflingía el senador Larcio Macedo (Plin., Ep. 3, 14,1), quien sintomáticamente era hijo de un antiguo esclavo, al igual que Vedio Polio, cuya crueldad era temida por quienes no eran libres¹⁵⁵.

La dedicación profesional de los integrantes de las capas bajas ciudadanas resultaba muy variada. Ante todo, entre los esclavos y libertos se podían encontrar con gran frecuencia los representantes de la «inteligencia» del imperio romano (prescindiendo ahora de los juristas, que integraban a menudo las capas sociales más altas): como jurisconsultos, administradores de casas y fortunas, médicos, pedagogos, artistas, músicos, actores, escritores, ingenieros, hasta como filósofos, ejercían la mayor parte de las profesiones liberales e intelectuales, cuya reputación era entonces equivalente a la del trabajo manual. Entre los esclavos se contaban muchos sirvientes de la casa y esclavos de lujo, que no encontraban ninguna aplicación en la producción; lo mismo cabría decir de muchas personas nacidas libres y libertos de las ciudades más grandes y principalmente de Roma, donde la extensa capa de los receptores parásitos de trigo constituyó siempre un «lumpenproletariado». En las ciudades más pequeñas del mundo provincial muchos de sus habitantes no eran otra cosa que campesinos que explotaban las fincas de los alrededores. En cambio, en los núcleos urbanos más importantes los miembros de los estratos inferiores desempeñaban por lo general una función económica, en la mayor parte de los casos como artesanos y comerciantes. Muchos de ellos disponían de un pequeño negocio, propio o arrendado, en el que trabajaban solos o con unos cuantos esclavos o libertos. Así, todavía en la Roma de tiempos de San Agustín había una calle de plateros con numerosos talleres (De civ. Dei 7,4). Incluso los esclavos podían llevar una pequeña empresa, como, por ejemplo, en Britania, cerca de Eburacum, un pequeño taller de orives (ILS 3651). Muchísimos artesanos, sin embargo, estaban empleados en los talleres de pudientes hombres de empresa, caso de los numerosos esclavos de los talleres de terra-sigillata de Arretium a comienzos del Imperio, de los libertos de las fábricas de terra-sigillata del norte de Italia durante la primera mitad del siglo I y, sobre todo, de los menestrales de origen libre en las empresas de sigillata gala de épocas subsiguientes. Parecida era la estructura del comercio: gran número de pequeños comerciantes poseían una tienda propia, por ejemplo, los libertos en Roma, donde ponían sus comercios de productos en metal y en los que tenían también ocupados a sus *liberti* (ILS 7536); los esclavos, cuando menos en calidad de representantes (*institor*) de su amo, podían regentar un negocio (v. gr., ILS 7479). Muchísimos libertos y esclavos actuaban, sin embargo, como agentes de grandes casas de negocios, así, por ejemplo, numerosos *liberti* y *servi* de la familia de los *Barbii* de Aquileia en las ciudades de Nórico y Panonia¹⁵⁶.

Como se deduce de cantidad de datos, entre los *ingenui*, *liberti* y *servi* podía darse una determinada gradación social en virtud de su situación jurídica, a pesar de lo cual las diferencias sociales entre estos grupos de personas no eran siempre claras en absoluto. Generalmente las fronteras entre tales individuos eran de entrada imprecisas, toda vez que éstas —en las ciudades, al contrario del campo— se originaban muy a menudo como consecuencia únicamente de la estructura generativa de las distintas categorías de población: el esclavo, por lo corriente, albergaba el propósito de ser manumitido y alcanzaba la libertad caso de llegar a la edad adecuada para ello, como muy tarde a los treinta años en la mayor parte de los

¹⁵⁵ Dio 54,23,1 s. Muchos datos en J. Carcopino, *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire* (París, 1939); en alemán: *So lebten die Römer der Kaiserzeit* (Stuttgart, 1959).

¹⁵⁶ Profesiones urbanas: E. H. Brewster, *Roman Craftsmen and Tradesmen of the Early Roman Empire* (Philadelphia, 1917); H. J. Loane, *Industry and Commerce of the City of Rome 50 B. C.-200 A. D.* (Baltimore, 1938); I. Calabi Limentani, *Studi sulla società romana. II lavoro artistico* (Milán, 1958); F. M. De Robertis, *Lavoro e lavoratori nel mondo romano* (Bari, 1963); A. Burford, *Craftsmen in Greek and Roman Society* (Ithaca, 1972); S. M. Treggiari, en P. Garnsey (ed.), *Non-Slave Labour in the Greco-Roman World* (Cambridge, 1980), pp. 48 s.; H. von Petrikovits, en H. Jankuhn y otros (ed.), *Das Handwerk in vor- und frühgeschichtlicher Zeit*, I (Göttingen, 1981), pp. 63 s. (marcas de taller de los artesanos). Para los comerciantes vid. además J. Rouge, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire romain* (París, 1966), pp. 269 s.; O. Schlippschuh, *Die Händler im römischen Kaiserreich in Gallien, Germanien und den Donauprovinzen Rätien, Noricum und Pannonien* (Amsterdam, 1974); J. du Plat-H. Cleere (ed.), *Roman Shipping and Trade: Britain and the Rhine Provinces*. CBA Research Report No. 24 (Londres, 1978). Trabajo de los *liberti* y *servi* urbanos: A. M. Duff, *Freedmen in the Roman Empire*,² pp. 89 s.; W. L. Westermann, *Slave Systems*, pp. 90 s.; del mismo, *Journ. of Econ. Hist.*, 2, 1942, pp. 149 s. *Barbii*: J. Sasel, *Eirene*, 5, 1966, pp. 117 s.

casos; cualquier liberto era un antiguo esclavo; muchísimos ingenuos eran descendientes de ex-esclavos, ya que el hijo de *libertus* nacido después de la *manumissio* era tenido ya por *ingenuus*. De esta gran movilidad interna de los estratos urbanos inferiores se desprendía, por un lado, el hecho de que un sector muy considerable de las capas bajas de la población, al menos en las grandes ciudades, se componía de personas de origen no libre; Tácito lo veía muy claramente cuando ponía de relieve que un grandísimo número de los integrantes de la población de la ciudad de Roma, más aún, incluso muchos caballeros y numerosos senadores, descendían de esclavos (Ann. 13, 27). Por otra parte, de una estructura como ésta surgía la necesidad de renovar constantemente los efectivos de esclavos.

La fuerte expansión de la esclavitud por los centros urbanos puede atestigüarse, sobre todo, gracias a las ingentes cantidades de inscripciones sepulcrales y votivas que prueban la existencia de muchos *servi* y *liberti* en numerosas ciudades del imperio¹⁵⁷. Resulta imposible calcular el porcentaje de población no libre; la suposición de P. A. Brunt de que la población total de Italia bajo Augusto sumaba unos 7.500.000 habitantes aproximadamente, de los cuales 3.000.000 serían esclavos¹⁵⁸, resulta probable, pero indemostrable. La única noticia en cierto modo firme sobre el número de esclavos se refiere a Pérgamo, para la que Galeno (5,49) da la cifra de ciudadanos, 40.000, y de todos los adultos con mujeres y esclavos, 120.000; esto querría decir que los habitantes no libres representaban allí hacia mediados del siglo II aproximadamente un tercio del total de la población. Las familias especialmente acaudaladas disponían de muchos esclavos: la legislación augustea contemplaba también la posibilidad de que un *dominus* poseyese más de 500 *servi*, y en el palacio de Roma de Lucio Pedanio Secundo, un prominente senador, se encontraban en el año 61, según Tácito, 400 esclavos (Ann. 14,43). La cifra más alta de esclavos en posesión de un amo que está atestiguada es de 4.116 (Plin., N. h. 33,135). De acuerdo con la famosa observación hecha por Séneca, el número de los privados de libertad era globalmente tan alta que éstos habrían supuesto un serio peligro para Roma, caso de poder identificarse los unos a los otros por ir vestidos con una indumentaria especial (Clem. 1,24,1). Pero de tales noticias no ha de concluirse que también en las casas de familias medianamente ricas hayan vivido muchos esclavos. Los precios de esta mano de obra durante los siglos I y II oscilaron de acuerdo con la situación del mercado en las distintas partes del Imperio en cada período, según también la edad, sexo y formación de los esclavos, moviéndose en general entre los 800 y 2.500 sestercios (y de ahí que el precio de un médico tan bien preparado como Publio Decimio Eros Mérula en el momento de su liberación fuese fijado en 50.000 sestercios)¹⁵⁹. Esto significaba que un decurión urbano, pongamos por caso, cuya fortuna completa, incluidas tierras, casa y mobiliario, ascendía únicamente a 100.000 sestercios, sólo podía permitirse, como mucho, unos cuantos esclavos. En Nórico, por ejemplo, el número de esclavos más alto que se ha comprobado en una casa

¹⁵⁷ Esclavos y libertos en la época imperial: *vid.* en síntesis R. H. Barrow, *Slavery in the Early Roman Empire* (Londres, 1928); A. M. Duff, *loc. cit.*; W. L. Westermann, *op. cit.*, pp. 84 s.; Cf. también E. M. Schtjajerman, *Die Krise der Sklavenhalterordnung im Westen des römischen Reiches* (Berlín, 1964), trazando un cuadro en exceso sombrío. Importancia económica de la esclavitud: cf. M. Corbier, *Opus*, 1, 1982, pp. 109 s. Procedencia de los esclavos: M. Bang, *Röm. Mitt.*, 25, 1910, pp. 223 s., y 27, 1912, pp. 189 s.; M. L. Gordon, *Journ. of Rom. Stud.*, 14, 1924, pp. 93 s. Extensión de la esclavitud en el imperio: J. Ceska, *Die Differenzierung der Sklaven in Italien in den ersten zwei Jahrhunderten des Prinzipats* (en checo con resumen en alemán) (Praha-Brno, 1959); E. M. Staerman-M. K. Trofimova, *La schiavitù nell'Italia imperiale, secolo* (Roma, 1975); S. Treggiari, *Transact. Amer. Philol. Ass.*, 105, 1975, pp. 393 s. (esclavos de la familia senatorial de los *Volusii*); G. Prachner, *Die Sklaven und Freigelassenen im arretinischen Sigillatagewerbe* (Wiesbaden, 1980); J. Mangas Manjarrés, *Esclavos y libertos en la España romana* (Salamanca, 1971); A. Daubigney-F. Favory, en *Actes du Colloque 1972 sur l'esclavage* (Besançon-París, 1974), pp. 315 s. (Narbonensis, Lugdunensis); L. Vidman, *Listy Filologické*, 82, 1959, pp. 207 s.; *id.*, 83, 1960, pp. 64 s. y 229 s., así como *Acta Ant. Hung.*, 9, 1961, pp. 153 s. (Nórico); A. Mócsy, *Acta Ant. Hung.*, 4, 1956, pp. 221 s. (Panonia); G. Alföldy, *Acta Ant. Hung.*, 9, 1961, pp. 121 s. (Dalmacia); I. Biezunska-Malowist, *Studia Classica*, 3, 1961, pp. 147 s., y en I. Biezunska-Malowist (ed.), *Storia sociale ed economica dell'età classica negli studi polacchi contemporanei* (Milán, 1975), pp. 111 s. (*vernae* en Egipto); *id.*, en *Atti dell'XI Congr. Internaz. di Papirologia*, Milano 1965 (Milán, 1966), pp. 433 s. (libertos en Egipto); *id.*, *L'esclavage dans l'Egypte gréco-romaine II. Période romaine* (Wroclaw, 1977). Esclavas: S. Treggiari, *Amer. Journ. of Ancient History*, 1, 1976, pp. 76 s., y en M. Capozza (ed.), *Schiavitù, manomissione e classi dipendenti*, pp. 185 s. Más bibliografía en J. Vogt-N. Brockmeyer, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, pp. 37 s.

¹⁵⁸ P. A. Brunt, *Italian Manpower*, p. 124.

¹⁵⁹ Cf. W. L. Westermann, *op. cit.*, pp. 100 s.; Mérula (cf. pp. 158 s.): ILS, 7812.

llega sólo a seis (CIL III 4962), y en las provincias norteñas, sobre todo, son muy infrecuentes las inscripciones sepulcrales en las que se haga referencia a extensas clientelas de libertos en las ricas familias.

Para la adquisición de esclavos ya no se contaba en el Imperio con las ilimitadas posibilidades de los siglos II y I a. C. Bajo Augusto los prisioneros de las expediciones de conquista fueron aún con frecuencia esclavizados, como en el año 25 los 44.000 integrantes de la tribu de los sálasas en los Alpes occidentales (Estr. 4, 6,7), pero con sus sucesores Roma condujo ya pocas guerras de conquista, y en las que se dieron la población no fue siempre, ni mucho menos, vendida como esclava. Dado que además sólo ocasionalmente los pueblos sometidos se levantaron en armas contra Roma, también en el mercado de esclavos se hizo cada vez menos frecuente la llegada de rebeldes castigados; la esclavización de 97.000 judíos sublevados en la gran guerra judía del 66-70 (Jos., Bell. Iud. 6,420) constituyó en realidad un caso excepcional, al igual que el propio levantamiento. El comercio de esclavos con los pueblos vecinos del Imperio, con germanos o etíopes, por ejemplo, sólo pudo cubrir una pequeñísima parte de las necesidades de Roma en este apartado de su vida económica. La mayor parte de la población privada de libertad en tiempos del Principado provenía de dentro del Imperio romano y no fue hecha esclava por la fuerza, tanto menos cuanto que el pillaje humano difícilmente resultaba ya posible bajo las condiciones de estabilidad interna traídas por el Imperio. Muchos esclavos, concretamente esos *vernae* (*oikogeneis*) atestiguados en numerosas inscripciones y papiros, eran hijos de matrimonio de esclavos. Ha de aceptarse, sin embargo, que el crecimiento natural de las familias serviles no pudo preservar ni mucho menos aumentar los efectivos de esclavos, y ello ya porque los esclavos alcanzaban a menudo la libertad en edad casadera. El que en la hacienda de Trimalción viniesen diariamente al mundo 70 hijos de esclavos (Petronius, Sat. 53), constituye una exageración literaria consciente.

Una fuente adicional de indudable importancia para la esclavitud residía en la esclavización «voluntaria» de los habitantes libres del imperio. Era, en efecto, una práctica seguida con frecuencia el que familias pobres expusiesen simplemente a sus hijos; éstos eran entonces recogidos por buscadores de esclavos (*alumni, threptoi*). Las proporciones a que podía llegar esta costumbre se ponen de manifiesto en una carta de Plinio a Trajano, en la que el status jurídico de los expósitos se señala como gran problema que afecta a la provincia entera (Ep. 10, 65,1). En las condiciones económicas adversas en que vivían, sobre todo en las provincias, muchas familias nominalmente libres, aunque de hecho carentes de derechos y recursos, constituían una práctica frecuente que los hijos fuesen vendidos como esclavos o que también los adultos se vendiesen como tales. Entre los frigios, v. gr., que durante el Imperio proporcionaron un número de esclavos especialmente grande, esa costumbre estaba fuertemente extendida (Philostr., Apoll. 8, 7,12). En Dión de Prusa (Or. 15,22 s.), a la pregunta de «cómo crees tú que podría yo convertirme en esclavo», leemos la siguiente contestación: «porque innumerables hombres libres se venden a sí mismos, así que por contrato se convierten en esclavos, ocasionalmente incluso en condiciones nada soportables y extraordinariamente duras». El jurista Marciano consideraba esta última posibilidad de hacer esclavos (*si quis se maior viginti annis ad pretium participandum vendere passus est*), al menos teóricamente, plenamente equiparable a la esclavización de los prisioneros de guerra y al nacimiento de *vernae* (Dig., 1, 5,51).

Estos métodos de reducción a la esclavitud no dejaron por ello de ser practicados, ya que durante el Imperio el esclavo podía normalmente esperar una suerte mejor que en los últimos siglos de la República. El convencimiento de que tanto por consideraciones políticas como económicas se hacía preciso un trato mejor a los esclavos que el que se les daba, por ejemplo, en las ergástulas de un Catón, empezó a imponerse ya al término de la República. A lo largo del Imperio esta actitud de los dueños de esclavos se extendió más y más, si bien influyó asimismo el hecho de que la reserva de esclavos no podía ser ya ilimitadamente renovada con nuevos aportes exteriores; las ideas humanitarias de ciertas corrientes filosóficas reforzaron aun más esta tendencia. Para incitar, sobre todo, a los esclavos a unos mejores rendimientos en la producción, se estimuló a éstos por medio de gratificaciones; que el beneficio del amo no dependía de la brutalidad de la explotación, sino del celo en el trabajo del productor, era algo que ya Columela sabía perfectísimamente (De re rust. 1, 7,1). Al mismo tiempo, fueron prohibiéndose cada vez

más la crueldad y los malos tratos. Augusto había decididamente desaprobado el cruel tratamiento de Vedio Polio a sus esclavos (Dio 54, 23,2 s.), aun cuando aquél, conforme a la tradición romana, no tenía por costumbre inmiscuirse en la relación entre amos y esclavos, considerada como parte de la esfera privada del individuo. Pero el estado comenzó ya durante su período de gobierno a adoptar medidas en favor de los privados de libertad. La *lex Petronia* (19 a.C.) prescribía que un esclavo sólo podía ser condenado a lucha a muerte con animales salvajes habiendo dado su consentimiento los magistrados. Emperadores posteriores prosiguieron esta legislación en apoyo de los esclavos. Claudio tenía por asesinato el dar muerte a esclavos viejos y enfermos y dispuso para ellos, caso de ser abandonados por sus dueños, que el estado les procurase atenciones y se les diese la libertad; Domiciano prohibió la castración de los esclavos; Adriano prescribió asimismo la ejecución del esclavo culpable por su amo y hasta el encarcelamiento en prisiones particulares¹⁶⁰. Siempre de manera creciente, los grupos rectores romanos fueron ajustándose a estas normas de comportamiento, caso, por ejemplo, de Plinio el Joven, que trataba bien a sus esclavos, hasta el punto de permitirles hacer disposición testamentaria de su peculio y de compartir su suerte (Ep. 8, 16, 1 s.). Séneca llegó a expresar abiertamente la opinión de que también los esclavos eran seres humanos (Ep. 47. 1): *servi sunt immo homines! Servi sunt! Immo contubernales! Servi sunt! Immo humiles amici*.¹⁶¹ Petronio hacía decir lo mismo a Trimalción en el satiricón (71): también los esclavos son hombres, también ellos beben la misma leche materna que los demás, sólo que ellos han sido víctimas de un triste destino.

Especial importancia revestía el hecho de que los esclavos —al menos en las ciudades— se convertían con gran frecuencia en libertos y después de una determinada edad podían razonablemente esperar la *manumissio*¹⁶². Ya con Augusto la manumisión de esclavos se había hecho tan corriente en todas partes que las masas de *liberti* aparecían al estado como un peligro político y social (cf. Dión. Hal. 4,24 s.). El gobierno imperial hubo de dar a esta corriente una dirección que fuese compatible con los intereses del estado romano. La *lex Fufia Caninia* (2 a. C.) puso límite al número de esclavos que podían alcanzar a un mismo tiempo la libertad por testamento al fallecer su amo: siendo de 3 a 10 el número de esclavos, la mitad a lo sumo podía obtener la libertad; de 11 a 30, un tercio de los mismos; de 31 a 100, un cuarto; y de 101 a 500, un quinto. La *lex Aelia Sentia* (4 d. C.) prescribió una edad mínima de 20 años para el manumisor y además, al fijar las modalidades para su liberación, puso más difícil a los esclavos jóvenes (bajo los 30 años) la adquisición del derecho de ciudadanía. El verdadero objetivo de estas leyes no estaba en limitar de forma esencial la manumisión y disminuir el número de *liberti*: lo que en realidad debían evitar era que las personas de origen no libre lograsen mediante la liberación, en masa y sin control del estado, la ciudadanía romana y con ella una influencia demasiado grande sobre la vida pública. De hecho, una vez promulgadas estas leyes, siguió siendo posible el que todos los esclavos de una casa fuesen hechos libres (Gaius, Inst. 1,44), sólo que no de golpe por testamento y tampoco con el resultado de que todos los antiguos esclavos se convirtiesen sin más ni más en ciudadanos de pleno derecho; un privilegio como éste, si exceptuamos los casos de excepción previstos por la ley, alcanzaba únicamente a los esclavos «maduros, aquellos que en el momento de su liberación habían cumplido los treinta años. Parecidos fines perseguía también la *lex Iunia* (quizá del 19 d.C), que a las personas manumitidas a corta edad o en circunstancias poco claras otorgaba sólo el derecho latino, en vez de la plena ciudadanía romana; en esta misma línea la *lex Visellia* (24 d. C.) prohibía a los libertos revestir magistraturas ciudadanas. Así pues, todas estas leyes ni podían ni querían impedir la práctica general de conceder la libertad a los esclavos tras vencer un determinado tiempo (a menudo en torno a los 30 años). Antes bien, los dueños de esclavos, en la gran generalidad de los casos, siguieron esta costumbre durante los siglos I y II del Imperio en las ciudades del territorio romano, como, por citar un ejemplo, Plinio el Joven (Ep. 8,

¹⁶⁰ Situación jurídica de los esclavos: W. W. Buckland, *The Roman Law of Slavery The Condition of the Slave in Private Law from Augustus to Justinian* (Cambridge, 1908).

¹⁶¹ Cf. W. Richter, *Gymnasium*, 65, 1958, pp. 196 s.

¹⁶² G. Alföldy, *Rw Stor del l'Ant*, 2, 1972, pp. 97 s., y también en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der Römischen Kaiserzeit* (Darmstadt, 1981), pp. 336 s. Sobre la frecuencia de las manumisiones, cf. K Hopkins, *Conquerors and Slaves*, pp. 99 s. Por lo que se refiere a las leyes y situación jurídica de los *liberti*, vid. W. W. Buckland, *op. cit.*, pp. 449 s.; A. M. Duff, *op. cit.*, Pp. 12 s. Debo a I. Hahn la referencia adicional a Artemidoro.

16,1). Según el libro de Artemidoro Daldiano sobre la interpretación de los sueños, la esperanza de los esclavos en época de los Antoninos de conseguir la libertad estaba bien fundada; en los casos normales podían resultar inciertos, a lo sumo, el momento y las modalidades de la liberación, pero no el hecho de que ésta se produjese.

La perspectiva de la liberación hacía vivir en la esperanza a muchos esclavos. Eventualmente podía incluso actuar como estímulo para que un no ciudadano vendiese a sus hijos o se vendiese él mismo como esclavo: con la manumisión, y en caso de que el amo fuese un ciudadano, la persona adquiría automáticamente la plena ciudadanía romana o, como mínimo, el derecho latino y con éste un privilegio que un campesino pobre del Alto Imperio, por ejemplo, sólo habría conquistado a duras penas, pongamos por caso tras un servicio militar de 25 años bastante penoso en un cuerpo auxiliar, o que no habría conquistado en absoluto. Al margen ya de todo ello, el esclavo entre tanto era alimentado en casa del amo y muy a menudo recibía una formación profesional concreta, por ej., en un oficio artesanal. En tales condiciones, para un peregrino la esclavización podía hasta resultar «atractiva»; y así nada malo se veía en ella en Asia Menor, según testimonio de Filostrate (Apoll. 8, 7,12). De este sistema se derivaba para el amo la ventaja del celo del esclavo en su trabajo, que no quería dejar pasar la perspectiva de la libertad y además tenía con frecuencia que amasar un pequeño capital (*peculium*), a fin de comprar con él la libertad en el momento de la *manumissio*, abonando el precio de compra. Sin embargo, más importantes todavía eran los beneficios que el antiguo dueño extraía de la relación de patronato con su liberto debido a las obligaciones económicas y morales contraídas por este último. Dichas obligaciones podían ir desde la entrega de una parte de las ganancias del liberto hasta la prestación de servicios personales, como, v. gr., atenciones y cuidados en trance de enfermedad¹⁶³. Por consiguiente, este sistema era en realidad sólo una forma más refinada de explotación que la esclavitud sin manumisión, siendo la situación real de muchos libertos decididamente más desfavorable que la de sus pequeños grupos de élite, cuyos miembros, como, por ejemplo, Trimalción, viose liberado de tales ataduras sociales por la muerte de su *patronus*. Por otra parte, un sistema como éste sólo resultó funcional en tanto que los esclavos a manumitir pudieron ser constantemente restituidos por nueva mano de obra no libre. Pero durante el Alto Imperio esta forma de esclavitud era aún perfectamente practicable y en las ciudades generalmente se estaba acostumbrado a ella; muchos amos se hacían con esclavos, a todas luces con el propósito de concederles la libertad tras un determinado tiempo y de crearse de esta manera una forma de dependencia social particularmente rentable.

Estratos campesinos inferiores

La situación de los esclavos en el campo era con frecuencia considerablemente distinta a la de las ciudades, y esto mismo vale para las capas bajas urbanas y rurales en general. La composición social de la *plebs rustica*, cuyos integrantes constituían la inmensa mayoría de la población en el Imperio, estaba todavía más diversificada que la de la plebe urbana. Ciertamente en el campo había también *ingenui*, *liberti* y *servi*, pero la relación de fuerzas entre unos y otros estaba en cada una de las regiones rurales aun más descompensada que en las ciudades, y además de esto tales conceptos podían englobar posiciones sociales muy diferentes, toda vez que un campesino nacido libre, por ejemplo, podía ser tanto un pequeño propietario de tierras o un arrendatario, como un jornalero sin parcela alguna¹⁶⁴. También al hablar de los

¹⁶³ H. Lemonnier, *Etude historique sur la condition privée des affranchis aux trois premiers siècles de l'Empire romain* (París, 1887); J. Lambert, *Les operae liberti. Contributions a l'histoire des droits de patronat* (París, 1934); G. Fabre, *Libertas*, pp. 267 s.

¹⁶⁴ Para la problemática del campesinado romano durante la época del Imperio véase R. MacMullen, en *ANRW*, II, 1, pp. 253 s.; *id.*, *Social Relations*, pp. 1 s.; M. I. Finley, en *id.* (ed.), *Studies in Roman Property*, pp. 103 s. (Italia); G. Ch. Picard, en *ANRW*, II, 3 (Berlín-Nueva York, 1975), pp. 98 s. (Galia y norte de África); C. R. Whittaker, en P. Garnsey (ed.), *Non-Slave Labour in the Greco-Roman World* (Cambridge, 1980), pp. 73 s. Sobre la agricultura: W. E. Heitland, *Agricola. A Study of Agriculture and Rustic Life in the Greco-Roman World* (Cambridge, 1921); K. D. White, *Roman Farming* (Londres, 1970);

esclavos ha de diferenciarse entre cada uno de los grupos sociales, sobre todo, entre los esclavos que, en reducido número y a menudo bajo una relación patriarcal, laboraban en las fincas rurales más pequeñas o en las municipales de tamaño medio, y aquellos otros que lo hacían en los latifundios reunidos en equipos de trabajo mayores. Sobre todo en las zonas en que, como en los países del Danubio, la concentración de tierras en pocas manos apenas se conocía, los esclavos —no precisamente numerosos— de los pequeños y medianos campesinos, así como de los hacendados del decurionato de las ciudades, a menudo casi no se diferenciaban de la población rural «libre». Con frecuencia se encontraban en el proceso de producción trabajando codo a codo con el amo y los allegados de éste, y podían tanto fundar una familia como también adquirir una pequeña fortuna. Por el contrario, la situación de la mano de obra no libre en las grandes explotaciones agrícolas era muchas veces realmente desfavorable, aun cuando también aquí se daban diferencias, al margen ya de que los administradores de los predios, de condición servil, los *vilici* y *actores*, disponían de una situación privilegiada dentro de la capa rural esclava. Resulta digno de nota el hecho de que un esclavo así pudiese ser alabado con orgullo por sus compañeros como *agricola optimus* (ILS 7451), como también lo es el que para la administración de la finca se recurriese no pocas veces a esclavos urbanos (v. gr., Plin., Ep. 9, 20,2).

La explotación de los latifundios mediante masas de esclavos no era algo en absoluto extendido a todas las partes en que se daba la gran propiedad; en África y en Egipto, por ejemplo, en los latifundios de los grandes propietarios privados y del emperador trabajaban en mayoría agricultores nominalmente libres. En Italia el trabajo servil en los grandes predios, al menos en el siglo I, era todavía un fenómeno local. Donde mejor aparece testimoniado es en la obra de Columela sobre la agricultura, de los años sesenta de esa centuria¹⁶⁵. Columela compartía aún en líneas generales la antigua concepción de Catón y Varrón de que a una explotación agrícola se le podía sacar el máximo de beneficio mediante el empleo de esclavos; para incrementar la rentabilidad de la producción, aconsejaba llevar hasta el límite la especialización de la mano de obra servil en el trabajo. Aun cuando evitaba la brutalidad innecesaria, hacía bregar duro a los esclavos, en parte también a la antigua usanza, encadenándolos, y en ellos veía poco más que herramientas de trabajo (De re rust. 1, 8,8).

Con todo, la situación de los esclavos mejoró en tiempos del Principado también en los latifundios: aproximadamente una generación después de Columela, Plinio el Joven hacía observar que en sus fincas quedaban tan pocos esclavos encadenados como en general en las de sus vecinos (Ep. 3, 19,7).

Tampoco faltaban, desde luego, los libertos en el campo y en la agricultura. En las pequeñas y medianas propiedades estaban ocupados no pocas veces *liberti*, como en el caso de las tierras de los campesinos de Nórico o en las parcelas de veteranos en Dalmacia y Panonia; en general, los esclavos de tales señores parecen haber sido manumitidos con más frecuencia que los adscritos a las grandes explotaciones. La práctica de la manumisión no era tampoco desconocida en los latifundios: Plinio el Joven concedía con generosidad la libertad a sus esclavos, y a todas luces sin tener en cuenta el tipo de profesión que desempeñaban (Ep. 8, 16,1); una inscripción del Forum Livi itálico, fechada en el siglo I, contiene las instrucciones de un propietario de tierras del orden ecuestre a sus libertos, que se ocupaban en el trabajo de aquéllas (CIL XI 600). Pero, por regla general, la liberación de los esclavos en el campo, y en especial dentro de los latifundios, fue considerablemente menos practicada que en las ciudades. Columela habla sólo en una ocasión de *manumissio* y lo hace para aconsejar que se diese la libertad a aquellas esclavas que hubiesen traído al mundo más de tres hijos de su misma condición (De re rust. 1, 8,19). De ello se sigue que los terratenientes difícilmente acostumbraban a libertar por iniciativa propia a sus esclavos, y además que estaban muy interesados en el mantenimiento de la reserva de esta fuerza de trabajo mediante el nacimiento de los *vernae*. Ha de aceptarse que aquellas ventajas económicas y sociales que se ofrecían para un amo en la ciudad con la manumisión de sus esclavos, apenas cabían esperarse en el ámbito rural. Para ejercer con éxito como artesano o traficante resultaban imprescindibles

cf. del mismo, *Country Life in Classical Times* (Londres, 1977) (recopilación de fuentes). Latifundios: véase *supra* nota 55; y en la nota 60 también bibliografía para la época del Imperio.

¹⁶⁵ Sobre esto, H. Gummerus, *Der Römische Gutsbetrieb*, pp. 73 s.; N. Brock-meyer, *Arbeitsorganisation und ökonomisches Denken*, pp. 137 s.; cf. G. Hentz, *Ktema*, 5, 1980, pp. 151 s.; consúltese además la bibliografía de la nota 98.

iniciativa propia y un cierto margen de juego; un esclavo a la expectativa de ser manumitido y más aún un *libertus* con su libertad personal podían cumplir mejor esas condiciones que un esclavo abocado a un destino sin esperanza. Para los hacendados, en cambio, este tipo de situaciones constituía un estorbo. Hasta qué punto podía resultar poco rentable para ellos el empleo de fuerza de trabajo libre en lugar de servil, es cosa que se deduce muy claramente de la reflexión hecha por Plinio, en el sentido de que él había tenido que recurrir a esclavos para poner en orden una finca que con el anterior propietario estaba siendo sub-explotada por sus *coloni*, cuales si fueran *imbecilli cultores* (Ep. 3, 19,6 s.)

No obstante, en el Imperio se hizo cada vez más difícil reemplazar de generación en generación a las masas de esclavos necesarios para la explotación de los latifundios. Si Columela prometía a las madres de tres niños esclavos lo que a su juicio era una enorme recompensa, entonces es que el crecimiento natural de las familias serviles a duras penas conseguía mantener los niveles deseados. Habitantes libres del imperio pertenecientes a la población peregrina de las provincias —cuando la paulatina extensión del derecho de ciudadanía romana se estaba frenando— preferían probablemente venderse como esclavos en las ciudades, donde contaban con mejores posibilidades de futuro. Consecuentemente, la esclavitud en el campo durante el Imperio fue en creciente retroceso y a todas luces con mayor rapidez que en las ciudades. Su lugar fue ocupado en los latifundios de forma progresiva por el sistema del colonato¹⁶⁶. El *colonus* era un arrendatario, que tomaba en arriendo un pequeño trozo de tierra y lo cultivaba junto con su familia (así que su mujer se llamaba *colona*; por ejemplo, ILS 7454), a la par que satisfacía al propietario de la tierra una determinada renta por los productos obtenidos. En algunas provincias, sobre todo en África, y aquí especialmente en los extensos dominios imperiales, cuya organización laboral ofrecía también un modelo para los latifundios privados, este sistema estaba fuertemente expandido ya en el siglo I. La tantas veces citada inscripción de Henchir-Mettich, datada en los últimos años de Trajano, testimonia la presencia del sistema de colonato como base de la explotación de los dominios imperiales, pero no ya sólo para aquel tiempo, sino también para una época más temprana, pues se refería a una *lex Manciana* anterior¹⁶⁷. También en Italia era conocido este sistema desde hacía ya tiempo, si bien a un Columela (De re rust. 1, 7,1 s.), por ejemplo, parecíale esencialmente menos productivo que el de la economía esclavista, y de ahí que él sólo lo aconsejase para el cultivo de predios ubicados en regiones estériles, en los que el empleo de los costosos esclavos no habría valido la pena. A partir del siglo II, sin embargo, esta forma de explotación se extendió también por toda Italia.

La mayoría de los *coloni* eran personalmente libres, y entre ellos había también ocasionalmente libertos (v. gr., ILS 7455). No obstante, también se recurrió a esclavos en el sistema de arriendos, que como *quasi coloni* ya en el siglo I (Dig. 33,7,12,3) vivían prácticamente bajo las mismas condiciones que los «auténticos» colonos: el trabajo y la vivienda apenas eran diferenciables; tampoco estos esclavos utilizados como arrendatarios fueron peor tratados que los «libres» *coloni*, no siendo posible ya, por ej., el encadenarlos; por otra parte, las posibilidades de ascenso social por cambio de domicilio y de profesión eran a menudo para los colonos nominalmente «libres» poco mejores que para los esclavos. Por eso, las diferencias tradicionales en la situación jurídica de los ingenuos, libertos y esclavos fueron perdiendo cada vez más toda su significación social. Con todo, de los colonos de las grandes fincas no llegó a nacer una población campesina muy homogénea, ya que nuevas diferencias sociales hicieron entonces acto de presencia. Así, en la inscripción de Henchir-Mettich se testifican igualmente diversas categorías de trabajadores agrícolas en los dominios del emperador: los *coloni* «normales», es decir, los pequeños arrendatarios; los *coloni inquilini*, campesinos asentados en dichos dominios, sin tierras y obligados a diversas prestaciones laborales; y los *stipendiarii*, otras personas que vivían en parte dentro, en parte fuera

¹⁶⁶ Es básico M. Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates* (Leipzig, 1910), R. Clausen, *The Roman Colonate* (Nueva York, 1925); P. Collinet, *Le colonat dans L'Empire romain* (Bruselas, 1937); restante bibliografía en J. Vogt-N Brockmeyer, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, pp. 45 s. Comienzos del sistema de colonato en Italia, su contemplación por los juristas, N. Brockmeyer, *Historia*, 20 1971, pp. 732 s.

¹⁶⁷ Es básico M. Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates* (Leipzig, 1910), R. Clausen, *The Roman Colonate* (Nueva York, 1925); P. Collinet, *Le colonat dans L'Empire romain* (Bruselas, 1937); restante bibliografía en J. Vogt-N Brockmeyer, *Bibliographie zur antiken Sklaverei*, pp. 45 s. Comienzos del sistema de colonato en Italia, su contemplación por los juristas, N. Brockmeyer, *Historia*, 20 1971, pp. 732 s.

del dominio, y de quienes los primero citados habían de obtener a su vez determinadas prestaciones laborales.

En tiempos del Principado los esclavos y colonos representaban a todas luces solamente una minoría de la población rural del *Imperium Romanum*; en cada una de las partes del imperio, y variando su composición de región a región, vivían otros grupos amplios de población campesina. Pequeños propietarios que poseían tierra por un valor inferior al del censo decurional de la ciudad próxima, los había en la mayoría de las provincias. Este tipo de granja, pequeña y autárquica, que había sido cantada en las *Geórgicas* de Virgilio, no desapareció en absoluto de Italia durante el Alto Imperio. Como se deduce de los datos sobre las extensiones de las fincas rurales en las tablas alimentarias, a comienzos del siglo II en los alrededores de Veleia y Beneventum —por tanto, en dos zonas tan dispares como las estribaciones septentrionales de los Apeninos y Campania— existía todavía gran número de pequeños propietarios. Además, en la mayor parte del imperio se encontraban en masa campesinos pobres, sin tierras y faltos de recursos, que, incluso en Italia, no estaban acostumbrados a tratar a sus semejantes y que en cada extranjero veían a un enemigo (Fronto, *Ad M. Caes.* 2,12). A ellos se añadían todavía modestos comerciantes, que no faltaban tampoco en los lugares de mercado rural, y particularmente los pequeños artesanos, que bien en las aldeas o bien en los talleres de las heredades más grandes tenían ocupación, por ejemplo, como herreros o alfareros; a la población campesina pertenecían finalmente también los pequeños arrendatarios y los condenados que trabajaban en las minas.

Estructuras más unitarias y homogéneas en la población campesina del *Imperium Romanum* se desarrollaron por vez primera en el Bajo Imperio, una vez que la gran propiedad y el sistema de colonato pasaron en todas partes a ocupar el primer plano. Con todo, en un sentido sí fue igual por doquier la situación de los habitantes del agro durante el Alto Imperio: las capas sociales más oprimidas del estado romano fueron siempre los grupos más pobres e indigentes del mundo rural. Entre estos sectores la peor parte no la llevaban ni siquiera los esclavos de los latifundios, que al fin y al cabo representaban un valor para el amo y al menos eran alimentados regularmente, sino sobre todo las masas de campesinos nominalmente «libres», carentes de recursos y, como a menudo sucedía en las provincias, carentes también de la condición privilegiada de ciudadanos romanos. En Judea, por ejemplo, o en Egipto, la suerte de esta población rural era decididamente menos favorecida que la situación de los esclavos en la hacienda de Columela. Filón de Alejandría (*De spec. leg.* 3,159 s.) nos pinta un cuadro verdaderamente sombrío: los habitantes del rural padecían espantosamente bajo la presión tributaria; cuando un campesino se fugaba, los miembros de su familia o sus vecinos eran brutalmente maltratados y con bastante frecuencia torturados hasta morir.

La estructura en órdenes y estratos y sus efectos

Resumiendo, como mejor puede representarse la estructura social de la llamada época del Principado es en forma de una pirámide (Fig. 1). En ella, ciertamente, ni se reflejan las fuerzas numéricas extremadamente desiguales de cada uno de los estratos, ni tampoco queda expresado el cambio permanente de la sociedad durante los dos primeros siglos del Imperio, hechos que ilustran algunos aspectos especialmente importantes de la jerarquía social. Puesto que no estaban dadas las premisas para la existencia de un

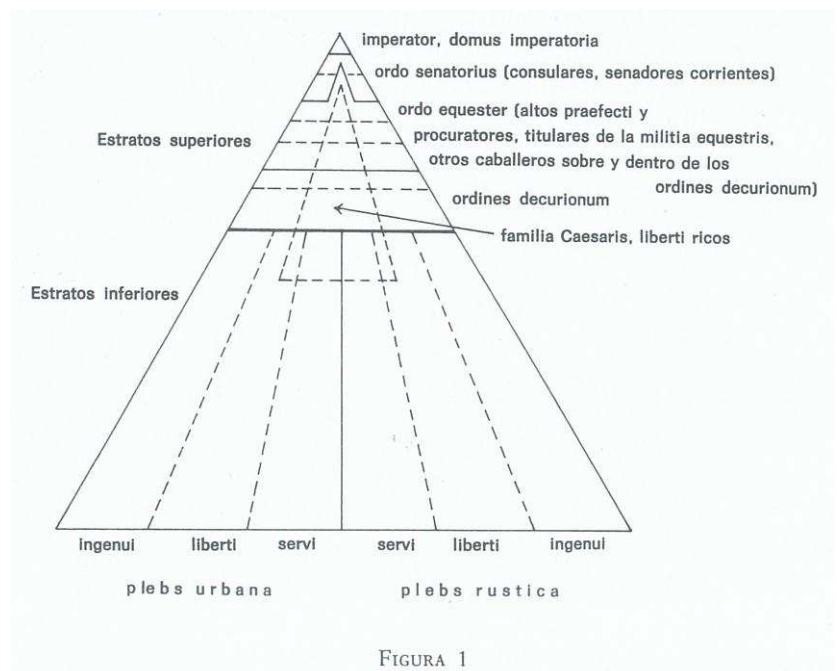


FIGURA 1

estamento intermedio con auténtica consistencia, puede afirmarse que la sociedad se descomponía en dos grupos principales —y de diferente tamaño—, los estratos superiores y los estratos inferiores. En este conjunto, senadores, caballeros y decuriones sin rango ecuestre —totalizando a lo sumo unas 200.000 personas adultas—, incluso con sus mujeres e hijos, no constituían siquiera más del 1 por 100 de la población completa del imperio. La auténtica capa dirigente, compuesta por los titulares de los cargos senatoriales más importantes, así como por el grupo de caballeros con empleos más altos, comprendía al finalizar la época augustea sólo unas 160 personas, cifra que hacia mediados de la segunda centuria se elevaba aproximadamente al doble. La mayoría de los integrantes de las capas sociales encumbradas, que por sus bienes, sus funciones en los niveles de poder y su prestigio estaba por encima de la masa corriente, aparecía agrupada según claros criterios jerárquicos en distintos *ordines*, esto es, en unidades sociales constituidas cerrada y corporativamente, con sus respectivos niveles de riqueza, funciones y distintivos de rango. A la vista de sus notas características, cabe considerar estas formas de organización social como órdenes o estamentos. En ellos, por tanto, se aglutinaba la élite de la sociedad, sin distinciones de ningún tipo entre capas altas urbanas y rurales, mientras que los ricos libertos y los miembros de la *familia Caesaris*, que sólo en atención a su censo de propiedad y en parte a su influencia política podrían contarse entre las capas altas, no fueron aceptados en estos círculos privilegiados de personas y con alta consideración. Pues, en efecto, también entre los libertos ricos se percibe —en el marco de las corporaciones augustales— una tendencia a imitar las organizaciones estamentales, y la *familia Caesaris* representaba asimismo una asociación de personas definible jurídica y funcionalmente de forma semejante a un orden.

Los estratos inferiores estaban integrados por grupos muy heterogéneos de las masas de población de la ciudad y del campo. En contraposición a los *ordines* privilegiados, no cabe en absoluto definirlos como estamentos. Sin querer implicar necesariamente con este concepto grupos sociales superpuestos, podemos perfectamente hablar de estratos o capas particulares, que sobre todo por razón de su actividad económica en la ciudad o en el campo, y en virtud además de criterios jurídicos como los de *ingenui*, *liberti* o *servi*, acusaban caracteres distintivos. De acuerdo con ellos, las fronteras entre cada uno de estos estratos inferiores discurrían de abajo hacia arriba, esto es, sólo en parte podían determinar la posición social del individuo; líneas claras de división social en sentido horizontal no las había en el seno de esta población decaída, contrariamente a las nítidas diferencias de posición observables entre las distintas capas altas. Así, dentro de un mismo estrato bajo de población podían darse posiciones muy distanciadas, y, en cambio, cabía hallar otras muy próximas entre individuos concretos de estratos inferiores diferentes.

Ahora bien, está claro que con este modelo no hemos aprehendido toda la realidad del orden social romano durante los dos primeros siglos de la época imperial. Ha de llamarse debidamente la atención sobre dos puntos débiles de dicho modelo. Por un lado, en su bosquejo han pesado decisivamente los criterios jurídicos y organizativos a la hora de hacer las clasificaciones, con lo que las fronteras que surgían entre los grupos sociales por razón de sus funciones y de su prestigio social, y que no coincidían necesariamente con las existentes entre las asociaciones y grupos de personas definibles jurídicamente, no quedan bien plasmadas. Atendiendo a los elementos de caracterización funcional y al prestigio correspondiente, cabría afirmar sobre las capas altas del *Imperium Romanum* que eran dos los estratos principales que las componían: una élite municipal, de un lado, y una aristocracia imperial, de otro. A la élite municipal, y como estrato más bajo de ella, pertenecían los libertos ricos agrupados en las corporaciones augustales, y como estrato más elevado los decuriones y magistrados corrientes, al igual que sus colegas que eran al mismo tiempo miembros desorden ecuestre, pero que sólo servían en la administración ciudadana y no en la estatal. Los integrantes de la aristocracia imperial, por el contrario, desempeñaban al servicio del estado funciones militares y políticas o, cuando menos, estaban a la expectativa de tales destinos, caso en particular de los senadores sin cargos. De esta aristocracia emanaban todavía la capa rectora político-militar, que se componía de los senadores situados en los puestos elevados y también de los altos funcionarios del estado de condición ecuestre. Por otra parte, ha de hacerse aún hincapié en el hecho de que el modelo aquí esbozado, que enfatiza las diferencias sociales entre las distintas capas de la población, concede a la estratificación social como elemento caracterizador

de esta sociedad una importancia excesiva y unilateral. A la hora de determinar las realidades sociales en el mundo romano, no eran en absoluto decisivas solamente las posiciones establecidas dentro de la jerarquía social, sino también las siempre sumamente importantes relaciones personales entre individuos particulares situados más arriba y más abajo: en el seno de la *familia*, entre un esclavo y su amo; en una comunidad urbana, entre un cliente plebeyo y su *patronus* de la élite municipal, o en una hacienda, entre los trabajadores agrícolas y el señor de la finca. Mientras que los pertenecientes a un *ordo* privilegiado cerraban filas conscientemente y en muchos sentidos marcaban las distancias con respecto a los otros grupos jerárquicos de la sociedad, eran los distintos grupos de la población baja del imperio los que más ligados estaban a sus respectivos señores o *patroni*. Con todo eso, las diferencias sociales, motivadas por los mecanismos de la estratificación social que ya hemos tratado ampliamente más arriba (pp. 146 s.), eran una realidad cuya significación e importancia no pueden ser soslayadas, tanto más cuanto que a los escritores contemporáneos esta forma de división social —entre ricos y pobres o entre grupos definidos de diferente manera y superpuestos los unos a los otros— parecían determinante.

Así pues, atendiendo a su articulación y división internas, como mejor habría que explicar el orden de la sociedad romana durante las dos primeras centurias del Imperio, al igual que en otras épocas de la historia de Roma, sería a través del concepto de estructura en órdenes y estratos. Por el contrario, el concepto de clase difícilmente resultaría adecuado para definir este orden social. Una clase social se configura sobre la base de que sus miembros ocupan un mismo lugar ante el proceso de producción económica. De forma muy simplificada, ese lugar se establece en función de la propiedad o no propiedad de los medios de producción (que en el mundo antiguo serían bienes raíces y, adicionalmente, talleres con su correspondiente equipamiento), en función de la división del trabajo y del reparto de los bienes de producción. Si la sociedad romana de la época del Principado hubiese sido una sociedad de clases, entonces habrían tenido que darse dos clases: la clase alta, cuyos integrantes poseían los medios de producción, no estaban ocupados en las tareas de producción y vivían de los beneficios que daban los bienes trabajados por otros; y la clase baja, cuyos miembros no disponían ni de tierra ni de miembros propios para el trabajo artesanal, aportaban su fuerza directa de producción y alimentaban con sus productos a la clase alta. Determinados grupos de la sociedad romana se ajustarían perfectamente a estos criterios económicos: los senadores podrían colocarse sin dificultades en el primer tipo, y los esclavos de los latifundios en el segundo. Pese a ello, un modelo en clases como éste no haría justicia a la realidad total de la sociedad romana. Para empezar, habría que insertar entre la clase superior y la inferior una clase media, cuyos integrantes habrían dispuesto de medios de producción y, sin embargo, se habrían mantenido como productores directos; a ellos habrían de sumarse grupos sociales tan diferentes como el de los campesinos independientes, con tierra propia, el de los colonos, que cuando menos contaban con tierras arrendadas, y además el de aquellos artesanos con una empresa propia. Decisivo, con todo, es el hecho de que la sociedad romana no se articulaba en absoluto solamente atendiendo a los criterios económicos mencionados, sino también en función de puntos de vista sociales y jurídicos que no coincidían plenamente con los económicos. Los decuriones de las ciudades eran no pocas veces campesinos productores directos, y, no obstante, como miembros que eran de un estamento privilegiado, con unas funciones por razón del cargo y un renombre, formaban parte de los estratos superiores. Por contra, los libertos ricos del tipo de Trimalción reunían ciertamente todos los requisitos económicos de una «clase dominante», ya que poseían medios de producción, no eran productores directos y vivían del trabajo de su personal; sin embargo, a ellos les estaban vedadas la entrada en un orden privilegiado, así como la ocupación de los cargos más altos y la consideración de la sociedad. Por consiguiente, sería algo contrario a la realidad el definir a la sociedad romana de la época del Principado como una sociedad de clases (por no hablar ahora de la llamada «sociedad esclavista»). Fue una sociedad dividida en órdenes y estratos, con una estructura verdaderamente peculiar, que pese a los rasgos comunes se diferencia considerablemente de las restantes sociedades preindustriales¹⁶⁸.

¹⁶⁸ Sobre el modelo de división social aquí esbozado y sobre los caracteres fundamentales del orden social romano, *vid.* asimismo G. Alföldy, *Gymnasium*, 83, 1976, pp. 1 s. Crítica de este modelo e ideas en parte diferentes a éstas: F. Vittinghoff, *Htst. Zeitschr.*, 230, 1980, pp. 31 s.; K. Christ, en W. Eck-H. Galsterer-H. Wolff (ed.), *Studien zur antiken Sozialgeschichte*,

Teniendo presente la peculiaridad de esta estructura, se hará comprensible hasta qué punto en tiempos del Principado pudo bastar la elasticidad de este orden social. Puesto que el modelo romano en órdenes y estratos también se impuso en las provincias o al menos señaló aquí la dirección de la evolución social, las posiciones de cabeza fueron abriéndose asimismo a antiguos «no romanos», mientras que los itálicos perdían paralelamente su primitivo papel dirigente. Esa suerte de permeabilidad en el sistema social no ha de confundirse, sin embargo, con la movilidad vertical, consistente en la posibilidad de mejorar o empeorar la propia posición social, bien dentro de una y misma capa social, bien cambiando de adscripción a un estrato por otra a otro diferente¹⁶⁹.

Las posibilidades de ascenso se ajustaban con toda claridad a las líneas de separación que atravesaban la pirámide social. Los ya privilegiados disponían de considerables posibilidades. Caso de utilizar con habilidad los medios económicos a su disposición, y si ascendían dentro del *cursus honorum* municipal, ecuestre o senatorial, siguiendo el escalafón jerárquico de sus cargos, entonces podían mejorar apreciablemente su status social, como, por ejemplo, Plinio el Joven, que a sus fincas heredadas añadió otras nuevas compradas y fue subiendo peldaño a peldaño en la carrera senatorial hasta el nivel de rango consular. Tampoco resultaba excesivamente difícil el ascenso desde el orden decurional de una comunidad al estamento ecuestre y de aquí al senatorial, pudiéndose dar tal hecho dentro de una misma generación o con el paso de una a otra. Para muchos hombres ricos la diferencia entre los niveles de censo entre cada uno de los *ordines* no representaba algo insalvable, al tiempo que los estamentos rectores, cuyos efectivos debían ser constantemente renovados a causa de la frecuente falta de descendencia, tenían su fuente natural de reclutamiento en el orden situado un escalón más abajo. Posibilidades de ascenso comparables a éstas no faltaban tampoco, desde luego, entre las capas bajas, sobre todo en las ciudades. Puesto que en una y misma categoría de la población baja podían estar comprendidas posiciones sociales muy distintas, era perfectamente posible experimentar una mejora en la propia situación dentro de tal categoría, sobre todo teniendo habilidad y suerte en la actividad económica. Tal principio valía tanto para los artesanos urbanos, que podían llegar a enriquecerse, como para los esclavos rurales, que podían hacer carrera como administradores de fincas. Como resultado de la estructura poco cohesionada de los estratos inferiores, al menos en las ciudades resultaba también posible, en principio, el cambio de status, toda vez que los esclavos se convertían muy a menudo en libertos, y los hijos del *libertus* nacidos después de la *manumissio* eran considerados libres. Con todo, no debiera sobrevalorarse la movilidad social en época del Principado en tanto que factor positivo en la vida social. Aquellos que de verdad podían hacer uso de las oportunidades citadas, constituían en conjunto una minoría y en el campo probablemente una minoría muy reducida. De los, por ej., 90 caballeros aproximadamente que cada año ocupaban como prefectos de cohorte los puestos más bajos de la oficialidad ecuestre, únicamente dos tercios conseguían llegar como tribunos militares al siguiente escalón en rango, y sólo un tercio de éstos al tercero de prefectos de ala. Importante era el hecho de que las líneas claves de división social, las que discurrían entre las capas inferiores y las superiores, sólo a duras penas llegaban a ser franqueadas. Quien de antemano carecía de los medios económicos adecuados, podía perfectísimamente seguir sin poseerlos pese a su laboriosidad y a sus cualidades personales. Este era especialmente el caso de la población baja de las áreas rurales, en donde la fortuna resultante de la posesión de bienes raíces estaba repartida de forma más inamovible que

pp. 197 s.; F. Kolb, en *Bericht über die 33. Versammlung deutscher Historiker in Würzburg 1980*. Beih. zu. *Gesch. in. Wiss. u. Unterricht* (Stuttgart, 1982), pp. 131 s. Respecto a estos pareceres, G. Alföldy, *Chiron*, 11, 1981, pp. 207 s. Cf. del mismo, en *Homenaje García Bellido*, IV, *Rev. de la Univ. Complutense*, 18, 1979 (1981), pp. 177 s., esp. 209 s. (estratificación social reflejada en los honores estatuarios). Para las relaciones sociales entre los integrantes de los distintos estratos, cf. W. Eck, en *Colonato y otras formas de dependencia no esclavistas*. *Actas del Coloquio*, 1978. *Memorias de Historia Antigua* (Oviedo), 2, 1978, pp. 41 s. La teoría marxista, que se mantiene en la idea de que el orden social antiguo constituía una sociedad de clases, se ha apartado entre tanto considerablemente de la concepción de una «sociedad de esclavistas» (por ejemplo, E. M. Staerman, *VDI*, 1969, 4, pp. 37 s.): véase en tal sentido, v. gr., H. Kreissing, *Ethn.-Arch. Zeitschr.*, 10, 1969, pp. 361 s.

¹⁶⁹ Movilidad social en el Alto Imperio: K. Hopkins, *Past and Present*, 32, 1965, pp. 12 s.; P. R. C. Weaver, *ibid.*, 37, 1967, pp. 3 s. (libertos y esclavos imperiales); H. W. Pleket, *Tijdschr. voor Geschiedenis*, 84, 1971, pp. 215 s.; H. Castritius, *Mitt. d. Techn. Univ. Braunschweig*, 8, 1973, pp. 38 s.; R. Mac-Mullen, *Social Relations*, pp. 97 s.; B. Dobson, en *Recherches sur les structures sociales dans l'antiquité classique*, pp. 99 s. (centuriones).

en la ciudad. Ciertamente, también en el campo resultaba factible la ascensión social; en tal sentido suele sacarse acertadamente a colación la famosa inscripción de Mactar (del siglo III), en la que un antiguo labrantín informa con orgullo del éxito logrado gracias a su celo en el trabajo (ILS 7457): procedía este sujeto de una familia falta de recursos, se ocupó durante doce años en la recolección como jornalero temporero y durante once lo hizo como representante; merced a su esfuerzo personal se hizo propietario de tierras y en virtud de esta cualificación se convirtió en decurión en su ciudad natal, en la que finalmente ascendió a la alcaldía. Pero una trayectoria como ésta no era desde luego frecuente, sobre todo si pensamos en lo difícil que resultaba ahorrar con el salario de un jornalero sin bienes raíces propios el mínimo de fortuna de un decurión, aunque fuese éste del censo más bajo de las ciudades pequeñas. En las profesiones urbanas era más fácil hacer dinero, aunque también en las ciudades el ascenso social tenía sus límites, sin que debamos desdeñar entre éstos las múltiples restricciones debidas al origen personal y a la situación jurídica, que con bastante frecuencia impedían a quienes triunfaban económicamente, caso sobre todo de los eficientes libertos, el integrarse en la capa superior.

Consecuentemente, era algo poco frecuente y en todo caso atípico en tiempos del Principado, en contraposición a las condiciones de la moderna sociedad industrial, el hecho de que alguien de muy baja extracción se abriese camino hasta los más altos peldaños de la pirámide social. La trayectoria vital de los miembros directivos de la *familia Caesaris* o de los libertos ricos, que hacía decir a Trimalción sentirse haber pasado de ser rana a ser rey (Petronius, Sat. 77), no representaba una prueba de movilidad social ilimitada, si reparamos en las ulteriores barreras sociales con que tropezaban estas personas; y, aparte de esto, tales personas debían sus carreras no sólo a su capacidad personal, sino también a su gran suerte, concretamente a fabulosas herencias de amos sin hijos o a la inclusión en el personal servil del emperador por nacimiento o comercio de esclavos. La única posibilidad institucionalizada de ascender desde abajo del todo hasta la cumbre de la pirámide social nos la brinda la carrera de aquellos centuriones que a través del primipilado llegaban al orden ecuestre; pero, por ejemplo, hacia mediados del siglo II había un total en torno a unos 2.000 centuriones solamente, de los cuales cerca de un tercio únicamente podían alcanzar el primipilado con rango ecuestre y menos de 10 un grado de rango ecuestre elevado. El emperador tardío Pértinax, que era hijo de un antiguo esclavo y que al comienzo estuvo ocupado como profesor falto de medios, que luego fue acogido en el estamento ecuestre gracias al favor y la protección, que se distinguió por sus brillantes cualidades militares y obtuvo el rango senatorial, en fin, que se situó entre los primeros consulares y tras la muerte de Cómodo fue elegido emperador, tuvo un destino único y sólo posible bajo las nuevas condiciones que trajo consigo la crisis militar y política en el imperio a partir de la segunda mitad del siglo II. Anteriormente, un caso de ascenso comparable a éste habría sido concebible a lo sumo con el paso de varias generaciones. Así los Vitelios descendían según la tradición de un liberto que había sido zapatero remendón; su hijo amasó ya una fortuna en subastas hacia finales de la República; del matrimonio de este Vitelio con una prostituta nació un hijo que fue aceptado en el orden ecuestre y que bajo Augusto consiguió también el rango de procurador ecuestre; este caballero tuvo entonces cuatro hijos, que ya todos fueron senadores, y de ellos uno, por su condición de cónsul en tres ocasiones, pasó a formar parte del círculo de hombres más distinguidos de Roma; su hijo sería ya Aulo Vitelio, el emperador¹⁷⁰.

Así y todo, el sistema romano de sociedad ofrecía muchas posibilidades de elevación personal, y siempre estaba al alcance de cada cual el intentar siquiera sacarles partido; esa elasticidad contribuyó de forma esencial a su fortaleza y estabilidad. A ello se añadía el hecho de que el descenso en la escala social, que era susceptible de producir una especial crispación en quienes lo padecían, constituyó un fenómeno raro bajo las condiciones de estabilidad inauguradas por la época del Imperio. En masa se vieron afectados, todo lo más, los habitantes de las provincias durante las primeras generaciones posteriores a la conquista, y en tiempos del Imperio, por consiguiente, círculos cada vez ya más reducidos. Familias empobrecidas y endeudadas, especialmente en el campo, que tenían, por ejemplo, que vender a sus hijos como esclavos, las hubo siempre, pero lo que se dice capas amplias de la población rara

¹⁷⁰ Suet., Vit. 2, 1 s. *Primipili*- véase nota 134. Pértinax: SHA, P. 1, 1 s. y AE, 1963, 52; sobre ello, H.-G. Kolbe, *Bonner Jahrb.* 162, 1962, pp. 407 s.; G. Alföldy, *Situla*, 14-15, 1974, pp. 199 s.

vez conocieron en su totalidad un fenómeno semejante de degradación social; en caso de catástrofes naturales, como, por ejemplo, en el gran terremoto del año 17 en Asia Menor, el gobierno imperial acudía en socorro de la población (Tac, Ann. 2,47). Por lo demás, los privilegios concedidos en su día, tales como la libertad personal, el derecho de ciudadanía, y la pertenencia a un orden, eran muy excepcionalmente retirados a una persona, mayormente en caso de actos criminales, siendo algo automático que los descendientes de los privilegiados heredasen la libertad y la ciudadanía, así como la pertenencia a un orden en la mayor parte de los casos, al menos como cuestión de hecho.

Esta constitución interna de la sociedad romana explica ya por qué las tensiones y conflictos durante la época del Principado difícilmente condujeron a revueltas abiertas. Las luchas de clases, como consecuencia de la estructura social, eran por principio tan poco factibles como en tiempos de la República *tardía*. Cada uno de los grupos integrantes de la población baja estaba ligado de distintas maneras a las capas superiores y en consonancia con ello se dedicó a menudo a perseguir su propio interés, al tiempo que dentro de los estratos inferiores no se daban líneas claras de división interna; era imposible, pues, que se generase una clase revolucionaria con capacidad de aglutinación, tanto menos cuanto que muchos sectores inferiores de la población en las distintas partes del Imperio se sentían solidarios con sus *domini* y *patroni* y no con los de su misma condición en cualquier otro lugar. En suma, el sistema de dominio romano era en el Principado tan fuerte y las condiciones internas del Imperio estaban tan ampliamente consolidadas que las tensiones sociales existentes difícilmente podían estallar en conflictos abiertos.

Dados los presupuestos y exigencias de un gobierno mundial, la monarquía imperial era la forma política más apropiada para asegurar la consistencia de una sociedad regida aristocráticamente como la romana; en aquella se materializaba un sistema de dominio unitario y estable, que satisfacía al máximo los intereses de las capas altas. Merced al establecimiento de una administración imperial regular y al mantenimiento de un ejército que contabilizaba de 350.000 a 400.000 hombres, fue creado un aparato de poder que garantizaba el control permanente y único de los sometidos y que en lugar de las condiciones desoladoras de la República *tardía* trajo la estabilidad política; al mismo tiempo, y debido tanto a la fijación de una normativa única en lo tocante al ejercicio del poder, como al control centralizado de los funcionarios, este aparato resultaba también para las masas más soportable que el anterior¹⁷¹. Además, los integrantes de los estratos inferiores fueron incluidos en el sistema de ejercicio del poder de acuerdo con una graduación jerárquica equilibrada: mientras que en la República *tardía* determinados grupos enfrentados entre sí habían ocupado de forma ininterrumpida el poder y, en cambio, amplias capas sociales rectoras, como, por ejemplo, la mayoría de los caballeros, habían tenido una muy escasa participación en el gobierno, la repartición ahora de las funciones públicas entre el *ordo decurionum*, *ordo equester* y *ordines decurionum* bajo la dirección centralizada del imperio en la persona del césar, respondía mejor a las realidades sociales.

Junto a todo ello, el gobierno imperial aseguraba también a la sociedad romana una serie de normas ideológicas y éticas que proveían, sobre todo a las capas rectoras, aunque también a amplios sectores de la población, de un sistema unitario de referencia. Esas normas se inspiraron en la renovada tradición religiosa y moral de Roma y fueron de tal forma adaptadas a las necesidades de la época que en adelante quedaron ligadas al culto al emperador y a la obligación moral de guardar lealtad al césar. Cada grupo social alimentaba el culto a la persona del soberano por medio de sus propios sacerdotes: los *sodales Augustales* y los miembros de otras sodalidades eran senadores; los altos sacerdotes provinciales, caballeros en su mayoría; en las ciudades había *flamines* municipales procedentes del decurionado local, *Augustales* del círculo de los libertos encumbrados, *magistri* y *ministri* de los Lares del emperador reclutados entre los restantes libertos y esclavos. Por otra parte, en las provincias orientales, donde la

¹⁷¹ Sistema administrativo: vid, por ej., F. Millar, *Journ. of Rom. Stud.*, 56, 1966, pp. 156 s.; W. Eck, *Die staatliche Organisation Italiens in der hohen Kaiserzeit* (München, 1979). Ejército: A. v. Domaszewski-B Dobson, *Die Rang-ordnung des Römischen Heeres*² (Köln-Graz, 1967); G. Webster, *The Roman Imperial Army of the first and second Centuries A D* (Londres, 1969); M. Grant, *The Army of the Caesars* (Londres, 1974); composición social y étnica: G. Forni, en *ANRW*, II, 1, pp. 339 s., con bibliografía.

adoración religiosa al soberano se retrotraía a un largo pasado, el culto al emperador no podía ciertamente satisfacer las profundas necesidades religiosas. Pero a eso tampoco se llegaba anteriormente en la religión romana; la función más importante de ésta consistió siempre en prescribir modos de comportamiento que imponían, ante todo, afección a los intereses del estado, y esta ética política constituyó también su sustancia bajo los emperadores. Hasta qué punto se extendieron por todo el imperio las normas de comportamiento romanas, es algo que se pone particularmente de relieve en la preferencia por el empleo en las inscripciones de conceptos imbuidos de valores tradicionales. Alternativas claras a este sistema de referencia apenas se dejaron ver en el Alto Imperio; los privados de libertad, por ejemplo, mantenían en su mayoría cultos que estaban también más o menos arraigados entre las capas altas. Ya sólo por esto, los pocos enemigos realmente conscientes del sistema de gobierno romano, caso sobre todo de los representantes de muchas corrientes filosóficas y sectas, tuvieron un éxito muy limitado en su agitación contra Roma¹⁷².

A la vista de la fuerza mostrada por el Imperio, cualquier rebelión contra el sistema de dominación romana resultaba inútil; Fia vio Josefo formuló de manera suficientemente clara este convencimiento (Bell. Jud. 2,345 s.) Había ahora considerablemente menos motivos para la agitación social que durante las dos últimas centurias de la República, aun cuando la armonía social, tal como Elio Arístides la ensalzaba en su Discurso a Roma (29 s.), fuese sólo un ideal, un sueño. Con la nueva distribución de funciones y parcelas de poder en el cuadro del imperio apenas se dieron conflictos en el seno de los estratos superiores que no pudiesen ser sustanciados por medios pacíficos; la plebe urbana fue abastecida con bastante regularidad; los esclavos recibieron un trato considerablemente mejor que antes y muy a menudo la manumisión; incluso las masas campesinas, y entre ellas las poblaciones rurales muy levantiscas de algunas regiones sometidas por primera vez bajo Augusto, como el norte de Dalmacia o el sur de Panonia, podían anotarse muchas ventajas sociales con la romanización y la urbanización progresivas.

Ello no obstante, también en época del Principado se produjeron ocasionalmente, en tiempos y lugares diferentes, y por distintas causas, agitaciones sociales o estallidos de conflictos políticos abiertos, a los que no faltaban tampoco razones sociales de fondo. Estos movimientos sólo tuvieron un denominador común, si bien justamente esa coincidencia resulta primordial para la comprensión de los conflictos sociales del Imperio: por lo general, partieron de grupos de población sobre los que por causas muy específicas recaía una carga que podríamos considerar en general como atípica y particularmente gravosa.

La suerte de los esclavos durante el Imperio ya no dio más pie a grandes levantamientos serviles, como en la República tardía, aunque el mal trato dado a éstos en casos concretos, y especialmente en los latifundios, podía alguna vez que otra conducir todavía a la rebelión abierta. Así, el senador Larcio Macedo, un contemporáneo de Plinio (Ep. 3, 14,1 s.), fue mor taimen te herido por sus esclavos a causa de su crueldad; bajo Nerón un esclavo dio muerte al prefecto de la ciudad, Pedanio Secundo, según Tácito (Ann. 14,42) bien por haberle negado éste la manumisión, bien por celos. Pero, que nosotros sepamos, a un levantamiento de esclavos en toda regla sólo se llegó en el año 24 en Apulia y en la vecina Calabria, además de en el 54, otra vez en Calabria; se trataba de las tradicionales regiones de movimientos serviles, con muchos pastores, cuya situación era particularmente mala y sobre los que sólo a duras penas podía

¹⁷² Culto al Emperador: mírese la nota 104. Cultos de las distintas capas sociales: J. Beaujeu, en *Hommages a J. Bayet*, Coll. Latomus, vol. 70 (Bruselas, 1964), pp. 54 s. (orden senatorial); F. Bómer, *Untersuchungen über die Religion der Sklaven in Griechenland und Rom*, I (vid. nota 72). Extensión e imposición de las ideas y valores romanos en el imperio: G. Alföldy, *Die Rolle des Einznen in der Gesellschaft des Römischen Kaiserreiches. Erwartungen und Wertmassstabe*. Sitz.-Ber. d. Heidelberger Akad. d. Wiss., Phil.-hist. KL, Jg. 1980, 8. Abh. (Heidelberg, 1980). Propaganda antirromana: R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order. Treason, Unrest, and Alienation in the Empire* (Cambridge/Mass., 1966), pp. 46 s. Sobre los conflictos sociales en el imperio romano, véase en síntesis G. Alföldy, *Heidelberger Jahrb.*, 20, 1976, pp. 111 s., así como en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 372 s. Para los conflictos en el mundo griego, incluida la época imperial, cf. G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World from the Archaic Age to the Arab Conquests* (Londres, 1981).

ejercerse un control. Normalmente, sin embargo, la resistencia de ciertos esclavos contra sus amos se manifestaba a lo sumo en forma de huida, lo más frecuentemente de los campos de trabajo¹⁷³.

Por lo demás, entre la plebe de las ciudades podía haber lugar a alborotos, si el problema fundamental de la población pobre urbana, el aprovisionamiento de víveres, no era resuelto a satisfacción. Filostrato (Apoll. 1,15) describe de qué manera a principios del siglo I estalló una vez en la localidad panfílica de Aspendo un tumulto de estas características; a ello dio pábulo una falta de víveres, ocasionada por el hecho de que los propietarios de tierras retuvieron el grano para la exportación. Asimismo, Dión de Prusa nos informa de que por esos mismos años él mismo estuvo a punto en una ocasión de ser asesinado en su ciudad natal junto con los dueños de explotaciones agrícolas, pues el populacho tenía la sospecha de que habían elevado los precios del trigo. También por Dión sabemos cómo se llegó a un enfrentamiento abierto en la capital provincial de Cilicia, Tarso, entre los miembros del orden local y las masas azuzadas por los filósofos cínicos, y en especial «los cordeleros» (que por su condición de no ciudadanos eran los más perjudicados). Con cuánta facilidad precisamente las masas de artesanos de las grandes ciudades minorasiáticas podían alborotarse, nos lo muestra la historia del apóstol Pablo con los plateros de Efeso¹⁷⁴.

Todos estos movimientos no representaron en modo alguno un peligro para Roma; a lo sumo, exigieron de ésta medidas policiales. Su reacción, en cambio, fue distinta ante las revueltas en masa contra la dominación romana de los provinciales subyugados. Como en el caso del levantamiento en el bajo Rin y en el del norte de la Galia del año 69, representaban un gran peligro, que sólo se podía conjurar mediante una fuerte leva militar y una vasta campaña de operaciones bélicas. Claro está que estas insurrecciones tenían tanto de movimientos sociales como en su día las revueltas de los aliados itálicos y de los habitantes de las provincias contra la república romana. Sus motivaciones eran principalmente ciertas medidas de orden político y militar, o económico, tomadas por Roma, que afectaban en igual medida a capas muy distintas de la población. En el levantamiento galo del año 21, que había sido desencadenado por causa de la extrema explotación económica padecida por las provincias galas, tomaron parte la nobleza tribal, sus clientes del campo y también los esclavos (Tac, Ann. 3,40 s.); en el 69 los treverienses y bátavos en rebeldía contra Roma fueron acaudillados por su nobleza. Con todo, las motivaciones sociales jugaron también en estos movimientos un cierto papel, al igual que durante la República tardía con los levantamientos de itálicos y provinciales. La mayoría de los que alentaban la resistencia antirromana pertenecían siempre a la población campesina humilde; sobre ellos, antes que nadie, caía todo el peso de la dominación romana en las provincias, pues los representantes de la capa alta local podían llegar fácilmente a un compromiso con Roma. Las disposiciones sobre reclutamiento forzoso tomadas por Vitelio, que desataron en el año 69 la insurrección entre los bátavos, perjudicaban ante todo a la gran masa local (Tac, Hist. 4,14), y en menor medida al estrato superior. Y si aquí Julio Civilis, un miembro de la aristocracia tribal más distinguida (Tac, Hist. 4,13), tomaba el mando de los rebeldes, su propio sobrino Julio Brigantino combatía del lado romano como oficial de rango ecuestre (ibid., 4,70). Con absoluta claridad pueden reconocerse las razones sociales que latían en el fondo de la gran sublevación judía del 66-70. Las causas de esta revuelta contra Roma residían en la opresión extremadamente dura que sufría la población de Palestina; las masas de los sublevados se nutrieron de campesinos particularmente desesperados, y los grupos más consecuentes aspiraban no sólo a sacudirse el yugo de Roma, sino también a la supresión del dominio de los terratenientes y del alto clero locales¹⁷⁵.

¹⁷³ Levantamiento en el año 24: Tac, Ann. 4,27 e ILS 961 (para la datación vid. G. Alföldy, *Fasti Hispanienses*, pp. 149 s.). Levantamiento en el año 54: Tac, Ann. 12, 56. Huida de esclavos: H. Bellen, *Studien zur Sklavenflucht im römischen Kaiserreich* (Wiesbaden, 1971).

¹⁷⁴ Disturbios en Prusa: Dion Chrys., Disc 46,7 s.; en Tarso: *ibid.*, 34,1 s., y al respecto, cf. D. Kienast-H. Castritius, *Historia*, 20, 1971, pp. 62 s. Efeso: Acta App. 19,24 s.; sobre ello, cf. A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament* (Oxford, 1963), pp. 83 s. Cf. además en especial R. F. Newold, *Athenaeum*, N. S., 52, 1974, pp. 110 s., sobre los alborotos en Roma bajo Tiberio.

¹⁷⁵ H. Kreissig, *Die sozialen Zusammenhänge des jüdischen Krieges* (Berlín, 1970), pp. 127 s. Para las revueltas de las poblaciones indígenas sometidas de las provincias, cf. St. L. Dyson, en *ANRW*, II, 3 (Berlín-Nueva York, 1975), pp. 138 s. Guerra bática: L. Bessone, *La rivolta batavica e la crisi del 69 d. C.* Mem. Accad. d. Se. di Torino, Cl. di Se. mor., stor. e

Pero ninguno de estos levantamientos tuvo fuerza suficiente como para conmocionar el orden social romano; la crisis de la sociedad romana imperial tuvo otras raíces.

Capítulo 6

LA CRISIS DEL IMPERIO ROMANO
Y EL CAMBIO DE ESTRUCTURA SOCIAL**La crisis del Imperium Romanum y la sociedad romana**

Cuando Elio Arístides pronunció en el año 143 su Discurso a Roma, estaba convencido de que el *Imperium Romanum* había alcanzado en su época la más alta cota de perfección: nadie pensaba ya en la guerra (70), el orbe celebraba, por decirlo así, una fiesta continua, y las ciudades rivalizaban en esplendor y belleza (97 s.). Pasados algo más de dos decenios, sin embargo, el imperio romano se hallaba inmerso en una guerra defensiva en las fronteras del norte, que parecía ser más funesta que cualquier otra de las guerras en la memoria de los hombres (SHA, MA 17,2). El período de gobierno del emperador Marco Aurelio (161-180) quedó para la posteridad como una época en la que sin este soberano *profecto quasi uno lapsu ruissent omnia status Romani* (Epit. de Caes. 16,2). Dión Casio veía en la muerte de este cesar, al contemplar la crisis política durante la autocracia de Cómodo (180-192) y la modificación en las estructuras de poder observable bajo Septimio Severo (193-211) y sus sucesores, el final de una edad de oro y el comienzo de una época de hierro y orín (72,36,4). Bajo Filipo (244-249) un observador hablaba del imperio romano como de un cuerpo enfermo y descompuesto, y también como de un barco sin rumbo y sin esperanza, en trance de hundirse; algunos años más tarde San Cipriano veía ya inminente el fin del mundo, y con Valeriano (253-260), así como durante la autocracia de Galieno (260-268), el destino del *Imperium* parecía ya sellado por los ataques bárbaros y el desmoronamiento interno. Podemos hablar de una crisis general en el imperio mundial de Roma, cuyos elementos constitutivos más importantes pueden percibirse en tres órdenes de hechos: en la inestabilidad de lo que había sido hasta ahora el orden global de Roma, en la transformación acelerada de las estructuras subyacentes a dicho orden, y en el reconocimiento (o, cuando menos, en la sensación) de los contemporáneos de que su época, en contraposición al tiempo precedente, se caracterizaba por la fluctuación y el cambio. Sólo bajo los grandes emperadores-soldados posteriores a Galieno, especialmente Claudio II (268-270), Aureliano (270-275), Probo (276-282) y, en particular, con Diocleciano (284-305), se alcanzó una estabilización, aunque ya no sobre las bases tradicionales¹.

La crisis no se presentó por doquier a un mismo tiempo y tuvo distintas repercusiones en cada una de las partes del imperio. Egipto y África, pongamos por caso, que permanecieron ampliamente a salvo de las irrupciones bárbaras, y en donde la extensión de la gran propiedad y del colonato se había efectuado ya antes del siglo III, se vieron menos afectados que, por ejemplo, Hispania o Siria. En las provincias

¹ Por lo que hace a la crisis del imperio romano vid. R. MacMullen, *Roman Government's Response to Crisis*, A. D. 235-337 (New Haven, 1976); cf. en tal sentido G. Alföldy, *Hispania Antiqua*, 6, 1976, (1978), pp. 341 s. Bibliografía en G. Walser-Th. Pekáry, *Die Krise des römischen Reiches. Bericht über die Forschungen zur Geschichte des 3. Jahrhunderts nach Christus* (Darmstadt, 1967). Evolución social: consúltase en especial M. Rostovtzeff, *Gesellschaft und Wirtschaft*, II, pp. 106 s.; J. Gagé, *Les classes sociales*, pp. 249 s.; una visión general útil la hay en P. Petit, *Histoire générale de l'Empire romain* (París, 1974), pp. 507 s. Conciencia de crisis: G. Alföldy, *Hermes*, 99, 1971, pp. 429 s., e *Historia*, 22, 1973, pp. 479 s., y esp. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 15, 1974, pp. 89 s. (en alemán en G. Alföldy y otros, ed., *Krisen in der Antike, Bewusstsein und Bewältigung* (Dusseldorf, 1975), pp. 112 s.).

danubianas, sobre todo en Panonia, Mesia y Dacia, la vida económica bajo los Severos había sido más floreciente que nunca, y de ahí que la decadencia fuese aquí en los decenios siguientes tanto más acusada². Así y todo, la totalidad del imperio romano asistió a un cambio que comprendió todas las dimensiones del vivir y que produjo profundas alteraciones en la estructura de la sociedad romana. No consistió aquél únicamente en una fuerte reestratificación de la sociedad, sino en el surgimiento de un nuevo modelo de sociedad, de tal forma que este proceso de transformación sólo podría ser comparado por su significado e importancia con el cambio de estructura del siglo II a. C. Ya en época de los Severos pudieron los contemporáneos calibrar algo de su alcance: las consecuencias de la crisis política interna de Roma llevaron a Tertuliano a hacer la observación de que *humiles sublimitate, sublimes humilitate mutantur* (Apol. 20,2); parecidamente, también Dión Casio hubo de presenciar como todas las cosas se volvían del revés en la jerarquía social de Roma (80, 7,2).

La crisis fue total. De forma rotunda se puso de manifiesto en la catastrófica situación de la política exterior ddUimpedo. Tras el respiro que había supuesto para Roma la victoriosa contraofensiva de Marco Aurelio contra los germanos, a partir de Severo Alejandro (222-235) y Maximino Trax (235-238), el asaltodesde el exterior se reprodujo una y otra vez, tanto en forma de ataques de los germanos y sus aliados a la frontera renano-danubiana, como en la política de expansión del nuevo imperio persa contra las provincias romanas orientales. La derrota del emperador Decio (249-251) contra los godos, la captura de Valeriano por los persas nueve años después, las irrupciones bárbaras en Germania, Galia, Hispania, en los países danubianos, sobre los Balcanes, en Asia Menor, Capadocia, y Siria en tiempo de Galieno, junto con el avance de los germanos hacia Italia bajo Aureliano, señalaron para Roma los momentos más graves en una guerra a la defensiva y sin interrupción. Igual de catastrófica era la situación política interna. Las pretensiones de poder del soberano se elevaron al máximo. En el nuevo sistema político, el Dominado, el estado se convirtió en una institución todopoderosa, que exigía de los subditos una entrega absoluta y que con frecuencia reglamentaba brutalmente sus vidas. Pero, al mismo tiempo, el poder de los cesares se tornó más inseguro. Entre la muerte de Marco Aurelio en su lecho de enfermo y la abdicación de Diocleciano, apenas si hubo emperadores que no hubiesen llegado al trono por obra de la violencia, mediante revueltas militares o en el curso de guerras civiles, y que después no fuesen derrocados por esos mismos procedimientos. Las luchas entre los pretendientes al trono tras el asesinato de Cómodo, el final sangriento de seis soberanos en el solo año del 238, las continuas usurpaciones, y el nacimiento de ámbitos de poder independientes en las provincias galo-germanas, en la zona del Danubio medio y en el Oriente bajo Galieno, supusieron únicamente los momentos álgidos de la crisis política interna. Esa labilidad de la monarquía era la consecuencia inmediata de la preponderancia adquirida por el ejército, principalmente por las grandes unidades de tropas estacionadas en Panonia y Mesia, en el Rin, en Capadocia y Siria; el predominio de lo militar significaba paralelamente una alteración radical de las primitivas estructuras del poder.

También la vida económica del imperio entró en una grave crisis. San Cipriano pergeñaba un cuadro muy sombrío hacia el 253: ¡os medios de subsistencia escaseaban, los precios subían, las minas estaban agotadas, las fuerzas artesanales mermaban; se añadía a esto la falta de campesinos en la agricultura (Ad. Demetr. 3 s.). En la producción agraria se hacían sentir las dificultades crecientes, debidas en primer término a la reducción progresiva de la fuerza de trabajo. Fueron, sobre todo, las ramas de la economía urbana las que con más fuerza se resintieron de todo ello. La producción artesanal se redujo considerablemente; así, por ejemplo, en el NO del imperio los establecimientos de terra-sigillata suspendieron la producción. El comercio se vio una y otra vez interrumpido, particularmente en las provincias fronterizas en guerra. No era posible detener la inflación; hacia mediados del siglo III adquirió proporciones catastróficas. Las consecuencias de las guerras permanentes y de la crisis económica fueron desoladoras para la población. Decayó el número de habitantes y se hizo más corta la esperanza general de vida: Dionisio de Alejandría, un contemporáneo de San Cipriano, aparecía profundamente

² Egipto: A. C. Johnson, *Journ. of Juristic PapyroL*, 4, 1950, pp. 151 s.; Panonia: P. Oliva, *Pannonia and the Onset of Crisis in the Roman Empire* (Praha, 1962); cf. también el paulatino desarrollo en Norico: G. Alföldy, *Noricum*, pp. 159 s.

impresionado por estos fenómenos acaecidos en su ciudad natal¹⁷⁸. Pobreza y miseria se propagaron todavía acrecidas por las catástrofes naturales.

En la estructura de la sociedad se operaron enormes cambios. La posición de poder y la situación económica de las distintas capas privilegiadas fueron trastocadas; el claro sistema jerárquico anterior en los órdenes de los *honestiores* comenzó a debilitarse. Los estratos bajos de la población, a los que tocó cargar con el mayor peso de la crisis, arrastraron una vida de padecimientos en condiciones cada vez más oprimientes, hasta encontrarse con frecuencia en situaciones desesperadas. Por ello la relevancia social de la diferenciación jurídica entre cada uno de los grupos inferiores disminuyó muy acentuadamente: también el personalmente «libre» fue paulatinamente tratado por el estado y los poderosos en igual forma que el no libre. A esto se sumaba el hecho de que a partir de Caracalla (211-217), que había concedido el derecho de ciudadanía romana a todos los habitantes «libres» del imperio, ya no tenía ninguna vigencia en la práctica la función divisoria de un privilegio anteriormente muy importante. Con este desarrollo se sentaban las bases para la formación de una nueva capa de *humiliores*, que, en comparación con los estratos inferiores marcadamente diferenciados entre sí de la República tardía y del Alto Imperio, resultaba relativamente homogénea. De todas esas modificaciones en la economía y en la sociedad afloraron nuevas tensiones y conflictos sociales, que reaparecerían siempre y que contribuirían a socavar aún más el antiguo orden. Y cuanto más rápidamente se desmoronaban el orden social tradicional y su correspondiente sistema de dominación, tanto más grande se hacía el vacío moral e ideológico en el que irían ganando terreno nuevas corrientes espirituales, como las religiones místicas orientales y el Cristianismo, amén de la filosofía neoplatónica.

La crisis no dio comienzo de repente, con las guerras del tiempo de Marco Aurelio o con los conflictos políticos internos bajo Cómodo, sino que fue gestándose ya a los pies de la monarquía antoniniana. En Roma, y ya antes del estallido de las guerras marcomanas en el año 166 ó 167, no eran totalmente desconocidos los nuevos peligros que acechaban en la frontera norte del imperio en forma de movimientos de pueblos y de metamorfosis en la estructura socio-política de los germanos y sus vecinos. Tampoco el acrecentamiento de poder del ejército y, en la misma línea, el progresivo protagonismo político de las provincias militares, datan en principio de las guerras civiles entre Didio Juliano, Septimio Severo, Pescenio Níger y Clodio Albino, del 193 al 197. Las transformaciones en la estructura económica y social del imperio, que conocieron una aceleración muy clara y súbita a partir de las épocas tardo-antoniniana y severa, remontaban en gran parte a procesos de cambio iniciados con anterioridad, procesos que eran difíciles de atisbar tras aquella fachada de mundo aparentemente sano que proyectaban los progresos del emperador Marco Aurelio. Dificultades económicas, especialmente en las ramas de la producción urbana, que habrían de conducir al estancamiento del artesanado y del comercio, a problemas en la agricultura, a la sobrecarga progresiva de los decuriones y, con ello, a considerables alteraciones en la estructura social de las ciudades, no las hubo ni en Italia ni en algunas provincias del Mediterráneo por primera vez en el siglo ni; en Hispania, sin ir más lejos, ya hacia mediados del siglo II, la capa urbana superior daba ciertas señales de agotamiento. También la actividad económica de los libertos con aspiraciones conoció en general un fuerte retroceso en las ciudades durante la segunda centuria. Las razones de esto han de buscarse, sobre todo, en las debilidades estructurales de la economía con base en las ciudades y sus territorios. Esas debilidades estructurales se derivaban, por un lado, del hecho de que en los dos primeros siglos del imperio fueron invertidas inmesas sumas en obras de representación, como foros, templos, teatros, anfiteatros, etc.; pero, por otro lado, se debían también a que con el retroceso de la esclavitud se hizo acuciante el problema de la suficiencia de la mano de obra. Este último proceso, al igual que el de la expansión del colonato en muchas regiones del territorio romano, señalaba ya mucho antes del abierto estallido de la crisis en el imperio un cambio de estructura en las capas sociales inferiores. Finalmente, la propagación de los nuevos sistemas de referencia, que en sus contenidos religiosos y filosóficos venían a satisfacer las profundas necesidades espirituales del momento, no fue, ni

¹⁷⁸ En Eus., Hist. eccl. 7, 21,9 s. Sobre la merma de fuerzas productivas y la despoblación del campo, cf. P. Salmón, *Population et dépopulation dans l'Empire romain* Coll. Latomus, vol. 137 (Bruselas, 1974); C. R. Whittaker, en M. I. Finley (ed.), *Studies in Roman Property*, pp. 137 s. Economía: bibliografía en G. Walser-Th. Pekáry, *op. cit.*, pp. 81 s.

mucho menos, un fenómeno que hubiera aparecido por vez primera en el siglo III a resultas de las calamidades del momento.

Ya una referencia de pasada como ésta a la serie variada y múltiple de procesos históricos nos pone de manifiesto que es del todo imposible reducir a un simple denominador común las causas de la crisis del imperio romano. Cualquier propuesta monocausal para solucionar este problema, que en la ciencia histórica se considera como el «problema de los problemas» y que hasta hoy día ha sido discutido ardorosamente, ha de ser necesariamente insatisfactoria. La crisis del *Impenium Romanum* no se explica ni con la teoría de M. Rostovtzeff sobre el conflicto entre la gran burguesía urbana y las masas populares campesinas, ni con la insistencia de los investigadores marxistas en la crisis de la economía esclavista a raíz de su supuesta improductividad o de su desabastecimiento de esclavos, por no entrar ahora en las muchas otras interpretaciones que se han barajado, desde las que colocan en primer plano las causas económicas y sociales, o a las ideológicas y morales, hasta las que anteponen las razones de política exterior¹⁷⁹.

Que la creciente presión de los bárbaros sobre las fronteras del imperio a partir de Marco Aurelio y, en especial, hacia mediados del siglo III, constituyó un factor decisivamente importante, si bien sólo una de las causas de la crisis, es cosa que salta inmediatamente a la vista. Las guerras contra los enemigos exteriores del estado romano eran susceptibles de acelerar considerablemente la crisis, por ejemplo, por sus efectos económicos, en las pérdidas de población provocadas por ellas, y dieron asimismo impulsos decisivos a los grandes procesos de cambio, como al acrecentamiento del poder de los militares. Con todo, las debilidades de Roma, que hicieron posible los éxitos de los bárbaros, tenían su origen en las alteraciones que en el seno del imperio se habían iniciado ya antes del primer gran ataque con Marco Aurelio o que eran independientes de las acometidas bárbaras, como, v. gr., las pérdidas demográficas producto de las epidemias. Estos procesos de metamorfosis interna eran de muy distinta naturaleza, discurrían en paralelo los unos a los otros, estaban engranados siempre entre sí y sometidos continuamente a una influencia recíproca, hasta el punto de que resulta difícil reconocer qué era causa, qué síntoma y qué efecto. El debilitamiento del orden de los decuriones en muchas ciudades, por ejemplo, sin duda uno de los fenómenos más trascendentales en el cambio de estructura social, fue una causa importante en la decadencia de los centros urbanos en diferentes partes del imperio, pero al mismo tiempo también un síntoma de la crisis económica general y, además de ello, una consecuencia de las deficiencias de la estructura de las ciudades, cuyo florecimiento económico durante el Alto Imperio, al menos en el Occidente romano, había sido debida principalmente a un boom pasajero por la puesta en valor de las provincias. Amén de esto, el decaimiento del decurionado ha de ser considerado en conexión con el cambio de estructura en el campo: el crecimiento por doquier de la gran propiedad entrañaba para muchas explotaciones de tamaño medio, esto es, para el tipo de heredad característico de los decuriones, una peligrosa concurrencia; al propio tiempo, el retroceso de la esclavitud y el sometimiento de las masas campesinas a los latifundistas con el sistema del colonato, acarreaban precisamente a estas propiedades medianas una sensible merma de fuerza de trabajo. Asimismo, la crisis del estamento decurional no se puede separar de la paulatina transformación del imperio desde el Principado al Dominado, con inconsecuencia de que los gobiernos imperiales exprimieron cada vez con más avidez las fuentes de riqueza económica de los decuriones. A ello se añadían todavía las destrucciones que las hordas bárbaras ocasionaban en las ciudades y en el campo, y de cuyos perniciosos resultados una familia de decuriones no podía recuperarse tan fácilmente como un gran propietario senatorial, que a menudo disponía de fincas en diferentes puntos del imperio.

A través de este ejemplo podrían quedar reflejadas con claridad las mutuas repercusiones o interrelaciones entre los diferentes procesos de transformación en la época de la gran crisis. Si queremos calibrar su naturaleza, cabría decir, resumiendo, que la crisis del imperio romano ha de atribuirse a una convergencia de causas internas y externas: las invasiones bárbaras encontraron al imperio mundial

¹⁷⁹ Por lo que se refiere a las distintas opiniones sobre las causas de la crisis y decadencia del mundo romano, véase K. Christ (ed.), *Der Untergang des römischen Reiches* (Darmstadt, 1970); una interpretación marxista la ofrece, v. gr., E. M. Shtajerman, *Die Krise der Sklavenhalterordnung*, pp. 1 s.

romano en un momento en el que sus debilidades comenzaban a hacerse más agudas, y lo golpearon con una dureza para la que no estaban debidamente preparadas las estructuras internas de Roma. En concreto, este desajuste se ponía de manifiesto en que el imperio habría precisado de más soldados que antes en una época como ésta

de ataques constantes y peligrosos desde el exterior, de más dinero y de más productos para su abastecimiento, y de una fuerza de trabajo más abundante que en años anteriores para su economía, siendo precisamente ahora, en cambio, cuando podía desplegar una capacidad económica y unas fuerzas de producción inferiores a las de antes. Los resultados de todo ello fueron inestabilidad y cambio del sistema precedente, unidos a la resignación de los contemporáneos.

Alteraciones en los estratos superiores

Ni una sola capa de la sociedad romana quedó sin ser afectada por el gran cambio en tiempos de la crisis, y tampoco el orden senatorial, cuyos miembros constituían en el siglo III, y aún después, al igual que durante el Alto Imperio, el grupo más rico y prestigioso de la sociedad. No se puede afirmar en absoluto que la composición étnica del *ordo senatorius* se hubiese alterado radicalmente después de mediados del siglo III. El número de senadores de origen provincial se incrementó desde entonces, paralelamente se redujo el de itálicos, y entre los provinciales, sobre todo los africanos y la nobleza de las provincias orientales, tuvieron una representación más nutrida que antes¹⁸⁰. Pero, al menos un tercio bien a gusto de los senadores provenía también en el siglo III de Italia, al margen de que las siguientes incorporaciones de provinciales al primer estamento llevaron a un cambio tan inapreciable de los ideales y modos de comportamiento senatoriales como el registrado en la centuria anterior. Asimismo tuvo gran importancia el hecho de que los miembros rectores de la milicia, que a menudo poseían un origen muy bajo y procedían en su mayoría de las regiones periféricas del imperio, como, por ejemplo, Panonia o Mesia, rara vez se esforzaban por entrar en el orden senatorial; con ello, la composición del estamento no acusó ninguna mutación interna que reflejase de forma clara y automática el desplazamiento del centro de gravedad política a los países fronterizos.

También la fortuna y el gran prestigio social de los senadores se mantuvieron incólumes. La fuente principal de riqueza de las familias senatoriales fue, como antaño, la gran propiedad fundiaria, caso, por ejemplo, de los Gordianos, de quienes se afirmaba que disponían en las provincias de tantas heredades como ninguna otra persona de aquel entonces (SHA, Gd. 2,3). Puesto que entre las distintas ramas de la producción la menos afectada por la crisis económica, fue el sector agrario, los fundamentos de la riqueza de los senadores apenas se vieron conmovidos; antes bien, fue posible a éstos agrandar todavía más sus latifundios mediante la adquisición de las explotaciones medianas y pequeñas, cuyos propietarios habían sido más duramente castigados que ellos por las guerras, las dificultades inversoras o las catástrofes naturales. Tampoco sufrió apenas el buen nombre de los senadores. El título estamental de *clarissimus*, que los miembros del orden hacían constar con regularidad y orgullo en las inscripciones desde los tiempos tardo-antoninianos, venía a señalar como precedentemente el rango social más elevado tras el emperador. Dión Casio opinaba que los hombres más ilustres por su descendencia, los mejores y al mismo tiempo los más acaudalados, tanto si eran de Italia como de las provincias, debían pertenecer al orden senatorial (52, 19,2); y los senadores de las épocas posteriores tampoco pensarían de forma diferente. Era característico que los cesares que llegaban al trono partiendo de orígenes humildes, reclamasen para sí el rango senatorial con tanta naturalidad como lo hacían con el rango senatorial de cónsul, igual de apreciado que en el pasado.

De modo muy diferente llegó a acontecer con las funciones y el poder político del estamento senatorial. Si los *clarissimi* conservaron su bienestar y alta consideración, perdieron en cambio aquel poder con que habían contado durante el Principado en los órganos ejecutivos más importantes del gobierno imperial. La causa residía, sobre todo, en que los soberanos de tiempos del Dominado hubieron

¹⁸⁰ Cf. G. Barbieri, *L'albo senatorio da Settimo Severo a Carino (193-285)* (Roma, 1952); cf. asimismo la nota 129.

de mantener cohesionado el territorio romano en las difíciles condiciones de la gran crisis, acudiendo para ello a métodos muy distintos a los de sus predecesores. Por una parte, se hacían precisos órganos estatales más efectivos que el senado, que ya no podía seguir siendo «mimado (por los emperadores) como un venerable anciano»¹⁸¹; por otra parte, los cesares debieron echar mano de un círculo de personas más amplio y mejor cualificado. En consonancia con ello, el cambio que condujo a la despolitización del estamento senatorial se operó en un doble sentido: de un lado, el senado en tanto que institución, que a menudo se mostró como un obstáculo para la realización de diferentes objetivos de la política del emperador, fue ampliamente excluido del acontecer político; en su lugar, aumentó la relevancia del *consilium* y la burocracia imperiales. De otro lado, los altos cargos de la administración anteriormente reservados para los senadores, así como los comandos militares, fueron transferidos a otro círculo de personas, a los caballeros.

La relación armónica entre emperador y senado, en la que Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio en el siglo II habían basado su monarquía, se vio ya perturbada bajo Cómodo. Entre este emperador y la élite del orden senatorial surgieron una y otra vez conflictos políticos que costaron la vida a numerosos senadores del núcleo dirigente. Nada ponía más claramente de manifiesto la nueva actitud de la monarquía imperial autoritaria frente al estamento rector que una escena montada por Cómodo en el Coliseo y referida por Dión Casio: el joven soberano, haciendo de gladiador, «mató un avestruz, al que decapitó, y se vino hasta donde estábamos nosotros, los senadores, sosteniendo la cabeza del animal en la mano izquierda y la espada ensangrentada en la derecha, sin decir nada, sólo haciendo un movimiento de cabeza con una sonrisa burlona, como dando a entender que eso mismo haría con nosotros» (73,21,1 s.). Tras el derrocamiento de Cómodo y de su sucesor Pértinax, el orden senatorial se desintegró en varias facciones políticas, que los diversos pretendientes al trono no hicieron sino fomentar. Septimio Severo, hombre que ni por su tradición familiar ni por su talante era hostil al senado, actuó sin piedad a la hora de ajustar cuentas con sus enemigos en el año 197, al igual que haría posteriormente Caracalla¹⁸². Al mismo tiempo, se tuvo cada vez menos en cuenta al senado en los momentos de las grandes decisiones. Maximino Trax fue el primer soberano que ni siquiera hizo sancionar a posteriori su proclamación por el senado, como tampoco compareció ante dicho órgano, ni se presentó en la ciudad de Roma durante sus tres años de gobierno. En determinados casos el senado podía ciertamente tomar la iniciativa, como en el año 193, cuando Pértinax (en una escena a todas luces preparada por sus partidarios) fue proclamado emperador por el senado; asimismo, en el año 238, cuando este órgano declaró la guerra a Maximino Trax y presentó dos candidatos propios al trono en las personas de Pupieno y Balbino; o en el año 275, en que tras la repentina muerte de Aureliano fue nuevamente elegido un «emperador senatorial» en la persona de Tácito. Pero éstos fueron casos excepcionales; en semejantes situaciones, y también en otras, la iniciativa política recaía normalmente en el ejército.

A la par que todo ello, los senadores fueron paulatinamente privados de sus cargos más importantes. El senador romano ideal era, según la educación tradicional, *domi militiaeque pollens* (SHA, MA 3,3, refiriéndose a un senador del grupo dirigente en tiempos de los Antoninos), esto es, funcionario de la administración y general a la vez, si bien, mientras que poseía una formación jurídica de consideración, no tenía nada, en cambio, de oficial profesional del ejército. Ya en época de Marco Aurelio las guerras habían mostrado que las nuevas y difíciles tareas impuestas por la defensa del imperio difícilmente podían ser cumplidas por generales senatoriales de la vieja escuela. En un discurso ficticio de Septimio Severo contra su principal enemigo, Clodio Albino, Herodiano formuló sin tapujos lo que muchos contemporáneos debieron de haber pensado sobre las virtudes militares de la antigua nobleza: este hombre, del linaje más preclaro (2,15,1), no está preparado para la guerra, sino más bien para formar parte de un coro de danza (3,6,7). La única solución, pues, estaba en recurrir a caballeros para los

¹⁸¹ A. Alföldi, en *Historia Mundi IV. Römisches Weltreich und Christentum* (München, 1956), pp. 211 s. Acerca del orden senatorial en el siglo III vid. esp. A. Chastagnol, *Rev. Hist.*, 496, 1970, pp. 305 s.

¹⁸² Conflictos bajo Cómodo: F. Grosso, *La lotta politica al tempo di Commodus* (Torino, 1964), pp. 125 s.; bajo Severo: G. Alföldy, *Bonner Jahrb.*, 168, 1968, pp. 112 s., y A. R. Birley, *Septimius Severus, the African Emperor* (Londres, 1971); cf. también del mismo autor, *Bonner Jahrb.*, 169, 1969, pp. 247 s., para los acontecimientos del año 193.

comandos importantes, personas que por la carrera de oficiales inherente a su estamento tenían más experiencia militar que el senador medio. Por consiguiente, los emperadores a partir de Marco Aurelio echaron mano cada vez con más frecuencia del ya conocido expediente de acoger en el orden senatorial a oficiales ecuestres meritorios y transferir a ellos los mandos de las legiones y del ejército; los dos generales victoriosos de Marco Aurelio, Pértinax y Valerio Maximiano, el senador panonio más tempranamente atestiguado, formaban parte de este círculo de personas. No obstante, el foso entre *viri militares* y *viri docti, disertí, litterati* dentro del estamento senatorial se hizo así mayor cada día, tanto más cuanto que los primeros con frecuencia apenas tenían la posibilidad, durante su larga carrera militar en las provincias, de permanecer en Roma, de tomar parte allí en las sesiones del senado y de familiarizarse del todo con las tradiciones de la aristocracia¹⁸³. A esto se añadía que la creciente burocracia imperial, por su parte, necesitaba siempre de más personal especializado para la administración civil; y también éste había que buscarlo entre los caballeros. Significativamente, entre los juristas punteros ya desde el tiempo de los Antoninos no predominaban los senadores, sino los caballeros.

Galieno, un gran reformador del ejército romano, sacó la consecuencia de esta evolución: a partir del 262 los comandos de armas y los gobiernos ligados a ellos, con unas pocas excepciones, no fueron entregados más que a caballeros, que ya no entraban en el orden senatorial¹⁸⁴. No se trataba de una prohibición de principio para los senadores de hacer el servicio militar, como la tradición posterior ha malentendido (Aur. Victor, Caes. 33,34); tampoco era la reforma una medida antisenatorial, ya que la mayoría de los senadores había dejado de ambicionar ya desde hacía tiempo un servicio militar lleno de sacrificios. Pero, desde entonces las funciones más importantes en el servicio imperial fueron de facto sustraídas a los miembros del estamento senatorial. La carrera funcional del senador quedó reducida al desempeño de unos pocos cargos civiles inferiores en Roma, al consulado, a la gobernación de unas cuantas provincias sin ejército y a algunos otros departamentos administrativos. Ello significaba que ahora los cometidos de los senadores también sufrían un fuerte recorte en la administración civil. Ciertamente, no se puede hablar por ello de una despolitización completa del *ordo senatorius*, toda vez que a éste siempre le era posible ejercer su poder a través de los departamentos que le habían sido dejados, y merced también a su riqueza e influencias, si bien el antiguo papel dirigente del orden senatorial dentro del imperio era cosa ya del pasado.

El siglo III fue la gran época del orden ecuestre: puesto que la mayor parte de la oficialidad, aunque también la generalidad del funcionario imperial, pertenecían al *ordo equester*, los caballeros venían a constituir la capa superior más activa, tanto militar como políticamente, y el sostén más firme del estado. Desde Macrino (217-218), que fue proclamado emperador siendo prefecto del pretorio, dieron a Roma una serie de cesares, entre los que estaban Maximino Trax, Filipo, Claudio II, Aureliano, Probo y Caro. Este enorme crecimiento de poder del estamento ecuestre ha de atribuirse tanto a las cualidades y ambiciones de sus representantes como a las propias necesidades del imperio. Muchos caballeros eran profesionales de la milicia instruidos y a menudo consagrados tras un largo historial militar, como, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo III, Trajano Muciano, de Tracia, que fue ascendiendo desde la condición de simple soldado; otros fueron destacados juristas profesionales, como en la época severa Papiniano, Ulpiano, Paulo o también Macrino. Por otra parte, muchos caballeros ponían el máximo celo en la obtención de los puestos elevados del servicio imperial, ya que éstos, amén de prestigio social y elevados sueldos, proporcionaban cada vez más y más poder. La promoción de tal círculo de personas iba también en interés del cesar, en razón, por un lado, de la multiplicación de tareas en la defensa y en la administración del imperio, y en vista, por otro lado, a ganarse en las convulsiones políticas de esta centuria un apoyo de partidarios leales a base de una nobleza de espada o de toga. Esta tendencia se hizo explícita ya bajo Septimio Severo, soberano que no transfirió las tres nuevas legiones puestas entonces en

¹⁸³ Mírese al respecto G. Alföldy, *Die Legionslegaten der römischen Rhein-armeen*, pp. 110 s., y *Bonner Jahrb.* 169, 1969, pp. 242 s. Pértinax, Valerio Maximiano: véase del mismo autor, *Sttula*, 14-15, 1974, pp. 199 s.

¹⁸⁴ Para la reforma de Galieno véase H.-G. Pflaum, *Historia*, 25, 1976, páginas 109 s., haciendo hincapié en el papel del militar ecuestre profesional, que revestía los altos mandos tras una larga carrera de soldado y centurión. Cf. además esp. B. Malcus, *Opusc. Rom.* 7, 1969, pp. 213 s.; sobre cada una de las personas, cf. G. Alföldy, *Byzantinoslavica*, 34, 1973, pp. 236 s.

pie a legados senatoriales sino a prefectos ecuestres, y alcanzó su momento culminante con la reforma de Galieno¹⁸⁵.

Al acrecerse considerablemente para el estado romano la necesidad de oficiales y funcionarios competentes, se elevó también el número de caballeros. A partir de Septimio Severo, los centuriones e incluso los *principales* (soldados liberados del servicio militar con misiones especiales, con frecuencia en la administración) pudieron alcanzar más fácil y regularmente que antes el rango ecuestre. En el militar la pertenencia al *ordo equester* era a menudo de hecho hereditaria, ya que los hijos de los centuriones ecuestres se veían incluidos en ese estamento. Lo mucho que se incrementó la necesidad de personal en la alta administración es algo que se evidencia perfectísimamente en el aumento de las procurátelas: con Augusto había poco más de 20 puestos de procuradores, con Trajano ya más de 80, bajo Antonino Pío por encima de los 100, en tiempo de Marco Aurelio unos 125, con Septimio Severo ya más de 170 y bajo Filipo sobre los 180. Dado que entre los caballeros especialmente los soldados provenían con gran frecuencia de las provincias, sobre todo de las provincias militares de la frontera, el número de provinciales dentro del *ordo equester* ascendió aún más acusadamente que en el siglo II; entre los provinciales eran principalmente habitantes de las provincias orientales, del norte de África, aunque también de los países danubianos, quienes estaban mejor representados que antes. Debido al ascenso de tantos soldados de baja extracción hasta el estamento ecuestre se produjo en su seno una sensible reestratificación social, tanto más apreciable cuanto que el nivel educativo de estos antiguos soldados rasos de las provincias era a menudo bajo; Maximino Trax, por poner un ejemplo, pasaba por ser un «medio bárbaro» primitivo. Pero una «barbarización» del conjunto del orden ecuestre no se operó en absoluto, y la razón de ello no estribó en que en el siglo II aún quedaban entre los caballeros numerosos representantes de las provincias fuertemente romanizadas, así como itálicos; lo que sucedía, en realidad, era que esos oficiales a menudo poco cultivados se esforzaban al máximo por hacer suyos los ideales romanos; incluso vivían convencidos de que ellos eran los auténticos sucesores de los grandes romanos del pasado — caso de los panonios, de quienes se decía a finales del siglo III que su tierra natal, por su *virtus*, se hacía tan merecedora de ser señora de los pueblos como lo era Italia por su vieja gloria¹⁸⁶.

La situación económica de estos caballeros tan activos militar y políticamente era en la mayor parte de los casos realmente buena; muchos de ellos venían de familias hacendadas y la mayoría invertía sus elevados sueldos en bienes raíces. Su prestigio y su conciencia de identidad, en correspondencia con su creciente poder, se fortalecieron considerablemente. Su lugar jerárquico siguió siendo el de «segundo rango» entre los privilegiados (Dio 52, 19,4), pero era significativo el que los escalones más elevados del rango ecuestre quedasen unidos desde Marco Aurelio a títulos tan flamantes como los del estamento senatorial: los prefectos del pretorio eran *eminentissimi*, los procuradores más encumbrados, *perfectissimi*, los integrantes del grupo de procuradores de rango inmediatamente inferior, *egregii*¹⁸⁷. Qué pensaban de sí mismos y de su orden estos caballeros triunfadores, y cómo eran vistos por los demás, puede inferirse de lo que sus contemporáneos —con excepción del orden senatorial— opinaban acerca de los méritos personales de los juristas y especialmente de los oficiales del ejército. Herodiano puso en boca del emperador Macrino las palabras de que su elevación al trono desde el orden ecuestre estaba totalmente justificada, puesto que la mejor cualificación no consistía en el nacimiento noble ni en la fortuna, que también podían hallarse entre quienes eran indignos de tales, sino en los merecimientos de la persona (5,1,5 s.). En el año 291 Mamertino escribía de Diocleciano y de su corregente Maximiano algo

¹⁸⁵ En lo tocante a esta evolución mírese esp. C. W. Keyes, *The Rise of the Equites in the Third Century of the Roman Empire* (Princeton, 1915); G. Lopuszanski, *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, 55, 1938, pp. 131 s.; H.-G. Pflaum, *Les procurateurs équestres*, pp. 82 s.; J. Osier, *Latomus*, 36, 1977, pp. 674 s. Muciano: IGBulg. III², 1570, y a este respecto vid. M. Christol, *Chiron*, 7, 1977, pp. 393 s.

¹⁸⁶ Paneg. 2, 2,2, y en torno a ello, A. Alföldi, *Studien zur Geschichte der WeltKrise*, pp. 228 s. Composición del orden senatorial en el siglo II: H.-G. Pflaum, *op. cit.*, pp. 186 s.; E. Birley, *Epigr. Studien*, 8, 1969, pp. 70 s. Élite ecuestre dirigente: G. Alföldy, *Chiron*, 11, 1981, pp. 169 s. Número de los procuradores: consúltese esp. H.-G. Pflaum, *Abrégé des procurateurs équestres* (París, 1974), p. 43.

¹⁸⁷ Sobre ello, H.-G. Pflaum, en *Recherches sur les structures sociales dans L'antiquité classique*, pp. 177 s.; G. Alföldy, *Chiron*, 11, 1981, pp. 190 s.

que sin duda muchos soldados de las provincias fronterizas gustaban de oír: «Vosotros no habéis nacido ni os habéis educado en una parte de la tierra tranquila y corrompida por los placeres, sino en esas provincias a las que la vida de frontera, enfrentada a un enemigo muy debilitado, aunque inmersa en un permanente estado de guerra, ha habituado de manera infatigable al trabajo y al sufrimiento, donde la vida entera es servicio militar, donde incluso las mujeres son más fuertes que los hombres de otros pueblos» (Paneg. 3,3,9).

No todo el orden ecuestre, ni mucho menos, se vio inmerso en este proceso evolutivo. Había también en el siglo III muchos caballeros que debían su adscripción al *ordo equester* únicamente a sus bienes de fortuna en tierras y que pertenecían a la capa alta local de una ciudad, como es el caso de un Aurelio Vetiano en Aquincum, *possessor* en las cercanías de la ciudad junto con varios decuriones más (ILS 7127). Las diferencias sociales entre los caballeros comprometidos política o militarmente y los otros corrientes eran mucho más grandes en el siglo III que en tiempos del Principado, y paulatinamente terminaron en una suerte de bipartición del orden ecuestre: mientras que un grupo numéricamente más pequeño de los caballeros se convertía en la capa alta más poderosa del estado romano, los caballeros normales pasaban a compartir la suerte del decurionado y se hundían con éste hasta el nivel de un estrato social ciertamente privilegiado y hasta relativamente acomodado, pero también presionado muchas veces al máximo por el estado.

En el *ordo decurionum* de las ciudades hubo también en el siglo III hombres acaudalados y muy acreditados. Alguien así fue, por ejemplo, Tito Senio Solemne, conocido por el «Mármol de Thorigny», de la Galia Lugdunense, cuatro veces seguidas primer magistrado en la comunidad de los Viducasios, en tiempos de los Severos¹⁸⁸. El solo podía aportar 332.000 sestericios para la financiación de los juegos gladiatorios; por su autoridad entre sus paisanos se distinguió en el consejo de la Galia y se ganó incluso la amistad de los gobernadores, que lo tenían entre los *boni viri*, ensalzaban sus *honesti mores* y le mandaban preciados regalos. La mayoría de los decuriones, no obstante, gozaban de una posición decididamente menos acomodada. Tal hecho radicaba, ante todo, en las debilidades económicas comunes a la generalidad de las ciudades, que afectaban igualmente a sus capas altas. Dado que numerosos decuriones se habían lucrado no sólo con la propiedad agraria, sino también con la artesanía y el comercio, para ellos constituyó un duro golpe especialmente el retroceso de estos sectores económicos. Entre los decuriones había también artesanos y gente de comercio bien situados, lo más frecuentemente en tiempo de los Severos, por ejemplo, en las ciudades del *limes* danubiano, en las que aparecieron por aquellas fechas numerosos comerciantes sirios y minorasiáticos, impulsando aquí el florecimiento pasajero de estos centros urbanos; tales individuos fueron con frecuencia aceptados en el orden local, como en Aquincum o Brigetio. Sin embargo, más aún que en el Alto Imperio, el tipo de decurión más extendido era el del hacendado con propiedades en el territorio de las ciudades, caso de los *possessores* en torno a Aquincum (ILS 7127). Muchos de estos decuriones procuraban retirarse de las ciudades a sus fincas en el campo, en donde con frecuencia poseían villas; en tal sentido es significativo el hecho de que, por ejemplo, en las provincias septentrionales del imperio numerosas villas surgieron ahora, en la segunda mitad del siglo II y comienzos del III. La carencia de fuerza de trabajo, las devastaciones debidas a las irrupciones bárbaras y las guerras civiles repercutieron también muy negativamente sobre la producción económica de los fundos municipales. En Nórico, v. gr., varias villas destruidas hacia mediados del siglo III no volvieron a levantarse, y en la Galia extensas superficies de tierras quedaron sin cultivar en esta segunda mitad del siglo¹⁸⁹.

Todavía peor para los decuriones fue el progresivo gravamen a que los sometió el estado. Los latifundistas senatoriales y los grupos rectores del elemento ecuestre gozaban de amplios privilegios económicos y por razones políticas fueron tratados con bastante tacto por los emperadores; la población inferior de las ciudades y del campo era tan pobre que poco podía sacarse de ella. Así pues, era el orden decurional de las ciudades la capa social cuya capacidad financiera resultaba de capital importancia para los crecientes gastos del estado romano. Tras un incremento ya en el siglo III de las cargas y obligaciones

¹⁸⁸ H.-G. Pflaum, *Le Marbre de Thongny* (París, 1948), a cuento de CIL XIII, 3162.

¹⁸⁹ Panonia: cf. A. Mócsy, *RE Suppl.* IX (1962), col. 714. Nórico: G. Alföldy, *Nortcum*, pp. 171 s.

de los decuriones destinadas a cubrir los gastos de las ciudades, aquéllas conocieron una reforma que a partir de Septimio Severo las convirtió en un sistema reglamentado por el estado. A las disposiciones tomadas bajo ese emperador y sus inmediatos sucesores se retrotraía en gran parte todo lo que el derecho romano prescribía sobre las cargas (*munera*) de los decuriones municipales y de los titulares de las magistraturas (*honores*) en el Bajo Imperio (Dig. 50, 4,1 s.). Las obligaciones de los miembros del *ordo decurionum*, por tanto, quedaron ahora establecidas con gran exactitud; entre ellas estaban, junto con muchas otras cargas, el abastecimiento de víveres y agua a la ciudad, el arreglo de las calles, el caldeamiento de los baños públicos, la celebración de los juegos públicos o el desempeño de la actividad forense en defensa de los intereses de la comunidad¹⁹⁰. La aceptación de estos compromisos dejó de hacerse sobre la anterior base de la voluntariedad: en adelante fueron repartidos por el estado, o por los gobernadores en las provincias, siguiendo reglas muy precisas. Ello suponía al propio tiempo el fin de la iniciativa particular, que tan importante papel había jugado en la vida económica de las ciudades durante el Alto Imperio. Uno no podía sustraerse a dichas obligaciones: caso, por ejemplo, de que un decurión abandonase su comunidad, el gobernador tenía entonces que encargarse de que aquél retornase y se le impusiesen los correspondientes *munera*.

Ni siquiera la decisión de quién, y quién no, debía ser admitido en el *ordo* de una ciudad quedó al arbitrio de los órganos municipales y de las personas interesadas. Todo individuo que pudiese reunir el mínimo de fortuna exigido para un censo de decurión, tenía por fuerza que abrazar dicho estado, bien por la vía de las magistraturas, bien de forma automática, y soportar las cargas aparejadas al decurionado. Ello condujo a que el rango decurional se hiciese heredable con más frecuencia que antes, ya que los hijos de los decuriones, en tanto que herederos de la fortuna familiar, tenían que ingresar forzosamente en el orden de sus padres. Esto es algo que se pone claramente de manifiesto en la lista de decuriones de Canusium del año 223, donde aparecen con frecuencia decuriones de una misma familia, como también 25 hijos de decuriones menores de edad junto a los 100 miembros ordinarios del consejo (ILS 6121). De esta manera, los que otrora fueron codiciados *honores* municipales —que para muchos, y principalmente para quienes deseaban medrar socialmente, podían resultar doblemente atractivos por el prestigio social y los privilegios legales inherentes al ejercicio del poder— pasaron a ser cada vez más cargos aceptados a la fuerza, que ahora no comportaban otra cosa que *munera* y cuyos cometidos eran mirados por los sufridos decuriones como *onera invita* (Dig. 50, 1,18). Las molestias (*vexationes*) que había de padecer el decurionado a resultas de la reglamentación burocrática de sus deberes y, sobre todo, las propias cargas financieras, habían supuesto un serio quebranto para esta capa social, antaño fuerte y segura de sí misma, hasta llevarla a la total ruina en algunas ciudades.

Prácticamente extinguido tras la época de los Antoninos hemos de considerar a otro estrato de la población, anteriormente muy bien acomodado y especialmente activo desde el punto de vista económico, el de los libertos ricos. El tipo social encarnado por un Trimalción sería impensable en las condiciones económicas de la gran crisis. Las corporaciones augustales de las colonias y municipios, que en el Alto Imperio habían reunido a los *liberti* acaudalados, pervivían ciertamente en el siglo III, pero entre sus miembros, que ya no eran tan a menudo manumisos, sino ingenuos, apenas quedaban elementos descollantes por su capacidad financiera. Con ello se destruía la entraña misma de una capa social antiguamente pudiente. Un destino comparable a éste aguardaba, aunque por razones totalmente distintas, a otro grupo social muy influyente y adinerado en tiempos del Principado, el de los esclavos y libertos imperiales. Bajo Cómodo y los Severos el poderío de este estrato era todavía ciertamente considerable, incluso mucho mayor que con la serie de emperadores que van de Trajano a Marco Aurelio, ya que soberanos de gobierno tan autoritario como Cómodo, Septimio Severo o Caracalla no pudieron prescindir en sus conflictos políticos con la élite del imperio de su leal personal doméstico. Bajo Heliogábalo (218-222) los libertos de la corte parecían haber asumido casi la dirección del estado. Pero la evolución política subsiguiente del imperio abocó a la destrucción del poder de la *familia Caesaris*. Con la caída de Severo Alejandro en el año 235 tocó a su fin por una centuria la historia de las dinastías imperiales y con ella, por la continuidad de poder que representaban las familias gobernantes, uno de los presupuestos más

¹⁹⁰ Bibliografía en nota 19

importantes para la constitución de un personal cortesano prepotente. Los cambios de gobierno cada vez más frecuentes, que por regla general llevaban aparejado el asesinato del soberano, producían una permanente fluctuación en la composición del personal cortesano: tras el asesinato de un emperador sus servidores más fieles eran en la mayor parte de los casos los primeros en ser ejecutados. Así, por ejemplo, Caracalla mandó acuchillar a los esclavos y libertos de su hermano y corregente Geta inmediatamente después de consumada la conspiración contra éste.

A todas estas alteraciones en los escalones más elevados de la pirámide social se sumó además el cambio operado en la posición social del militar¹⁹¹. No fueron solamente los oficiales y jefes del ejército distinguidos y de rango ecuestre los que en el siglo III gozaron de una posición social encumbrada; también los soldados por debajo del rango de centurión constituían un grupo social bastante unitario, con influencia política, prestigio, privilegios y una situación económica relativamente favorecida. La elevación de su posición social se evidencia de forma absolutamente clara en el hecho de que Septimio Severo autorizó a los centuriones y principales a llevar el anillo de *of* o *y*, con él, a exhibir un símbolo del status de los caballeros romanos (Herod. 3,8,5); se daba así a entender que esos soldados privilegiados — que por lo general habían salido del círculo de la tropa sencilla — eran tenidos por potenciales caballeros. El sentimiento de unidad entre los soldados se hizo patente de modo muy expresivo en el fenómeno, ahora más frecuente que antes, de su colegiación en asociaciones (*scholae* o *collegia*), las más de las veces según el rango; se añadían a esto los cultos comunes de los soldados, así como el orgullo de saberse parte de un ejército cuya importancia política no dejó en ningún momento de ser celebrada por la propaganda imperial, sobre todo, en las acuñaciones monetarias — con términos tales como *fides exercitus*. Pero esta capa social que así se configuraba comprendía asimismo grupos de población más amplios. Ante todo, fue importante el que los soldados, que previamente sólo podían vivir en concubinato con sus mujeres durante el servicio militar, quedasen autorizados a partir de Septimio Severo a casarse legalmente. De ese modo, en las provincias fronterizas se fue desarrollando un estrato con identidad propia, compuesto por los soldados de los fuertes militares y por sus allegados de los alrededores más próximos. Este grupo social se vio además fortalecido por el hecho de que los militares tras su licenciamiento solían permanecer en las cercanías de su lugar de servicio. Aquí pertenecían a la capa alta de los asentamientos contiguos a los fuertes de las tropas auxiliares y a la de aquellas ciudades que ya se habían desarrollado con anterioridad al lado de los campamentos de legionarios; las más de las veces, como en el caso de Aquincum y Carnuntum, eran dos asentamientos urbanos, en concreto, las antiguas *canabae legionis* pegadas al campamento y la «ciudad civil», algo más alejada. Un factor adicional en el fortalecimiento de esta capa vino dado por la heredabilidad del oficio militar. Dado que la milicia, pese a todos sus peligros, traía consigo importantes ventajas sociales, muchos hijos de familias de soldados escogían también la profesión paterna, cosa que iba en interés del estado, pues de esta manera se aseguraba en grado óptimo la renovación permanente del ejército.

Estas ventajas sociales, al margen ya de las enormes posibilidades de ascenso personal en caso de tener aptitudes, residían fundamentalmente en los privilegios financieros y tributarios. Puesto que la autoridad del césar dependía mucho más que en el Principado de la lealtad del ejército, hubo de pagarse por ésta un alto precio. Lo importante que era asegurarse la fidelidad de la milicia por medios financieros, podemos calibrarlo perfectamente en las famosas últimas palabras de Septimio Severo a sus hijos: «Seguid unidos, enriqueced a los soldados, y preocupaos poco de todo lo demás» (Dio 76, 15,2). Un legionario normal y corriente, que con Augusto había percibido un sueldo anual de 225 denarios y a partir de Domiciano los 300 denarios, con Septimio Severo ganaba ya 550 y desde Caracalla 750 denarios, a pesar de que los gastos de vida en este período de tiempo no se habían elevado aún considerablemente. En el momento de licenciarse el soldado o bien era provisto con tierras o bien recibía dinero, 5.000 denarios a partir de Caracalla. Todavía más importante, sin embargo, eran los donativos percibidos con los cambios de gobierno. Ya Marco Aurelio había regalado, en el año 161, 5.000 denarios a cada soldado pretoriano en

¹⁹¹ Para la historia social del ejército consúltense en particular R. MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (Cambridge/Mass., 1963); reclutamiento, orden de rango: véase la nota 171. Cf. además H. Zwicky, *Zur Verwendung des Militärs in der Verwaltung der römischen Kaiserzeit* (Zürich, 1944).

Roma, y en el siglo III, cuando el cambio de gobierno, por decirlo así, estaba a la orden del día, un profesional de la milicia podía sin dificultades amasar una fortuna a base de donativos. A esto se añadía la posibilidad, sobre todo durante las guerras civiles, de hacer botín, amén de que en los peores tiempos de inflación el militar era provisto regularmente y con carácter preferente de víveres y vestido. Por consiguiente, el servicio militar constituía también para muchos soldados, que no llegaban siquiera al rango de centurión, un negocio ciertamente lleno de riesgos, pero también muy rentable; un veterano podía perfectamente disponer de un patrimonio por valor equivalente al del censo decurional, sin ser en cambio llamado por el estado a contribuir como un decurión

Alteraciones en los estratos inferiores

También las capas bajas de la población fueron alcanzadas por el proceso de reestratificación social. Las auténticas víctimas de la crisis fueron las masas trabajadoras, tanto en el campo como en la ciudad. Por más que el decurionado viviese agobiado en las ciudades, sus allegados y familiares aún podían a menudo llevar una vida del todo grata en sus villas, mientras que ellos, como *honestiores* que eran, siempre podían apelar a sus privilegios en caso de intrusiones o abusos por parte del elemento militar y de la burocracia estatal. Por el contrario, tanto la pobreza como la presión de los estratos inferiores de la población se incrementaron en escala considerable a lo largo del siglo III. En el mejor de los casos, su situación se hacía algo más soportable en las zonas militares, pese a las frecuentes guerras, pues aquí se beneficiaban de sus estrechas relaciones con el ejército; en Pañonia, por ejemplo, los pequeños agricultores pudieron imponerse frente a la gran propiedad con más éxito que en África durante este mismo siglo III. Pero en la mayor parte del imperio las cosas se pusieron muy mal para los componentes de los estratos humildes, sin distinciones importantes por lugar de residencia y profesión, de adscripción regional o condición jurídica: esta nivelación condujo a que el amplio estrato de los *humiliores* adquiriese un perfil cada vez más uniforme.

Hasta qué punto vivía en la pobreza la gran masa de población, es algo que se deduce de numerosas fuentes. En tiempos de Decio un prefecto de Egipto aludía con ocasión de un pleito al empobrecimiento tanto de las ciudades como de las aldeas con posterioridad a Septimio Severo, hecho que él mencionaba como cosa de todos sabida (Pap. Lond. 2565). Pero ya bajo Severo este mal había atacado igualmente a diferentes grupos de la población, v. gr., a los esclavos y a los campesinos nominalmente libres. Bulla, un jefe de bandidos en Italia, manifestó abiertamente que los esclavos huían de sus amos y se reunían en bandas de salteadores, porque no eran alimentados por sus dueños; hasta libertos imperiales mal pagados llegaron a unirse a estas gavillas (Dio 76,10,5). Por la misma época, propietarios de tierras en Egipto escribían al emperador diciendo que en el distrito de Oxirrinco aldeas enteras estaban amenazadas de quedar despobladas, ya que las cargas tributarias arruinaban a sus moradores (Pap. Oxy. 705). Con el agudizamiento de la crisis económica y financiera posterior a los Severos la situación se hizo peor. A través de la tarifa máxima de los precios y salarios del año 301 nos es dado calibrar cómo vivían las capas más pobres de la población, incluso después de las medidas de estabilización dictadas por Diocleciano¹⁹². Entonces, una libra de carne, por ej., costaba, según la calidad, de 6 a 20 denarios; un sextario (0,547 litros) de vino, de 8 a 30 denarios; un sextario de aceite, entre 8 y 40 denarios; un par de zapatos, de 50 a 120 denarios. Frente a esto, un simple trabajador agrícola percibía diariamente 25 denarios más una ración de alimento para él; un carpintero ganaba 50 denarios. Por tanto, una familia con hijos, que de un sueldo así había de financiar alquiler, vestido y comida, amén de pagar unos elevados impuestos, no contaba con mucho más que para cubrir el mínimo de subsistencia.

Igualmente dura era la presión sin contemplaciones y a menudo brutal que había de emplearse para asegurar las prestaciones en trabajo y los impuestos, y que inexorablemente afligía a la mayoría de los grupos sociales de la población baja. A tal fin el estado tenía en funcionamiento un aparato de fuerzas de

¹⁹² S. Lauffer, *Diokletians Preisedikt* (Berlín, 1971); M. Giaccherio, *Edictum Diocletiani et collegarum de prettis rerum vendium* (Genova, 1974).

seguridad y funcionarios. Los habitantes de las ciudades y aldeas se quejaban una y otra vez de los abusos de ese aparato. Así, por ejemplo, los colonos del Saltus Burunitanus en África pidieron al soberano que regulase las obligaciones laborales aumentadas arbitrariamente por los grandes arrendatarios de los dominios imperiales y que para ello las ajustase de nuevo a las directrices marcadas por un antiguo decreto imperial; es revelador el hecho de que el arrendatario llegase incluso a mandar soldados contra los colonos, contra los que practicaban detenciones y a los que en numerosos casos llegaban a golpear (ILS 6870). En el siglo III sucesos como éstos estaban a la orden del día, entre otros sitios, en Asia Menor, donde se han conservado numerosos escritos de súplica y queja contra las actuaciones violentas de los funcionarios y las fuerzas de policía; en uno de tales documentos de Asia se protesta de que los representantes del poder estatal habían llegado incluso a despojar a ciertos lugareños de sus medios de primerísima necesidad¹⁹³. Dureza suficiente la tenían ya aquellas medidas que sintonizaban plenamente con las leyes y los decretos emitidos por el emperador. El poder del estado era omnipresente. También las masas urbanas, en especial los artesanos y mercaderes, se vieron afectados; al igual que los miembros del estrato alto de las ciudades, agrupados en el orden decurional, también ellos fueron constreñidos a asociarse en *collegia*, con el objeto de controlar y dirigir su actividad. Ya un rescripto de Septimio Severo sobre un colegio de artesanos en Solva, en la provincia de Nórico, prueba con toda claridad en qué sentido estaba interesado el estado en todo ello: los pobres debían desarrollar una actividad de utilidad pública, a cambio de lo cual eran liberados de las cargas comunitarias; sin embargo, aquel de entre los miembros de un colegio que estuviese en una situación financiera mejor o que se hubiese librado del trabajo artesanal, había de ser gravado con los *munera* públicos, del mismo modo que los decuriones¹⁹⁴.

Esta nivelación de las posiciones sociales en el seno de las capas inferiores trajo consigo importantes consecuencias. El ser o no ser libre personalmente según los viejos criterios no contaba ya como factor decisivo de dependencia social. Esta evolución se vio además acelerada por el hecho de que la cifra de los esclavos y, consiguientemente, también la de los libertos, conocieron una considerable reducción en el siglo III. Las razones de esto residían, por un lado, en las grandes dificultades para el mantenimiento de las reservas de esclavos. Por otro lado, bajo las nuevas condiciones económicas la hasta ahora siempre lucrativa explotación de esclavos y libertos se mostró no rentable: eran cada vez más restringidos los círculos que se podían permitir pagar el precio de compra por un esclavo, mientras que los *vernae* o los adquiridos siendo niños debían al principio ser alimentados y educados durante largo tiempo sin contrapartida alguna, para que sólo mucho más tarde la inversión resultase rentable. La esclavitud, sin embargo, no desapareció en absoluto; las diferencias jurídicas tradicionales entre esclavos, libertos y libres se mantuvieron en vigor y quedaron recogidas con toda precisión en el Derecho Romano. Pero, paralelamente, el desarrollo jurídico siguió las nuevas formas de dependencia. Las normas de carácter uniformador, incluyendo a los *humiliores* de las ciudades en los *collegia*, evidencian tales transformaciones: a partir de la plebe urbana se fue formando una capa social considerablemente unitaria.

Este cambio se deja ver con toda claridad en las leyes y disposiciones que regulaban la situación de los colonos. La decadencia de muchas fincas agrícolas pequeñas y medianas en el curso de la crisis económica del siglo III condujo inexorablemente a la concentración de la propiedad fundiaria en pocas manos, y la extensión de la economía del latifundio produjo en la mayor parte del imperio una expansión del sistema de colonato: los grandes hacendados no podían prescindir de la masa de fuerza de trabajo dependiente y dado que ya no había ni llegaban nuevas reservas de esclavos, la institución del colonato pareció la forma de explotación más adecuada. Una gran parte de las disposiciones del Derecho Romano que se refieren a los colonos, procede significativamente de esta tercera centuria. Se estableció así la forma en virtud de la cual un propietario de tierras y un *colonus* habían de cerrar un contrato (*locatio, conductio*); de acuerdo con ello, el propietario arrendaba la correspondiente parcela de tierra por cinco años, al tiempo que el *colonus* se comprometía al pago anual de una suma de dinero. Con todo, ya en el

¹⁹³ La inscripción en J. Keil — A. v. Premerstein, *Bericht über eine dritte Reise in Lydien und den angrenzenden Gebieten Ioniens* (Wien 1914) Nr. 9.

¹⁹⁴ G. Alföldy, *Historia*, 15, 1966, pp. 433 s. Para los colegios en general véase la bibliografía de la nota 152; sobre su situación en el siglo III, cf. E. Groag, *Vierteljahresschr. f. Sozial- u. Wirtschaftsgesch.*, 2, 1904, pp. 481 s.

siglo III se dio con frecuencia la *perpetua condueño*, es decir, la sujeción de por vida del arrendatario al trozo de tierra cedido. En vista de la presión fiscal y de las devastaciones, muchos colonos no estaban por lo general en situación de cumplir con sus obligaciones financieras anuales; estos arrendatarios endeudados fueron entonces retenidos —a menudo por la violencia— en la finca por los hacendados como fuerza de trabajo barata. De esta forma, surgió en el campo una capa de población pobre y con frecuencia brutalmente oprimida, que estaba sujeta a los estratos altos de la sociedad según unos mismos criterios y que, por consiguiente, presentaba una gran homogeneidad¹⁹⁵.

El cambio de estructura

Las alteraciones en la composición y en la situación tanto de los estratos altos como bajos de la población tuvieron consecuencias muy significativas para la estructura en su conjunto de la sociedad romana. Al ser total la crisis del siglo III, tuvo en el entramado social del *Imperium Romanum* una repercusión decisivamente más honda que, pongamos por caso, la crisis de la república romana. El orden social tradicional se desintegró y un nuevo orden fue conformándose paulatinamente; el cambio, como era de esperar en la evolución social de una época de crisis, estuvo lleno de contradicciones.

Digno de nota es, ante todo, el modo en que se produjo el cambio en los fundamentos de la estratificación social. Poder, riqueza, prestigio y adscripción a un orden rector ya no iban tan íntimamente unidos como en tiempos del Alto Imperio. En toda la historia romana anterior habría sido inconcebible que una nobleza agraciada con prestigio y riqueza no constituyese al mismo tiempo la capa alta políticamente más poderosa, investida de las funciones estatales superiores; la historia del estamento senatorial durante el siglo III demostraría lo contrario. Igual de interesante es la transformación de los privilegios tradicionales en cargas sociales: el hecho de que los *honores* urbanos, antes tan atractivos para muchos, se convirtieran en un pesado gravamen, entraba en contradicción con el antiguo orden social, como también lo hacía la tendencia del estado a reclutar por la fuerza a los miembros del antaño acreditado orden decurional.

Simultáneamente, la relación entre el origen de la persona y el principio del mérito sufrió modificaciones. El nacimiento noble siguió siendo algo particularmente apreciado por muchos, pero cosas como la lealtad política, la formación jurídica y especialmente los servicios militares ocupaban ahora un lugar más señalado que antes. Tampoco el advenedizo debía ya, como precedentemente, esforzarse por todos los medios en verse integrado en la aristocracia de sangre. Criterios jurídicos clásicos como los de derecho de ciudadanía y libertad perdieron su decisiva importancia, al igual que las ventajas que se deducían previamente de un origen italiano o de una provincia fuertemente urbanizada. Sintomáticamente, la mayoría de los emperadores procedían de la periferia del territorio romano. Macrino era de Mauritania; Heliogábalo y Severo Alejandro venían de Siria; los Gordianos, de Capadocia; Filippo, de Arabia. Con todo, era de los países del Danubio, cuyas ciudades militares constituían los grupos de ejército más potentes y prestigiosos, de donde provenía la mayor parte de los emperadores-soldados, caso de Maximino, Decio, Claudio II, Aureliano, Probo, así como Diocleciano, Maximiano y los cesares impuestos por ellos, Constancio y Galerio. Con razón hacía observar Aurelio Víctor a propósito de los cuatro primeros monarcas: «Todos ellos tenían su patria de origen en el Ilírico; aunque poco cultivados, se habían formado lo suficiente en las miserias de la vida rústica y de la milicia, y resultaron excelentes emperadores para Roma» (Caes. 39,26). Todas estas alteraciones condujeron a la relajación de la vieja jerarquía social. Dión Casio se exasperaba al recordar que antiguos bailarines podían ahora alcanzar altos comandos de armas (78, 21,2), que los centuriones y los hijos de médicos ascendían a legados de legión (80, 7,1 s.). Pero nada prueba de forma tan palmaria la invalidez de los principios jerárquicos anteriormente tenidos por indiscutibles, como la respuesta dada por el jefe de bandidos Bulla al prefecto

¹⁹⁵ En lo que se refiere al colonato en el siglo III examínese la bibliografía de las notas 166 y 167; a este respecto véase asimismo N. Brockmeyer, *Arbeits-organisation und ökonomisches Denken*, pp. 254 s.; cf. además W. Held, *Klio*, 53, 1971, pp. 239 s.

del pretorio Papiniano, quien le había preguntado por qué se había hecho salteador: «¿Y por qué eres tú prefecto?» (76, 10,7).

La pirámide social se dividía de diferente manera a como lo hacía antes. En tiempos del Principado los estratos superiores, prescindiendo de los libertos ricos y del personal cortesano, estaban compuestos por los estamentos senatorial y ecuestre, así como por el de decuriones de las ciudades, con más o menos variaciones y grados en cuanto a función, fortuna y renombre. En el nuevo orden social la división de los estratos superiores carecía de homogeneidad y presentaba rasgos contradictorios. Había un orden senatorial muy acaudalado y prestigioso, si bien ampliamente privado de poder; había un orden ecuestre, cuya capa dirigente se caracterizaba, sobre todo, por su enorme poder y cuyos miembros corrientes apenas si se distinguían del decurionado local; este último, en virtud de su patrimonio y de su prestigio, pertenecía a las capas altas, pero por las cargas a que estaba ahora sometido, acusaba rasgos de grupo social oprimido, contrariamente a tiempos precedentes. A éstos se agregaban los soldados junto con sus allegados, quienes, ante todo por la posición de poder del ejército, aunque también por su situación económica relativamente favorecida y sus privilegios jurídicos, se contaban también entre los estratos elevados de la población. Ellos constituían incluso un estrato que, debido a sus prerrogativas e identidad de funciones, así como a la conciencia corporativista de sus integrantes, se organizaba casi como un orden. Con ello, las diferencias entre los *honestiores*, pese a compartir muchos privilegios resultaban en el siglo III considerablemente más fuertes que en el Alto Imperio.

Las disimilitudes en el status de los distintos grupos de *humiliores*, contrariamente a lo acaecido entre los estratos superiores, se hicieron cada vez más pequeñas. Como consecuencia del creciente gravamen financiero y de la simultánea y progresiva opresión política de todos los grupos bajos de población, esa evolución se hizo imparable.

Poco cambiaban aquí las cosas las diferencias que persistían en la historia de las distintas partes del imperio, lo mismo que entre cada una de las profesiones; aquellas ventajas sociales, por ejemplo, que poseyeran las masas en las ciudades durante el Alto Imperio, se extinguieron en gran medida.

Así pues, lo que mejor caracterizaría al cambio de estructura en la sociedad romana durante la crisis del siglo III sería esa desigual evolución que tocó vivir a los *honestiores* y a los *humiliores*. La disolución del orden social romano tradicional se produjo de suerte y manera contradictorias: la alta sociedad se desintegró en capas muy diversamente estructuradas, mientras que los estratos inferiores desarrollaron una estructura cada vez más unitaria. Por consiguiente, tampoco en esta centuria las capas altas de la sociedad romana conocieron una evolución que hiciera de ellas una «clase»: su único rasgo verdaderamente común era el disponer de bienes raíces, mientras que todo lo demás las separaba — incluidas sus relaciones con el proceso de producción, toda vez que los soldados, por lo general, y las familias de decuriones, al menos con cierta frecuencia, cultivaban por sí mismos sus tierras (o eventualmente acompañados de peones agrícolas dependientes). Los *humiliores*, por el contrario, mostraban ahora una serie de rasgos que, más que en el Alto Imperio, podrían dar pábulo a hablar de una «clase». Con todo, y pese a su misma situación de productores y de trabajadores dependientes, en un punto decisivo acusaban una gran mezcla de condiciones: una parte de ellos, como los colonos, en tanto que arrendatarios, y el artesanado, seguía disponiendo de sus medios de producción, lo que no se podría decir de otros, caso de los campesinos muy pobres, que debían ganarse la vida como trabajadores asalariados y temporeros.

El desarrollo contradictorio de la sociedad romana durante la crisis no quedó sin consecuencias: las tensiones sociales se agudizaron, nuevos conflictos vieron la luz, y una y otra vez se llegó al estallido de enfrentamientos sociales abiertos, que ya no eran dirimibles por medios pacíficos, sino únicamente a fuerza de extrema violencia, al igual que en la República tardía. En consonancia con la dimensión múltiple de la crisis y las transformaciones sociales operadas, tales conflictos revistieron formas muy variadas: tuvieron lugar, de un lado, en el seno de las capas altas y, de otro, entre los distintos grupos de los estratos inferiores y los detentadores del poder; resultó, así, que en numerosas ciudades el orden senatorial y el ecuestre se vieron tan afectados por la nueva coyuntura como las masas oprimidas del campo y la ciudad. Una característica común unía a estas confrontaciones: el principal enemigo para

todos los grupos mencionados era el nuevo estrato dominante, que estaba formado por los oficiales ecuestres y por los funcionarios de la administración, así como por el elemento militar, y tenía su representación institucional por antonomasia en los emperadores autoritarios de tiempos del Dominado, quienes en su mayoría habían ascendido desde dicho estrato y a él debían su poder. Cuan odioso podía resultar un emperador romano durante el siglo III para la gran masa de la población, desde los senadores hasta la plebe urbana y los sencillos labradores, es cosa que se trasluce perfectamente del relato de Herodiano sobre el gobierno despótico de Maximino Trax (7,3,1 s.): era de los que oprimía a los senadores y a los ricos, pero también a los habitantes de las ciudades y a las poblaciones de las provincias; un sentimiento de ira se hizo presa de todo el imperio y todos empezaron a invocar a los dioses vengadores, hasta que finalmente, por el pretexto más insignificante, estalló abiertamente la revuelta.

El estamento senatorial no se resignó en absoluto a su pérdida de poder en los primeros decenios después de Marco Aurelio, si bien era demasiado débil para enfrentarse abiertamente. Consiguientemente, su resistencia contra la monarquía imperial autoritaria se redujo, básicamente, a urdir conspiraciones, con el fin de poner en el trono a un emperador del que cabía esperarse un retorno al viejo ideal de gobierno. Bajo el mandato de Cómodo se hicieron repetidos esfuerzos en tal sentido, hasta que en la persona de Pértinax subió al trono un emperador a gusto de los senadores, si bien resulta significativo el hecho de que este gobernante realmente popular entre la población civil y también entre los ejércitos provinciales fuese derribado por la guardia pretoriana al cabo sólo de tres meses. Tampoco sirvió de nada al orden senatorial el que sus círculos conservadores apoyasen en los momentos de anarquía política intensa a los gobernantes o pretendientes al trono más débiles, como en los casos de Clodio Albino frente a Septimio Severo, de Geta contra su hermano Caracalla; la venganza de los vencedores acababa siempre por socavar aún más la posición de poder del senado. Únicamente en el año 238 tuvieron éxito el levantamiento y la acción bélica de dicha cámara contra Maximino Trax, pero sólo porque en Roma el pueblo abrazó el partido del senado contra el imperio de los militares (Herod. 7, 7,1 s. y 7, 11,1. s.), y porque la resistencia contra el cesar también prendió entre la población de las provincias y de Italia¹⁹⁶.

Aún mayor tuvo que ser el descontento entre muchos decuriones por el nuevo estado de cosas, que les obligaba, contrariamente al orden senatorial, a fuertes sacrificios financieros. Dicho con toda claridad, los decuriones de una ciudad nada podían hacer contra el aparato militar y funcional del estado. Y ello es tanto más significativo cuanto que en el año 238 algunos integrantes de las élites municipales escogieron, pese a todo, el camino a la desesperada de la insurrección. La resistencia abierta contra Maximino Trax estalló primero en la africana Thysdrus, donde los hacendados urbanos de los alrededores de Cartago, junto con sus partidarios, dieron muerte a un procurador del emperador y proclamaron al procónsul de África, Gordiano, como nuevo cesar (Herod. 7,4,1 s.). Al movimiento se unió también la población baja de las ciudades y del campo en la provincia de África, pero fue brutalmente sofocado por el ejército de la vecina provincia de Numidia y la represión, de la que fueron principales víctimas las capas rectoras municipales, no se detuvo tampoco ante los estratos bajos de la población (Herod. 7,9,1 s.).

La alianza en África de los decuriones y de las masas populares, tanto urbanas como campesinas, prueba ya hasta qué punto debían de estar insatisfechas las capas inferiores con el sistema de dominio imperante. La plebe de las ciudades, obligada en el marco de los colegios a prestaciones laborales contra su voluntad y sometida al pago de impuestos con una mínima formación de capital, amén de que en los tiempos de la crisis económica general estaba mal aprovisionada, se amotinó una y otra vez desde finales

¹⁹⁶ Para lo siguiente vid. M. Rostovtzeff, *Gesellschaft und Wirtschaft*, II, pp. 163 s.; respecto a los acontecimientos del año 238 mírese esp. H. G. Mullens, *Greece and Rome*, 17, 1948, pp. 65 s.; P. W. Townsend, *Yale Class. Stud.*, 14, 1955, pp. 49 s.; T. Kotula, *Eos*, 51, 1959/60, pp. 197 s.; X. Lorient, en *ANRW II 2* (Berlin-New York 1975), pp. 688 s.; para un correcto enjuiciamiento de los sucesos tenidos lugar en África resulta fundamental F. Kolb, *Historia*, 24, 1977, pp. 440 s. Sobre Maximino Trax y el senado, K. Dietz, *Senatus contra principem? Untersuchungen zur senatorischen Opposition gegen Kaiser Maximinus Thrax* (München 1980), sobre cuyo libro: G. Alföldy, *Gnomon*, 54, 1982, pp. 478 s. Una evaluación de los conflictos sociales del siglo III por F. Kolb, en *Bonner Festgabe J. Straub* (Bonn 1977), pp. 277 s.; en lo esencial coincidente G. Alföldy, *Heidelberger Jahrb.*, 20, 1976, pp. 111 s., y en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 372 s. Cf. además M. Mazza, *Lotte sociale e restaurazione autoritaria nel III secolo d. C.* (Catania 1973).

del siglo II¹⁹⁷. Bajo Cómodo la escasez de cereales en Roma condujo a una guerra civil en toda regla entre el pueblo y la guarnición¹⁹⁸, y las manifestaciones políticas más encendidas contra el régimen existente, como la del 193 contra Didio Juliano, se repitieron también más tarde. En el año 238 se llegó a un auténtico levantamiento popular contra la guardia pretoriana; con Aureliano hubo disturbios entre los trabajadores de las cecas imperiales, en los que según Aurelio Víctor (Caes. 35,6) participaron 7.000 insurrectos. Parecida era también la animadversión de las gentes sencillas de muchas ciudades contra la monarquía imperial y su aparato de poder, tanto más cuanto que en las provincias aquéllas habían de sufrir con más frecuencia que en Roma los males de la dominación militar; la matanza que un Car acalla organizó en Alejandría o la fama de Maximiano, ante cuyo ejército se fugó la población de Emona hasta el último hombre (Herod. 8, 1,4), exacerbaban al máximo los sentimientos de odio. También la hostilidad de las tropas contra la plebe era cosa manifiesta; Herodiano la puso claramente de manifiesto al poner en boca de Maximino Trax la afirmación de que el pueblo en Roma sólo era capaz de dar gritos y que a la vista de dos o tres hombres armados le invadía el pánico (7, 8,6).

Todavía peor era muchas veces la situación de las capas de población en el agro, puesto que aquí la protección que éstas podían hallar frente a la opresión y la violencia era escasísima. Al iniciar Maximino Trax su marcha contra Italia en el año 238, sintomáticamente toda la población rural de los alrededores huyó también hacia Aquileia, el punto de apoyo más importante de los insurrectos, pues nada bueno cabía esperar de los soldados (Herod. 8,2,4). Los colonos endeudados y también los esclavos se daban a la fuga repetidamente; el Derecho Romano hubo de ocuparse permanentemente de este problema a partir de la segunda mitad del siglo II. Estos *fugitivi*, aunque también las gentes escapadas de las ciudades y los desertores del ejército, se agavillaban con frecuencia en bandas de salteadores; tales *latrones* constituyeron una amenaza tan seria para la seguridad pública desde fines de la segunda centuria, que contra ellos, como señala Tertuliano (Apol. 2,8), hubieron de reclutarse en todas las provincias fuerzas de seguridad. En muchos casos, de movimientos como éstos surgieron levantamientos en toda regla. Ya con Marco Aurelio se produjo en Egipto una revuelta de pastores (*boukoloi*); bajo Cómodo, Roma tuvo que sostener una seria guerra contra las masas de prófugos del ejército y de campesinos sublevados (*bellum desertorum*). En la segunda mitad del siglo III las provincias galas se vieron inundadas por el movimiento de los *Bagaudae* («los luchadores»), en el que tomaron parte amplios grupos de campesinos independientes, colonos fugitivos y ladrones. Aunque Maximino lograra vencerlos en una campaña, tanto en la Galia como más tarde en Hispania estas revueltas se reprodujeron reiteradamente¹⁹⁹.

Los acontecimientos del año 238, en particular, evidenciaron que el sistema de dominio del siglo III, sobre todo cuando se expresaba en una forma tan extrema como la encarnada por Maximino Trax, suscitaba el rechazo y la resistencia por igual entre el orden senatorial, los decuriones y las masas populares del campo y la ciudad. Pero justamente la composición de esta coalición hizo imposible que cristalizase a partir de ella un movimiento revolucionario unitario de los oprimidos. Mientras se tratara de defenderse contra el imperio de la milicia y de la burocracia estatal, los objetivos de los distintos grupos afectados eran coincidentes. Pero, por lo demás, como era natural, los intereses eran muy diferentes. Tal cosa se puso de manifiesto con toda claridad en el propio año del 238. La masa urbana de Roma se alzó junto con los senadores contra Maximino, pero rechazó airadamente a los emperadores colocados por el senado, Pupieno y Balbino, y consiguió la proclamación de un tercero, la de aquel que gozaba de más popularidad como nieto que era de Gordiano (Herod. 7, 10,5 s.); cuando posteriormente Pupieno y

¹⁹⁷ I. Hahn, en *Die Rolle der Plebs im spätrömischen Reich*, ed. por V. Besevliev y W. Seyfarth (Berlin 1969), pp. 39 s.

¹⁹⁸ Sobre ello C. R. Whittaker, *Historia*, 13, 1964, pp. 348 s.

¹⁹⁹ *Fugitivi*: H. Bellen, *Sklavenflucht*, pp. 118 s. Bandidaje: R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order*, pp. 255 s. *Boukoloi*: Dio 71,4,1 s.; cf. al respecto J. Schwartz, *Anc. Soc.*, 4, 1973, pp. 193 s.; A. Baldini, *Latomus*, 37, 1978, pp. 634 s. *Bellum desertorum*: G. Alföldy, *Bonner Jahrb.*, 171, 1971, pp. 367 s. A. Baldini, *Corsi di Cultura sull'Arte Ravennate e Biz.*, 24, 1977, pp. 43 s. (con una sobrevaloración injustificada de las fuentes, en particular de la tabla de Rottweil, cuya inscripción no contiene el texto aceptado por R. Egger y, de acuerdo con éste, también por Baldini). *Bagaudas*: E. A. Thompson, *Past and Present*, 2, 1952, pp. 11 s., y en M. I. Finley (ed.), *Studies in Ancient Society* (London 1974), pp. 304 s. (en alemán: en H. Schneider, ed., *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 29 s.); B. Cúth, *Die Quellen der Geschichte der Bagauden*. Acta Univ. A. József, Acta Ant. et Arch., 9 (Szeged 1965).

Balbino fueron asesinados por la guardia pretoriana amotinada, el pueblo se mantuvo en calma. Ya sólo por estas diferencias de intereses, los movimientos sociales ahora nacientes nada podían conseguir contra el nuevo sistema de dominio. Prescindiendo de esto, toda resistencia resultaba prácticamente inútil, por el hecho de que la milicia era el factor de poder decisivo. La represión sangrienta de la revuelta africana contra Maximino con el envío de una legión puso claramente de relieve la fuerza del ejército. Si Maximino cayó durante el asedio de Aquileia, no se debió a otra cosa que al descontento de sus propios soldados, que le dieron muerte. El sistema de dominio, no obstante, permaneció inalterado, al igual que tras todas las demás revueltas del ejército, en el curso de las cuales sólo se trocaba la persona del emperador, pero no los fundamentos mismos del régimen.

Sucedía así que los problemas sociales no hallaban solución a través de estos conflictos abiertos y declarados, sino que incluso se veían agudizados con ellos; lo que, en realidad, consiguieron fue acelerar más aún el proceso de transformación del orden social tradicional. Tampoco la permeabilidad del nuevo modelo de sociedad en formación pudo aliviar las tensiones²⁰⁰. Antes bien, es una de las contradicciones dignas de nota en el cambio social de la gran crisis el que la movilidad interna de la sociedad romana, que tanto había contribuido en el Principado a la reducción de los conflictos y tensiones, diese lugar durante el siglo III a nuevos campos de rozamiento. Hasta ahora, para la población de las zonas periféricas del *Imperium*, en las que se reclutaba en su mayor parte el ejército romano, apenas se habían dejado entrever posibilidades de ascenso social a través del servicio militar; la trayectoria vital de la mayoría de los soldados-emperadores, que no pocas veces provenían de ambientes muy humildes, como, por ejemplo, Maximino Trax o Galerio, demostraba con toda claridad ese cambio. Asimismo, las personas capacitadas y ambiciosas de bajo nacimiento, que dispusiesen de un cierto nivel educativo, tenían enormes posibilidades de medrar socialmente en la burocracia imperial. Pero la gran masa de la población podía sacar un menor partido que en el Alto Imperio a las expectativas de ascenso social. La biografía del trabajador agrícola de Mactar, llegado a la más alta magistratura ciudadana (p. 204), no era el caso corriente; antes bien, debieron de ser realmente reducidas las posibilidades de ascender socialmente para los decuriones, los miembros de los colegios ciudadanos y los colonos, que se hallaban atados a sus funciones por una rígida reglamentación. El nacimiento de nuevas fortunas apenas resultaba posible en el caso de estas capas de la población, pues la riqueza adquirida había de ser entregada en seguida al estado en forma de impuestos. Se añadía a esto el que las probabilidades de descender socialmente, contrariamente a la época del Principado, aumentaron de forma extraordinaria a causa de las guerras, las dificultades económicas y la represión política. Como Herodiano hacía notar acertadamente a propósito del período de gobierno de Maximino, uno podía encontrarse todos los días con hombres pobres que el día anterior aún se hallaban en la riqueza (7, 3,3).

Por último, llena de contradicciones estaba también la evolución de aquellas fuerzas políticas y sociales que debían mantener cohesionada a la sociedad romana. La monarquía imperial se trocó en un despotismo²⁰¹. No sólo su aparato cfeoder viose agrandado sino que también se alteró el concepto de soberano: mientras que Augusto había sido el «primero» entre los ciudadanos y el «padre» del pueblo, a partir de Septimio Severo el emperador romano reivindicó oficialmente el título de *dominus*, teniéndose así por un «señor» sobre sus subditos, como lo era un señor cualquiera sobre sus esclavos; desde los Severos exigió regularmente del ejército y de los municipios una declaración oficial de adhesión a la *devotio*, a la devoción en cuerpo y alma a su persona; de Aureliano en adelante reclamó abiertamente y sin rodeos la adoración como dios. Pero, al mismo tiempo, el poder de cada emperador aparecía ahora más inestable que nunca; ellos eran Juguetes de su propio aparato de poder y cualquiera que llegaba al trono debía estar preparado para un final violento. Sucedió así que la monarquía imperial era realmente lo

²⁰⁰ En lo referente al discutido problema de la movilidad social durante el Bajo Imperio consúltase la bibliografía de la nota 246, y véase asimismo la nota 169.

²⁰¹ Cf. la bibliografía de la nota 104. Que la evolución fue continua y progresiva, y que los conceptos de Principado y Dominado no pueden denominar dos períodos históricos tajantemente separados el uno del otro, es algo evidente; véase J. Bleicken, *Prinzipat und Dominat. Gedanken zur Periodisierung der römischen Kaiserzeit*. Frankfurter Historische Vorträge, 6 (Wiesbaden, 1978).

suficientemente fuerte como para reprimir los movimientos sociales y las revueltas con su aparato de poder, pero no, en cambio, como para ofrecer un marco político consolidado, en el que amplios grupos sociales fuesen ganados para el sostenimiento del orden establecido, tal como había acontecido durante el Principado.

Lo primero en ser rechazado durante la gran crisis fue el antiguo sistema de valores y referencias: el tradicionalismo, la ética política y el culto al emperador ya no bastaban para infundir ánimo y orientación moral a una sociedad atormentada por la pobreza, las guerras y no poco, también, por el propio sistema estatal. Las religiones místicas orientales y el cristianismo, en cambio, no sólo prometían consuelo y salvación, sino que también satisfacían necesidades teológicas, morales y litúrgicas decididamente más profundas; el cristianismo, además, al igual que la filosofía pagana, estaba en condiciones de explicar las causas de todos los males mediante una teoría sistemática. Así crecieron día a día los prosélitos de estas corrientes espirituales. El militar, significativamente, se vinculó principalmente al culto a Mitra, que como dios solar invicto encarnaba el ideal de la soldadesca; grupos más amplios de la población, sobre todo en Oriente y África, se adhirieron al cristianismo; los senadores, como estrato culto que eran, se entregaron en muchos casos a la filosofía neoplatónica. Desde el agudizamiento de la crisis a mediados del siglo III el avance victorioso del cristianismo fue un hecho innegable, y el atractivo de esta religión para la sociedad del *Imperium Romanum* se puso de manifiesto no sólo en su expansión por todo el territorio, sino también en su capacidad de dirigirse a un mismo tiempo a las capas sociales más diversas y en casos particulares también a los integrantes de la élite dirigente. El estado romano hubo de reaccionar ante este desarrollo. Lo hizo intentando revivir de nuevo el *mos maiorum* con todas sus implicaciones religiosas y éticas, así como el culto al emperador, inseparable ya de aquél; y no le faltó éxito del todo, sobre todo entre el ejército. Todo lo que en las nuevas corrientes espirituales era conciliable con esa tradición, como la religión de Mitra, fue estimulado, mientras que lo que parecía estar en contradicción con ella, como el cristianismo, fue reprimido con la brutalidad que caracterizaba al nuevo sistema de dominación²⁰².

Esto significaba que la sociedad romana durante la crisis del siglo III se cuarteaba también ideológicamente en dos frentes contrapuestos. Además, los círculos políticamente decisivos de la sociedad, o sea, los emperadores, las personas clave de la administración y los oficiales del ejército, con su mentalidad conservadora se aferraban a un sistema de valores anticuado, que no era otro que el de un orden social y estatal que ellos mismos habían destruido. Esta contradicción saltaba a la vista, pero no fue reconocida: los emperadores del siglo III no deseaban cambiar el mundo romano, sino que por el contrario estaban convencidos de que sus medidas de fuerza eran las necesarias y las llamadas a tener éxito en la restauración de un viejo orden digno de todo crédito. La «reforma» significaba para ellos *reformare* el Imperio *ad antiquam firmitatem* y *ad pristinam gloriam*²⁰³, y el único programa político del siglo III que nos es conocido íntegramente, el que Dión Casio nos reporta en el fingido discurso de Mecenas ante Augusto, no es otra cosa que una exhortación a volver a los ideales del tiempo de los Antoninos. Durante el siglo III esta actitud conservadora de los emperadores era algo acorde con los tiempos que corrían; con ella se podía avivar la conciencia de los puntales más firmes del régimen, y particularmente de los soldados, en el sentido de que ellos eran los salvadores del imperio romano en los momentos de crisis. Pero a la gran masa de la población esta ideología no le decía absolutamente nada, y sobre esa base ya no era posible dar con una solución duradera.

²⁰² Religiones paganas en el Imperio y su papel en el siglo III: J. H. W. G. Liebeschuetz, *Continuity and Change in Roman Religion* (Oxford, 1979); R. MacMullen, *Paganism in the Roman Empire* (New Haven-Londres, 1981). Cultos orientales: M. J. Vermaseren, *Die orientalischen Religionen im Römerreich* (Leiden, 1981). Política religiosa: cf. J. Vogt, *Zur Religiosität der Christenverfolger im Römischen Reich*. Sitz.-Ber. d. Heidelberger Akad. d. Wiss., Phil.-hist. Kl., Jg. 1962, 1. Abh. (Heidelberg, 1962). Sobre la estructura social del cristianismo preconstantiniano, vid. Th. Schleich, *Geschichte in Wiss. u. Unterricht*, 33, 1982, pp. 269 s., con bibliografía; infiltración del cristianismo en el orden senatorial: W. Eck, *Chiron*, 1, 1971, pp. 381 s. En cuanto a la historia social del cristianismo primitivo, que no puede ser tratada en este contexto, véase G. Theissen, *Studien zur Soziologie des Urchristentums*² (Tübingen, 1983), con estupenda bibliografía.

²⁰³ Paneg. 5, 8,3 y 5,14,4; cf. G. Alföldy, *Greek, Roman and Byzantine Studies*, 15, 1984, pp. 109 s.

Fue así como de la crisis del siglo III salió una sociedad romana profundamente perturbada y alterada en sus fundamentos. Ante todo, se puso de manifiesto que ya no era posible mantener cohesionadas, como en tiempos del Principado, a las fuerzas sociales divergentes en el marco de un sistema de gobierno que gozase de popularidad en amplios círculos. La superación de la crisis política interior y exterior, con los grandes emperadores-soldados del último tercio de la centuria, no fue debida a ningún movimiento de masas, sino al creciente despotismo de un aparato militar y burocrático. Por el momento, además, el futuro de la sociedad romana sólo era concebible en un marco político como éste. La cuestión era sólo saber cuándo este sistema de poder podría encontrar un compromiso con la nueva corriente espiritual más importante, el cristianismo. Este paso inevitable fue dado por Constantino el Grande. Pero también para el imperio cristiano se planteó el problema de hasta cuándo la monarquía imperial podía seguir ofreciendo un marco político adecuado para la sociedad tardorromana.

Capítulo 7

LA SOCIEDAD TARDORROMANA

Presupuestos y caracteres generales

Las condiciones sociales del Bajo Imperio en gran parte se basaban en estructuras que habían cristalizado en la época de crisis desde los tiempos tardo-antonianos hasta Diocleciano. El cambio posterior de la sociedad romana tampoco siguió una dirección totalmente nueva, sino que se trató de una directa continuación de aquel proceso de transformación que había dado comienzo con la crisis del siglo III²⁰⁴.

Nuevas fuerzas sociales fueron imponiéndose paulatinamente a partir del siglo V a raíz de la formación en suelo romano de estados territoriales germánicos. Aun así, éstas no consiguieron alterar los fundamentos del orden social tardorromano en dicha centuria; ni siquiera durante el siglo VI, cuando en occidente ya había desaparecido el poder político romano, fue sustituido el modelo de sociedad tardoantiguo por una estructura social totalmente nueva. La transición de la «Antigüedad» a la «Edad Media» no tuvo lugar de golpe, sino que representó «una larga secuencia de transformaciones graduales», en la que la desintegración del imperio romano occidental supuso un corte sólo en el sentido de que con ella se vino abajo el marco político de la sociedad romana²⁰⁵.

²⁰⁴ Condiciones y relaciones sociales en el Bajo Imperio: fundamental es la obra de A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602. A social, economic and administrative Survey*, I-III (Oxford, 1964). Condiciones sociales en la mitad oriental del imperio: F. Tinnefeld, *Die frühbyzantinische Gesellschaft. Struktur-Gegensätze-Spannungen* (München, 1977). Estratificación social: A. Chastagnol, en *Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud 1967* (París, 1973), pp. 49 s. Visiones generales útiles en S. Dill, *Roman Society in the last Century of the Western Empire*¹ (Londres, 1905); J. Gagé, *Les classes sociales*, pp. 335 s.; A. Chastagnol, *Le Bas-Empire* (París, 1969), pp. 53 s.; A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien (325-395)*² (París, 1972), pp. 318 s., y más recientemente A. Chastagnol *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien a Julien. La mise en place du régime du Bas-Empire (284-363)* (París, 1982), pp. 265 s. Deficiente y equívoco es el trabajo de W. Held, *Die Vertiefung der allgemeinen Krise im Westen des römischen Reiches. Studien über die sozialökonomischen Verhältnisse am Ende des 3. und in der ersten Hälfte des 4. Jahrhunderts* (Berlín, 1974). Para cantidad de cuestiones y aspectos concretos es muy útil S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardoromana* (Roma, 1951); W. Seyfarth, *Soziale Fragen der spätrömischen Kaiserzeit im Spiegel des Theodosianus* (Berlín, 1963). Para problemas concretos de la historia social tardorromana hay un rico material en A. Chastagnol y otros, *Transformations et Conflicts au IVe sude ap. J.-C.* (Bonn, 1978). Sobre cada una de las regiones y provincias, véase esp. L. Ruggini, *Economia e società nell'Italia annonana». Rapporti fra agricoltura e commercio del IV al VI secolo d. C.* (Milán, 1961); B. H. Warmington, *The North African Provinces from Diocletian to the Vandal Conquest* (Cambridge, 1954); H.-J. Diesner, *Der Untergang der römischen Herrschaft in Nordafrika* (Weimar, 1964); J. M. Blázquez, *Estructura económica y social de Hispania durante la Anarquía militar y el Bajo Imperio* (Madrid, 1964); R. Teja, *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los padres capadocios* (Salamanca, 1974). Formidable exposición de las condiciones económicas y sociales de una provincia en el siglo V: Eugippius, *Vita Sancti Severin* (para Nórico), y a este respecto mírese esp. R. Noli, *Eugippius. Das Leben des heiligen Severin* (Berlín, 1963).

²⁰⁵ Cf. al respecto esp. F. Vittinghoff, en *Zur Frage der Periodengrenze zwischen Altertum und Mittelalter*, ed. por P. E. Hübinger (Darmstadt, 1969), pp. 298 s.; sobre el carácter del período de transición en cuanto «cinta alargada», H. Aubin, *ibid.*,

Esa continuidad en la evolución social era, ante todo, el resultado de que las condiciones económicas que se habían fraguado durante la crisis del siglo III siguieron haciéndose sentir en lo sucesivo y no sufrieron ninguna alteración fundamental. Bajo Diocleciano (284-305) y Constantino el Grande (306-337), la situación económica del imperio romano conoció una amplia estabilización merced a las duras disposiciones que se tomaron, y en la época subsiguiente, hasta el período de gobierno de Valentiniano I (364-375), apenas se vio perturbada. No obstante, las consecuencias del cambio de estructura que se había operado en el siglo III fueron irreversibles. Ciertamente, muchas ciudades del imperio aún vivieron una última época de florecimiento, pero ni su producción artesanal ni su vida comercial —sobre todo en la mitad occidental del mundo romano— alcanzaron ya la misma prosperidad que en el Alto Imperio. Fue así como la agricultura incrementó aún más que antes su importancia como fuente principal de ingresos y riqueza; con todo, hubo de padecer también las debilidades estructurales permanentes que se derivaban, ante todo, de la carencia de fuerza de trabajo, así como de la explotación del suelo, a menudo poco rentable, por medio de colonos. Las dificultades económicas aumentaron a escala gigantesca tras el estallido de la nueva crisis política resultante de la incipiente migración de pueblos bajo la presión de los hunos (375). Esta crisis condujo a corto plazo a la demoledora derrota de Roma frente a los godos en Adrianópolis (378). Pero tampoco eran para pasar por alto sus consecuencias a largo plazo: tras la muerte de Teodosio I (379-395), la porción occidental del imperio se vio inundada de bárbaros, con el resultado de que muchas ciudades fueron destruidas o quedaron en gran parte despobladas. Ello tuvo efectos penosos, sobre todo para la manufactura y el comercio, si bien la situación aun dentro del Occidente romano pudo haber variado apreciablemente de una región a otra. A una paralización de la producción artesanal y del tráfico de mercancías ciertamente no se llegó, ni tampoco la vida urbana se apagó totalmente en ninguna parte del imperio. Pero las relaciones campo-ciudad dejaron de basarse, como en el Alto Imperio, en la fuerza de los centros de producción urbanos, para reposar sobre la creciente importancia de las fincas rurales; significativamente, ya desde el siglo IV las grandes haciendas pasaron progresivamente a cubrir su demanda de productos manufacturados recurriendo a la producción propia, y no tanto al comercio²⁰⁶.

En línea con estos nuevos presupuestos, los propietarios de los latifundios fueron aún más claramente que antes la capa rectora económicamente determinante en la sociedad tardorromana, en tanto que la gran masa desposeída de la población baja se hizo cada vez más dependiente de ese estrato de terratenientes. El que este proceso histórico de evolución social apareciese unido a la desintegración del *Imperium Romanum*, no ha de atribuirse en absoluto a la creciente presión de los bárbaros exclusivamente, sino a una serie de causas muy complejas y múltiples, entre las cuales las de tipo social pueden definirse de la mejor manera con el concepto de alienación de la sociedad romana de su sistema estatal. A las crecientes dificultades económicas, a los progresivos problemas sociales y políticos, y a los conflictos económicos, la monarquía imperial sólo fue capaz de oponer una política forzada de poder y centralización. Sin embargo, para la realización de esa política se hacía necesario un aparato de poder enorme y más costoso, y al estado se le planteaba el problema cada vez más acuciante de cómo poder asegurar la existencia de tal aparato con el escaso fluido generado por las fuentes económicas del campo y la ciudad. El estado romano, al igual en parte que la monarquía del siglo III, sólo supo hacer uso de métodos coercitivos para obligar a los decuriones, mercaderes, artesanos y trabajadores agrícolas, a rendir en su trabajo y a

pp. 93 s. (esp. con referencia a lo antiguo *Antike und Abendland*, 3, 1948, pp. 88 s.). Sobre la valoración de la transición de la Antigüedad a la Edad Media en la investigación más reciente, consúltese P. E. Hübing, *ibid.*, pp. 145 s. y esp. K. F. Stroheker, *ibid.*, pp. 206 s. Por lo que se refiere a las distintas teorías acerca de las causas de la decadencia del mundo romano véase la bibliografía de la nota 179.

²⁰⁶ Economía en el Bajo Imperio: A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, pp. 411 s. y 712 s.; manéjese además la bibliografía de la nota 204, así como la obra de G. Mickwitz, *Geld und Wirtschaft im römischen Reich des 4. Jahrhunderts n. Chr.* (Helsingfors, 1932); F. W. Walbank, *The Decline of the Roman Empire in the West* (Londres, 1946); K. Hannestad, *L'évolution des ressources agricoles de l'Italie du 4^{ème} siècle de notre ère* (Kobenhavn, 1962); T. Précheur-Canonge, *La vie rurale en Afrique romaine d'après les mosaïques* (París, 1962). Sobre la importancia de la ciudad, cf., por ej., F. Vittinghoff, en *Vor- und Frühformen der europäischen Stadt im Mittelalter*, ed. por H. Jankuhn, W. Schlesinger, H. Steuer (Gottingen, 1973), pp. 92 s. Véase además del mismo esp. en nota 222.

contribuir al fisco; ese sistema coercitivo fue llevado a su perfección, aplicando el principio de la heredabilidad de los oficios y desarrollando un complejo sistema tributario con gran cantidad de impuestos antiguos y recientes. La falta de libertad y la enorme presión fiscal significaban opresión y agobio para los grupos más extensos de la población, que en el estado sólo veían a un enemigo; pero, por otra parte, sucedía también que ese mismo estado había dejado ya de encarnar los intereses de la capa de grandes propietarios de tierras²⁰⁷.

El carácter despótico de la monarquía imperial se hizo aún más evidente en la época tardorromana que en el siglo III. Los emperadores eran tenidos por «soberanos de la tierra bajo el sol y señores victoriosos» (ILS 8809), por «señores de todas las cosas humanas» (ILS 807); el trato con ellos quedó marcado en adelante por un rígido ceremonial de corte, fuertemente influido por modelos orientales; la desobediencia al soberano no sólo se consideró como un acto criminal, sino como un sacrilegio. La concepción que tenían del emperador paganos y cristianos se diferenciaba en que para los primeros el soberano seguía apareciéndoseles como un Dios (v. gr., Paneg. 12,4,5), mientras que los segundos veían en él a un monarca por la gracia de Dios; pero esto no cambiaba en nada el carácter sacral de su persona, como tampoco la infinita distancia entre soberano y subditos, pues el emperador era también en la visión cristiana el elegido por la *summa divinitas*, a quien ésta «confiaba el gobierno de todo lo terrenal»²⁰⁸. Su situación de poder fue afianzada a partir de las reformas administrativas y militares de Diocleciano y Constantino gracias a un aparato burocrático gigantesco y a un ejército reorganizado (dotado en el siglo IV con unas fuerzas de, al menos, 435.000 hombres, y más probablemente en torno a los 560.000); el aparato de poder comprendía el personal privado del soberano (*sacrum cubiculum*) y el personal de las oficinas de la administración central, que juntos constituían el personal de palacio (*comitatus*), amén de los numerosos funcionarios de la administración civil y de los mandos del ejército en las circunscripciones administrativas superiores y en las provincias del imperio. Los principales cometidos de ese aparato consistían en preservar la unidad imperial y en asegurar el buen funcionamiento del sistema coercitivo de prestaciones laborales y de impuestos. A este mismo fin servía también la administración de justicia, ahora muy intensificada, que tuvo su expresión en una abundante actividad legislativa, así como en la codificación de leyes y en los decretos²⁰⁹. La situación de poder del emperador quedó especialmente

²⁰⁷ Sobre esto, cf. esp. A. Déléage, *La capitation du Bas-Empire* (Macón, 1945); A. H. M. Jones, *Journ. of Rom. Stud.*, 47, 1957, pp. 88 s.; J. Karayannopoulos, *Das Finanzwesen des frühbyzantinischen Staates* (München, 1958); E. Faure, *Etude de la capitation de Dioclétien d'après le Panégyrique VIIH* (París, 1961); I. Hahn, *Acta Ant. Hung.*, 10, 1962, pp. 123 s.; W. Goffart, *Caput and Colonate: towards a History of late Roman Taxation* (Toronto-Buffalo, 1974); A. Cerati, *Caractère annonaire et assiette de Vimpôt foncier au Bas Empire* (París, 1975). Para calibrar la importancia que tuvo la presión fiscal en el divorcio entre sociedad y estado, A. H. M. Jones, *Antiquity*, 33, 1959, pp. 39 s. = *id.*, *The Roman Economy*, pp. 82 s. (en alemán en H. Schneider, ed., *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 100 s.).

²⁰⁸ Opt. Milev., App. 3, Idea del emperador en el Bajo Imperio: W. Ensslin, *Goltkaiser und Kaiser von Gottes Gnaden*. Stiz.-Ber. d. Bayer. Akad. d. Wiss., 1943, Heft 6 (München, 1943); J. Straub, *Vom Herrschendeal in der Spätantike*² (Stuttgart, 1964); A. Alföldi, *Die monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche* (Darmstadt, 1970); cf. además A. Lippold, *Historia*, 17, 1968, pp. 228 s., y J. Béranger, *Mus. Helv.*, 27, 1970, pp. 242 s. Emperador y sociedad: R. Laqueur, en *Probleme der Spätantike, Vorträge...*, por R. Laqueur, H. Koch, W. Weber (Stuttgart, 1970), pp. 1 s. Para la historia de la monarquía tardorromana es fundamental el trabajo de E. Stein, *Histoire du Bas Empire*, I-II (París, 1959).

²⁰⁹ Ejército: véase esp. D. van Berchem, *L'armée de Dioclétien et la réforme constantinienne* (París, 1952); R. I. Frank, *Scholae Palatinae* (Amer. Acad. in Rome, 1969); D. Hoffmann, *Das Spätromische Bewegungsheer*, I-II, *Epigr. Studien*, Bd. 7 (Düsseldorf, 1969-70); números de soldados: cf. esp. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, pp. 679 s. Aparato estatal: véase esp. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire* (reed. Nueva York, 1958), pp. 1 s. A. H. M. Jones, op. cit., pp. 321 s. y 366 s.; A. Chastagnol, *La préfecture urbaine a Rome sous le Bas-Empire* (París, 1960); W. Sinnigen, *The Officium of the Urban Préfecture during the Later Roman Empire* (Amer. Acad. in Rome, 1957); J.-R. Palanque, *Essai sur la préfecture du prétoire du Bas-Empire* (París, 1933); E. Stein, *Untersuchungen über das Officium der Pratorianerpräfekten seit Diokletian* (Wien, 1922); A. E. R. Boak, *Univ. of Michigan Studies, Human. Ser.*, 14, 1924, pp. 1 s., y M. Clauss, *Der magister officiorum in der Spätantike (4-6. Jahrhundert). Das Amt und sein Einfluss auf die kaiserliche Politik* (München, 1980) {magister officii}; J. A. Dunlap, *Univ. of Michigan Studies*, loc. cit., pp. 161 s. {praepositus sacri cubiculi}; A. Demandt, *RE Suppl.* XII (1970), col. 533 s. {magister militum}; P. Weiss, *Consistorium und Comites Consistoriani. Untersuchungen zur Hofbeamtenschaft des 4. Jahrhunderts n. Chr. auf prosopographischer Grundlage*. (Würzburg, 1975). En lo tocante al aparato del estado tardorromano véase asimismo A. Giardina, *As pei ti della burocrazia nel Basso Impero* (Roma, 1977). Evolución del derecho: F. Wieacker, *Recht und Gesellschaft der Spätantike* (Stuttgart, 1965). Característica de la estructura de

realizada por el hecho de que en el ejercicio del poder el senado ya no representaba aquella instancia de control, respetable aún, que había sido en el Alto Imperio; en Occidente, donde los monarcas tenían su sede no en Roma, sino en Tréveris, Milán, Rávena o cualquier otro punto, ni siquiera podían efectuarse ya consultas regulares entre el emperador y el senado.

En el siglo IV este régimen era lo suficientemente fuerte como para mantenerse sólidamente y preservar así la unidad del imperio. Pero, debido a la opresión que estaban padeciendo amplísimos círculos de población, cada vez se vio más privado de apoyos dentro de la sociedad romana; fue así como el gobierno imperial, con su aparato de poder, se convirtió paulatinamente en un fin en sí y para sí, en una pura carga, que no hizo otra cosa que aplastar con su sistema coercitivo a la sociedad civil y que al mismo tiempo impuso un freno a su desarrollo. Desde el inicio de las migraciones bárbaras el estado romano se sintió cada vez más impotente para proteger a sus subditos frente al enemigo exterior, se debilitó simultáneamente con la presión bárbara, siempre en aumento y a una escala inusitada, y tras la bipartición del imperio en el año 395 su desintegración se hizo inevitable. Mientras el imperio romano de Oriente, con unos presupuestos sociales en parte más favorables y una amenaza menor de los bárbaros, podía mantenerse en pie e ir reformando paulatinamente su propio sistema de dominio, el imperio occidental tocaba a su fin en el siglo V. Las repetidas incursiones bárbaras, la momentánea ocupación de la ciudad de Roma primero por los visigodos (410) y después por los vándalos (455), y, sobre todo, la formación de estados territoriales germánicos en suelo romano, como en el norte de África, Hispania y Galia²¹⁰, pusieron de manifiesto con toda nitidez la endeblez de la parte occidental. El final del viejo orden político estuvo marcado aquí por la destitución en el año 476 del último emperador romano en Occidente, Rómulo Augusto, a manos del jefe de mercenarios germano Odoacro.

En estas condiciones, los fundamentos tradicionales de la estratificación social en el imperio tardorromano sufrieron una conmoción mayor todavía que la del siglo III. Debido a las dificultades económicas de Roma, el abismo entre pobre y rico se hizo todavía más profundo. La importancia que se concedía a la cualificación como propietario queda patente en un edicto de Juliano (361-363) sobre el establecimiento de privilegios penales (confiscación de la propiedad en lugar de la pena de muerte, si alguien ocultaba la fortuna de un criminal): el emperador no distinguía entre *honestiores* y *humiliores*, como sucedía en casos semejantes, sino entre *locupletes* y aquellos que *per egestatem abiecti sunt in jaecem vilitatemque plebeiam* (Cod. Theod. 9, 42,5). También se incrementó la diferencia social entre los portadores del poder político y los privados de él, hecho que estaba en correspondencia con las crecientes aspiraciones de dominación manifestadas por el estado; un autor del siglo IV veía dos grupos principales en la sociedad romana de aquel entonces: los *potentes*, por un lado, y los *tenuiores*, los pobres, por otro (Anón., De reb. bell. 2,3). En consonancia con la estructura de dominio de la monarquía tardo-antigua, la situación de poder real en que se hallaba cada grupo social era a todas luces consecuencia de su relación con el soberano, en mayor medida aun que durante los primeros siglos del imperio. El personal de la corte gozaba de más influencia que los senadores corrientes y los puestos de mando más importantes iban a parar a los consejeros permanentes del monarca — cosa tanto más explicable cuanto que no pocos emperadores subían al trono de niños, viéndose llevados desde un primer momento por el aparato del estado. Los grupos de personas más influyentes estaban integrados por los miembros del sagrado consistorio (*consistorium*), que englobaba a los jefes de los departamentos más altos de la administración y que contrariamente al *consilium principis* del Alto Imperio constituía un órgano de carácter permanente, formado por los generales de más relieve, por los servidores personales de más confianza del soberano y también por los dignatarios eclesiásticos conspicuos. Por consiguiente, el prestigio social de que podía gozar la persona dependía, ante todo, de la riqueza poseída, pero también de la amplitud de su parcela de

dominación en el imperio bajorromano es la frecuente utilización de eunucos en el servicio imperial: los emperadores podían servirse de los eunucos influyentes como de un eficiente alto aparato de control, si bien éstos no se integraban jamás en la restante élite dirigente y no podían constituirse en nobleza hereditaria. Léase en particular P. Guyot, *Eunuchen als Sklaven und Vreigelassen in der griechisch-römischen Antike* (Stuttgart, 1980).

²¹⁰ Sobre eso, vid. F. Lot, *Les invasions germaniques et la pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain*¹ (París, 1945).

poder, mientras que la pertenencia a un estamento cerrado había perdido su primitiva significación. El orden ecuestre se vio prácticamente absorbido, por arriba, en el estamento senatorial, y por abajo, en los cuerpos de decuriones — quienes en el Bajo Imperio recibieron a menudo el nombre de *curiales* por su condición de miembros de los consejos municipales (*curiae*). No obstante, amplios grupos de la oficialidad y del funcionariado quedaron excluidos, al igual que antes, del orden senatorial, constituyendo, por debajo de las clases de rango senatorial, sus propios grupos de rango; y, paralelamente, dentro del estamento de senadores se configuró asimismo una nueva jerarquía. Como mejor se aprecia en qué medida los grupos de rango, surgidos en parte ahora llegaron a sustituir a los *ordines* primitivos, es a través de un edicto del año 412, en el que las disposiciones penales contra la herejía aparecían divididas según los distintos grupos de rango. La lista comprende a los *illustres* y *spectabiles* (pertenecientes a las dos clases más elevadas del rango senatorial), a los *senatores* y *clarissimi* (miembros del senado y otras personas de rango senatorial), a los *sacerdotes* (individuos con categoría de sacerdotes provinciales), a los *principales* y *decuriones* (curiales distinguidos y corrientes), a los *negotiatores*, *plebei* (hombres «libres» normales y corrientes en una ciudad o en el campo), a los *circumcelliones* (trabajadores temporeros de las haciendas y personalmente independientes), y aparte son además mencionados los *servi* y *coloni* (Cod. Theod. 16, 5, 52 y 54). Llama aquí la atención el hecho de que las medidas penales para los *sacerdotes* fuesen las mismas para los *senatores*, mientras que los *clarissimi* comparten la misma pena que los *principales*; y también que a los esclavos y colonos, en tanto que integrantes de unas capas a todas luces muy pobres, no se les prevenga, como a los grupos de los escalones más altos de la jerarquía, con una sanción pecuniaria, sino con el azote. Es asimismo digno de notar que una ley del año 382 prescribiese en Constantinopla un atuendo diario acorde con cada categoría a los miembros de los distintos grupos de rango, tales como *senatores*, *milites*, *officiales* (integrantes de la administración civil) y *servi* (ibid. 14, 10, 1).

Una vez reunidos los requisitos de riqueza, poder y prestigio, la inclusión en un determinado grupo de rango no dependía ya para riada del origen regional o étnico del individuo; significativamente, la oficialidad del ejército tardorromano a partir de Constantino fue reclutada en medida creciente entre los bárbaros, sobre todo germanos²¹¹. También la situación jurídica personal no pasó de jugar un papel secundario. La importancia de poseer el derecho de ciudadanía había perdido todo su sentido ya con anterioridad. Pero también la diferencia entre libres y esclavos tuvo, más que nada, una mera significación teórica, puesto que el sistema coercitivo de prestaciones laborales, exacciones tributarias y heredabilidad de los oficios venía a representar una forma nueva de falta de libertad, que afectó por igual a la mayoría de los grupos de población y que en la práctica hizo inoperantes las viejas categorías de libertad y de carencia de ella. Por contra, aumentó muy considerablemente la importancia del origen de la persona en la determinación de la posición social: ello fue una consecuencia inevitable de la heredabilidad de la carrera de decurión, mercader, artesano y colono, algo a lo que todos se veían empujados directa o indirectamente, incluidos los soldados y *officiales*, cuya sucesión en la profesión les venía impuesta por el estado. Lo que la aristocracia de sangre pensaba sobre el nacimiento noble, no podía expresarse mejor que con las palabras del senador Quinto Aurelio Símaco: la sangre esclarecida es algo que se reconoce siempre (Or. 8,3). Empero, tanto la capacidad y el rendimiento puramente personales, como la formación jugaron un gran papel por esos mismos años. Esta curiosa contradicción se explica, por un lado, si pensamos en que las barreras interpersonales, agrandadas con la heredabilidad obligatoria de la posición social, por lo corriente sólo podían ser superadas precisamente a base de esfuerzo individual. Por otro lado, la estructura de dominación del imperio tardorromano no sólo posibilitaba, sino que hasta demandaba el desarrollo de la capacidad personal y del rendimiento individual, siempre que redundasen en beneficio del estado: los intereses de la monarquía imperial radicaban ciertamente en hacer funcionar el sistema de coerción social, pero para ello se hacía necesario un aparato de poder imponente, con lo que el particular podía siempre acreditar su valía y hacer carrera, bien en la burocracia estatal, bien en el servicio militar. A ello se añadían también las posibilidades de ascender socialmente en la iglesia, para lo

²¹¹ M. Waas, *Germanen im römischen Dienst (im 4.Jh. n. Cbr.)*² (Bonn, 1971); cf. K. F. Stroheker, *Germanentum und Spätantike* (Zürich-Stuttgart, 1965), pp. 9 s.

cual no eran precisos un origen distinguido, sino educación, dotes oratorias o capacidad de organización, del mismo modo que dentro de la burocracia imperial.

Dadas estas condiciones, la división social en la época tardorromana se apartaba considerablemente de la imperante en el Alto Imperio. En sus líneas fundamentales la organización de la pirámide social correspondía al modelo que se había constituido durante la crisis del siglo III, si bien llevando hasta sus últimas consecuencias el cambio en la estructura de los estratos superiores e inferiores de la población que se había operado en aquella centuria. Los *honestiores* estaban integrados por grupos sociales realmente heterogéneos y muy escalonados en cuanto a su rango, y dicho escalonamiento iba unido a situaciones muy distintas entre las capas altas en lo referente a la propiedad de la tierra y al disfrute del poder: al estrato superior pertenecían, además de la casa imperial, el orden senatorial, en el que formalmente estaban incluidos también los funcionarios administrativos y los oficiales militares de mayor relieve, y que a su vez aparecía dividido en distintos grupos jerárquicos; además de él, estaban los otros grupos de rango de la oficialidad y del personal administrativo; la capa educada restante, junto con las más altas jerarquías eclesiásticas; y, finalmente, los órdenes locales formados por los curiales, quienes por causa de sus pesadas cargas y de su limitación de movimientos se vieron rebajados casi al nivel de los estratos inferiores. Los *humiliores* de las ciudades y de las comarcas rurales, en cambio, constituían una capa de población relativamente homogénea, cuyos grupos particulares, por sus obligaciones productivas y fiscales, por el constreñimiento laboral a que estaban sometidos, por su fuerte dependencia social, por su pobreza y por su nula reputación, presentaban una serie de rasgos comunes fundamentales. En vista de estos rasgos comunes, y al igual que en el siglo III, esta amplia capa acusaba ciertos caracteres innegables de «clase» social, contrariamente al caso de los estratos superiores, pero, como antaño, seguía faltándole el criterio decisivo en tal sentido, esto es, el de mantener una misma relación con los medios de producción: seguía incluyendo tanto a propietarios directos e indirectos de los medios de producción (artesanos con equipo propio, pequeños campesinos con tierras, colonos en parcelas arrendadas), como a grupos totalmente desposeídos (artesanos en las manufacturas estatales, trabajadores temporeros en la agricultura).

Así, pues, la sociedad romana del Alto Imperio, como en todas las épocas precedentes, se dividía en las dos categorías fundamentales de capas altas y capas bajas, sin que la organización estamental de las primeras fuese tan definitoria como anteriormente. No obstante, la evolución de los órdenes de los curiales, aún más que en el siglo III, apuntaba en la dirección de un nuevo modelo, en el que la nobleza se separaba cada vez más fuertemente de la capa alta de las ciudades. Las notas distintivas de un auténtico «estamento intermedio» no se encontraban realmente entre los curiales²¹², pero las poderosas diferencias sociales que los separaban no sólo de los estratos inferiores, sino también de los terratenientes y de los representantes del poder estatal, eran expresión clara de cuan diferente era en su organización la sociedad tardorromana de la del Alto Imperio, con sus estamentos privilegiados a un lado y las masas de la población humilde al otro. Sintomáticamente, ya desde Constantino se impuso la idea de que la población no se dividía en dos, sino en tres grupos principales: una ley del año 326 diferenciaba entre los poseedores de la *potior dignitas*, los *decuriones* y los *plebei* (Cod. Theod. 13, 5, 5). Amiano Marcelino hablaba de *honorati*, *urbium primates* y *plebei* (14,7,1), y en un edicto del año 409 se habla de los tres grupos de *possessores*, *curiales* y *plebei* (Cod. Theod. 9, 31, 1).

Estratos superiores

La historia de la élite romana dirigente durante la crisis del siglo III parecía haber abocado a una pérdida completa de la posición rectora del orden senatorial en beneficio del estamento ecuestre. Con todo, el resultado de esta evolución política no consistió en que el *ordo senatorius* fuese rebajado a la condición de segundo estamento o que se eclipsase por completo: muy al contrario, del cambio de

²¹² S. Dill, *op cit*, pp. 245 s., la denomina «middle class», al igual que A. Chastagnol, *Le Bas-Empire*, p. 58: «la classe moyenne».

estructura en el siglo III se llegó al resultado a largo plazo eje que los grupos rectores del orden ecuestre quedaron absorbidos en el estamento senatorial, mientras que el *ordo equester* cesó de existir como estamento. En lo tocante al prestigio del orden senatorial, que se basaba tanto en su ya larguísima tradición, como en la riqueza y el renombre de sus miembros, también en el Bajo Imperio se daba por supuesto que tras la persona del soberano era el *ordo senatorius* el que ocupaba el rango social más elevado: como siempre, tenía la consideración de *pars melior humani generis* (Symm., Ep. 1,52), y sus miembros seguían reputándose como *nobilissimi humani generis* (Symm., Or. 6,1). Por consiguiente, el máximo honor que se podía conceder a los oficiales y funcionarios ecuestres con más merecimientos no era, desde luego, el ascenderlos en sus correspondientes escalones de rango, al margen del primer estamento, como en tiempos de Galieno y sobre todo de Diocleciano, sino precisamente el hacerlos entrar en dicho orden. Esta política procedía de Constantino el Grande, quien entre el 312 y el 326 hizo entrar en el orden senatorial a los caballeros mejor situados y simultáneamente convirtió en senatoriales los cargos públicos ecuestres más elevados. Un conspicuo caballero conocido por nosotros, que tras una dilatada carrera ecuestre sería recibido en el rango consular entre los *clarissimi*, fue Cayo Celio Saturnino, un leal compañero del soberano (ILS 1214); muchísimas personas de todas las provincias, sin embargo, llegaban también por aquel entonces al estamento senatorial (Paneg. 10,35,2). Únicamente los caballeros pertenecientes a los grupos de rango de *perfectissimi* para abajo continuaron en adelante excluidos del orden senatorial, y este último escalón de rango, por su apertura a los funcionarios más bajos de la administración y al mismo tiempo por la inclusión en el estamento senatorial de muchos que hasta ahora habían sido *perfectissimi*, sufrió una cierta devaluación. Esta reforma significaba de hecho el fin del orden ecuestre, si bien éste no fue suprimido formalmente; su lugar fue ocupado en el imperio tardorromano en parte por nuevos grupos particulares del orden senatorial, en parte por funcionarios y oficiales de rango inferior. Pero estos últimos ya no constituían un estamento con entidad propia y, en caso de que a lo largo de su vida alcanzasen altos destinos en el servicio al estado, también a ellos se les recompensaba con el rango senatorial²¹³.

Pensar que Constantino hubiese buscado con esta política la restauración del poder del orden senatorial, de forma que su período de gobierno no habría significado la culminación del Dominado, sino su terminación, es algo difícilmente admisible²¹⁴. Más bien, lo que aquél trató de llevar a efecto fue el hacer coincidentes el rango funcional más alto con el rango social más encumbrado. Tampoco consistieron los efectos de su reforma en un renacer de las posiciones de poder senatoriales. Si los senadores alcanzaron nuevas funciones de mando, ello acaeció, sobre todo, en los nuevos cargos al frente de los distintos departamentos de la administración, en los que única y exclusivamente ellos eran los llamados al servicio de la monarquía imperial. Significativamente, en cambio, no les fueron confiados empleo ni destino militar alguno: administración civil y mando militar estaban totalmente separados en el imperio tardorromano (Cod. Iust. 1, 29,1), y los cargos de la alta oficialidad, como los de *duces* (jefes de los ejércitos provinciales), *comités* (comandantes de las fuerzas armadas de movilidad suprarregional) y *magistri militum* (maestres del ejército), no entraban a formar parte de la carrera senatorial; generalmente, los ocupantes de estos puestos no procedían de la nobleza senatorial, sino que por lo común eran oficiales profesionales, a menudo de baja extracción. Los maestros del ejército estaban en posesión del rango senatorial y desde fines del siglo IV todos los demás comandantes militares fueron incluidos en clases de rango senatoriales, pero tal cosa no cambió en nada el hecho de que los pertenecientes a la nobleza senatorial permaneciesen excluidos de los comandos de armas; no eran ellos los que llegaban a situarse

²¹³ Para el orden senatorial en el Bajo Imperio es básico A. Chastagnol, *Rev. Hst.*, 244, 1970, pp. 305 s.; en alemán en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 293 s.; mírese también A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 381 s. Consúltese ahora esp. J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court A. D. 364-425* (Oxford, 1975) Cf. además P. Arsac, *Rev. Hist. de Droit Fr. et El.*, 47, 1969, pp. 198 s. Sobre el fin del orden ecuestre cf. A. Stein, *Der römische Ritterstand*, pp. 455 s. Antigüedad tardía y capa dirigente en general- H. Löhken, *Ordines dignitatum Untersuchungen zur formalen Konstituierung der spätantiken Führungsschicht* (Koln-Wien, 1982). Nobleza militar tardorromana: es fundamental A. Demandt, *Chiron*, 10, 1980, pp. 609 s.

²¹⁴ Es la opinión de un M. T. W. Arnheim, *The senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire* (Oxford, 1972); vid. en contra, por ej., W. Eck, *Gnomon*, 46, 1974, pp. 673 s.

entre los *viri militares*, sino que, por el contrario, eran éstos los que alcanzaban formalmente el rango de senador.

Como consecuencia de la reforma de Constantino el orden senatorial creció considerablemente. Mientras que el número de senadores romanos en el siglo III —en consonancia con la cifra fijada en su día por Augusto— apenas iba más allá de los 600, esta cantidad se vio triplicada, cuando menos, en tiempos de Constantino. A esto se añadió además la constitución de un segundo senado en la recién creada capital imperial de Constantinopla, cuyo número de integrantes, según Temistio (Or. 34,13) ascendió de 300 a 2.000 en el curso de las tres primeras centurias de su existencia. Tendríamos, así pues que contar con unas 4.000 personas aproximadamente de rango senatorial (excluidas las mujeres) hacia mediados del siglo IV, y esta cifra apenas si se redujo en los decenios siguientes, ya que en sustitución de las familias que se iban extinguiendo llegaban los *homines novi*. «Hombres nuevos» fueron aceptados siempre en el orden rector también después de Constantino; la admisión tenía lugar bien en la juventud, con el ingreso en la carrera senatorial a partir, como mínimo, de la pretura, o bien en la edad madura, digamos que tras la realización de grandes servicios durante una carrera militar, en virtud del procedimiento de la *adlectio* en un escalón de rango elevado²¹⁵.

Todas estas alteraciones en la estructura de la capa dirigente romana no pudieron hacer que los distintos grupos de ésta llegasen a cristalizar en un estamento homogéneo. Sólo los privilegios y las obligaciones de sus miembros eran los puntos comunes a cada uno de los grupos de rango senatorial: estaban libres de las cargas e impuestos usuales entre los grandes propietarios urbanos y en las causas penales no sólo quedaban eximidos de los castigos más duros, como el tormento, sino que eran juzgados por tribunales propios de su estamento; en materia financiera estaban obligados tan sólo a un impuesto anual sobre la propiedad fundiaria (*collatio glebalis* o *follis*), a desembolsos en común en ocasiones especiales (*aurum oblativum*) y a la organización de juegos públicos. En consonancia con la estructura económica del imperio tardorromano se trataba normalmente de terratenientes y gozaban de gran prestigio en la sociedad. Pero sus grupos particulares se distinguían ya unos de otros en función de su riqueza y rango; a esto se añadían además otras diferencias por adscripción regional, origen y funciones, amén de la formación, tradición y, no menos, confesión religiosa.

La evolución económica en el imperio tardorromano, que acabó con muchos pequeños y medianos propietarios, favoreció el desarrollo de las grandes fincas senatoriales. Según Amiano Marcelino, para los senadores era una cuestión de prestigio el volumen de ingresos obtenido por sus fincas en las distintas provincias (14, 6, 10). Consistían sus rentas tanto en dinero como en productos agrarios, sobre todo, cereales y vino. La cuantía de estos ingresos variaba mucho de unos grupos senatoriales a otros. A comienzos del siglo V los senadores más acaudalados podían embolsarse anualmente 4.000 libras de oro, y los pertenecientes a la siguiente categoría de los ricos, de 1.500 a 2.000²¹⁶. Los fundos de estos magnates se repartían muy frecuentemente entre regiones muy diversas del *Imperium Romanum*, lo que traía como consecuencia el que estas fortunas se vieses mucho menos afectadas por las incursiones bárbaras y las catástrofes naturales que las modestas explotaciones agrarias de los decuriones. Sexto Petronio Probo, un señalado representante de la renombrada familia de los *Anicii* (cónsul en el año 371), disponía, según Amiano Marcelino (27,11,1), de fincas en casi todo el territorio romano, descollando tanto por semejante riqueza como por la fama de su estirpe y de su poder; Quinto Aurelio Símaco, su contemporáneo más joven (cónsul en 391) y personalidad del mayor relieve entre los senadores paganos, poseía tres casas en Roma, una serie de villas en las proximidades de esta ciudad y en los puntos más bellos de Italia, así como tierras en el Samnio, Campania, Apulia, Sicilia y norte de África. Los *Valerii* pasaban por ser la familia senatorial más rica en el cambio del siglo IV al V, hasta que Valerio Piniano y su mujer Melania vendieron su patrimonio como cristianos convencidos a comienzos del siglo v: contaban con predios en el norte de Italia, Campania, Apulia Sicilia, Galia, Hispania, África, Numidia y Mauritania, con una renta anual, al parecer, de unas 120.000 libras de oro (más 120.000 *solidi* y monedas de oro), amén de una casa en el Celio, en Roma, que ningún senador estaba en condiciones de adquirir,

²¹⁵ Vid. A este respecto, A. Chastagnol, en *Recherches sur les structures sociales dans l'antiquité classique*, pp. 187 s.

²¹⁶ Olympiodorus, Frg. 43 s. (Migne, PG 103, 280).

Otros senadores sólo podían exhibir fortunas considerablemente más pequeñas. El orador y poeta Decimio Magno Ausonio (cónsul en 379), un *homo novus* del senado tardorromano, heredó de su padre, un curial, sólo una parcela de tierra con 50 Has. de labrantío, 25 Has. de viñedos, 12,5 Has. de pastos y más del doble en bosque; los numerosos curiales que tanto en Occidente como en Oriente ascendían al orden senatorial, apenas eran más ricos²¹⁷. Diferencias como éstas en el patrimonio indujeron incluso a Constantino a repartir a los senadores en tres categorías por la cuantía de sus contribuciones rústicas (tres, cuatro u ocho *folles* = «sacos de dinero»), y Teodosio I introdujo a petición del senado una cuarta categoría (con una obligación fiscal de siete *solidi*).

Había otras diferenciaciones entre los distintos grupos de senadores derivadas de su nivel de rango, que no respondían a la cuantía de sus fortunas, sino a la valoración que se hacía de cada uno de los servicios en la administración y a la posición de poder unida a ellos. La jerarquía tradicional de los cargos senatoriales perdió toda su vigencia con la desaparición de muchos puestos a mediados y en la segunda mitad del siglo III y, en especial, a partir de la creación de nuevos servicios en la administración pública bajo Diocleciano y Constantino. Ciertamente no faltaron intentos de rehacer el prestigio de algunos cargos tradicionales, y así, particularmente desde Constantino, al consulado ordinario le fue conferido un rango considerablemente más alto que antes en la carrera funcionarial; no obstante, dicho cargo se vio paralelamente devaluado por el hecho de que los generales bárbaros sin un *cursus honorum* senatorial fueron admitidos también en esta magistratura. Las posiciones de cabeza pasaron ahora a los titulares de unos cuantos cargos antiguos modificados y a los ocupantes de los nuevos puestos de la corte. Eran éstos los prefectos de la ciudad de Roma y Constantinopla, los prefectos del pretorio, los procónsules (de Acaya, Asia y África), el director de palacio (*quaestor sacri palatii*), el jefe de las cancellerías y del personal de seguridad (*magister officii*), el jefe de personal (*primicerius notariorum*) y los dos jefes de los despachos de las finanzas (*comes sacrarum largitionum*, *comes rei privatae*), además del maestre del ejército²¹⁸. Las formas definitivas de la nueva jerarquía fueron fijadas mediante una ley de Valentiniano I en el año 372: el orden senatorial quedó dividido en los tres grupos de rango de los *illustres*, *spectabiles* y *clarissimi*, y las mencionadas posiciones de cabeza fueron repartidas entre los dos primeros grupos de rango. A pesar de que Teodosio I elevó el rango de determinados cargos y alteró así la composición de los grupos de rango tales categorías siguieron vigentes en adelante (lo que no excluía ulteriores diferencias de rango, como, pongamos por caso, entre los miembros del senado y los *clarissimi* «corrientes»); en el siglo V los lugares de honor en el Coliseo, por ejemplo, quedaban reservados según esta jerarquía para los senadores de la ciudad de Roma²¹⁹.

Todavía más heterogéneo resultaba el orden senatorial de época tardorromana como consecuencia de la extracción geográfica de su personal, al tiempo que la constitución de grupos regionales de senadores tuvo unos efectos considerablemente más importantes que en el Alto Imperio, momento en el que los intereses y los ideales políticos comunes se habían sobrepuesto a las diferencias entre cada uno de los grupos regionales. Primero se creó una marcada separación entre los senadores de Occidente y los de Oriente: los primeros pertenecían al senado de Roma, los segundos al de Constantinopla. Mientras que la cámara romana podía exhibir a muchas familias de renombre y abolengo, como, por ejemplo, los *Anicii*, *Ceionii* o *Valerii*, en el senado de Constantinopla predominaban, al menos en sus primeras generaciones, los advenedizos, a tal punto que esta corporación sólo fue considerada como un *senatus secundi ordinis* (Exc. Val. 1,30). Por otra parte, los senadores occidentales eran más nobleza terrateniente que los orientales, entre los cuales no pocos se habían elevado desde los medios artesanales de Constantinopla (Libanio, Or. 42,11 y 22 s.); asimismo, los primeros eran en líneas generales más conservadores que los segundos en cuanto al modo de ver las cosas, lo que se puso sobre todo de manifiesto en la vehemente

²¹⁷ *Valerii*: Gerontius, Vita Melaniae 1 s.; Símaco: J. A. McGeachy, *Quintus Aurelius Symmachus and the senatorial Aristocracy of the West* (Chicago, 1942), y R. Klein, *Symmachus* (Darmstadt, 1971). Hacienda de Ausonio: R. Etienne, *Bordeaux antique* (Bordeaux, 1962); pp. 351 s. Cf. además esp. S. Dill, *Roman Society*, pp. 143 s. y 167 s.

²¹⁸ Consulado: A. Chastagnol, *Rev. Hist.*, 219, 1958, pp. 221 s. Nuevos cargos: bibliografía en nota 209.

²¹⁹ A. Chastagnol, *Le sénat romain sous le règne d'Odoacre. Recherches sur l'épigraphie du Colisée au Ve siècle* (Bonn, 1966).

oposición de amplios círculos senatoriales de Occidente al cristianismo. Pero también en la mitad occidental del imperio se constituyeron grupos regionales muy marcados, y en ello desempeñó no poca importancia el hecho de que muchos grandes propietarios senatoriales vivían siempre en su tierra natal y dentro de su estamento sólo mantenían contactos con sus vecinos; primordialmente como consecuencia de las invasiones bárbaras, que podían poner en serio peligro los dominios senatoriales en una región, se desarrollaron entre estos grupos intereses particulares muy claros, que no siempre coincidían con los de los otros círculos y sólo ocasionalmente con los del poder central. Los grupos regionales más poderosos en las provincias occidentales estaban integrados por los magnates de Hispania y en particular de la Galia, aunque también del norte de África, donde se encontraban extensos predios senatoriales. Pero también en la propia Roma se había consolidado un grupo senatorial realmente vigoroso. Sus componentes vivían bien allí o bien en sus villas itálicas, intervenían en la actividad senatorial y, por lo demás, eran personas políticamente comprometidas; sabedores con orgullo de que ellos conservaban las más antiguas y acrisoladas tradiciones de Roma, reivindicaban para sí una especial consideración y sostenían al mismo tiempo una lucha cerrada contra la iglesia, en la que veían un peligro para el *mos maiorum* y, consiguientemente, para los fundamentos del estado romano. El círculo que cuajó en torno a Quinto Aurelio Símaco, en la segunda mitad del siglo IV, personificaba este grupo a la perfección, y Símaco mismo, el «primer» senador de su tiempo (Socr. 5,14), hijo de un renombrado senador, titular de cargos públicos y a la vez hombre comprometido en calidad de pagano influyente, era un claro exponente de sus intereses e ideales²²⁰.

Pero, como mejor se expresaban las diferencias sociales existentes dentro del primer estamento era en la forma de hacerse senador. A un lado se encontraban los descendientes de familias senatoriales y también aquellos «hombres nuevos» que podían acceder al estamento rector en su juventud, y al otro lado quedaban los funcionarios de la administración y en particular los generales de baja extracción, que sólo tras una larga carrera en el aparato funcional o en el ejército accedían al rango senatorial en edad avanzada. Los primeros habían heredado ya sus fortunas de sus antecesores en la mayor parte de los casos, aprendían con la mocedad a comportarse como personas distinguidas, disponían muy a menudo de una buena formación en las disciplinas tradicionales, como el derecho, la oratoria, la literatura, la historia, y ya desde los cargos más bajos, como la cuestura y pretura, se ejercitaban en las virtudes senatoriales; se constituían de este modo en una nobleza consciente de sus tradiciones y respetada en general. Símaco representaba de forma muy paradigmática este tipo de aristócrata tardorromano. Los funcionarios del estado y comandantes militares de origen humilde llegaban a asimilarse a esta nobleza con mucha más dificultad de lo que lo hicieran en el Alto Imperio los caballeros de mayor relieve acogidos en el orden senatorial. Esto venía fundamentalmente motivado por el hecho de que tales *homines novi* por regla general no ascendían ahora hasta el rango senatorial partiendo de un nivel social relativamente elevado, como la mayoría de los ecuestres en tiempos del Principado, sino de condiciones sociales a menudo extremadamente humildes. Sexto Aurelio Víctor, por ejemplo, el historiador, procedía de una sencilla familia de campesinos africanos y se abrió paso hasta la *vita honestior*, al final incluso hasta la prefectura de la ciudad de Roma, gracias a su educación (Caes. 20,5). En todo caso, para estos «hombres nuevos» al servicio de la burocracia imperial la actividad en los departamentos de la administración civil y la formación necesaria para ello suponían siempre un factor de acercamiento y vinculación a los miembros de la nobleza. En cambio, entre la nobleza y los generales tales vínculos se echaban en falta casi por completo. Los militares eran muy frecuentemente de origen bárbaro o mediobárbaros, como en el caso del maestre del ejército Flavio Estilicón, hijo de un oficial vándalo y una romana; sus carreras, como la de Estilicón, *ab ineunte aetate per gradus clarissimae militiae ad columen regiae adfinitatis evectus* (ILS

²²⁰ Senado de Constantinopla: P. Petit, *L'Ant. Class.*, 26, 1957, pp. 347 s.; A. Chastagnol, *Acta Ant. Hung.*, 24, 1976, pp. 34 s.; F. Tinnefeld, *Die früh-byzantinische Gesellschaft*, pp. 59 s. Hispanos: K. F. Stroheker, *Germanentum und Spätantike*, pp. 54 s.; galos: *id.*, *Der senatorische Adel in spätantiken Gallien* (Tübingen, 1948); cf. W. Held, *Klio*, 58, 1976, pp. 121 s. Africanos: M. Overbeck, *Untersuchungen zum afrikanischen Senatsadel in der Spätantike* (Frankfurt, 1973). Senadores de la ciudad de Roma: véase las notas 217 y 219. Sobre la estratificación en el seno del orden senatorial, cf. T. D. Barnes, *Pboenix*, 28, 1974, pp. 444 s. (*nobilitas* en la época tardorromana).

1278), se desenvolvían dentro del ejército, con el que la nobleza ya no tenía nada que ver. Consecuentemente, muchos oficiales de la más alta graduación no se ajustaban ni en lo más mínimo a los ideales educativos del orden senatorial; un Vetrano, el maestro del ejército en Ilírico proclamado emperador por sus tropas en el año 350, era analfabeto y pasaba incluso por *prope ad stultitiam simplicissimus* (Epit. de Caes. 41,25).

Muy diferentes eran también la visión de las cosas y los ideales de los distintos círculos senatoriales. Los frentes entre paganos y cristianos levantaron dentro del estamento barreras ideológicas adicionales; mientras que los primeros insistían en ejercitar todas las virtudes *ad exemplum veterum* (ILS 1243), los senadores cristianos exhibían en su comportamiento modos «no romanos», como Valerio Piniano, que repartió entre los pobres las inmensas sumas obtenidas con la renta de sus bienes. Ciertamente que bajo la presión del estado a comienzos del siglo V la mayoría de las familias senatoriales, al menos formalmente, se convirtieron al cristianismo, pero no por ello dejó de arriesgar en estos círculos, siquiera en Roma, una violenta campaña de propaganda contra la iglesia²²¹. Sólo más tardíamente sería capaz la aristocracia senatorial de llegar a una síntesis entre la tradición antigua y la concepción cristiana, como podemos ver encarnada en el caso de Boecio (muerto en 524).

Más acusada aún se hizo la desintegración de las capas sociales superiores en el imperio tardorromano por la circunstancia de que amplios grupos de ellas no sólo quedaban excluidos del orden senatorial, sino que además, debido a sus funciones, estilo de vida e ideales, encarnaban intereses en parte muy distintos a los de la nobleza tradicional dentro del primer estamento. Estos eran los amplios sectores de los *officiales* y de los mandos militares integrados en la clase de rango de los *clarissimi*, además de los intelectuales, y entre estos, sobre todo, los representantes de la jerarquía eclesiástica. La situación financiera generalmente desahogada gracias a la percepción de un sueldo fijo, los privilegios fiscales y penales, las favorables condiciones de ascensión social y, no en menor medida, la considerable influencia política, cualificaban a estos grupos como parte integrante de la alta sociedad. Cuan elevado era el prestigio de los príncipes de la iglesia en la corte imperial, nos lo muestra, por ejemplo, el ascendiente del obispo de Milán, Ambrosio, sobre Teodosio I. Pero precisamente, el diferente nivel intelectual y los diferentes ideales espirituales de los mencionados grupos evidenciaban con suficiente claridad que ellos no podían funcionar ya como aquel soporte unido de la monarquía imperial que habían sido durante el Principado los órdenes de senadores, caballeros y decuriones. Los oficiales eran muy a menudo bárbaros faltos de una educación a la romana; entre los *officiales* había tanto paganos instruidos, como cristianos; los representantes más conspicuos de la intelectualidad eran en parte paganos comprometidos y en parte cristianos fervientes, los últimos de los cuales se descomponían a su vez en distintos grupos, en tanto que partidarios de la ortodoxia o de tal o cual herejía, y pugnando siempre entre sí.

Así pues, a la monarquía imperial tardorromana faltábale ese estrato superior suficientemente homogéneo y con intereses uniformes en el que poder apoyarse. A tal estado de cosas contribuía muy especialmente la posición de los *curiales* en la sociedad tardoimperial. En muchos sentidos los curiales eran parte de las capas superiores privilegiadas. Todavía en el siglo IV, muy particularmente, no eran pocas las personas a quienes parecía un ascenso social apetecible la entrada en el orden de curiales de una comunidad. Los curiales eran propietarios de tierras y, si en determinadas circunstancias, como en el caso de un rescripto del año 342, bastaba la posesión de una superficie de 25 *iugera* (6,3 Has., aproximadamente treinta veces menos de lo poseído por Ausonio en Burdeos) para la cualificación de curial, lógicamente también había curiales ricos, que constituían la capa de los *principales* en las distintas ciudades; éstos eran, según Símaco, los *optimates* (Ep. 10,41) y, según Ausonio, los *proceres* (Mosell. 402) de la población urbana. También poseían los curiales privilegios penales, prestigio y hasta poder

²²¹ Conversiones: véase en particular A. Chastagnol, *Rev. d. Etudes Anc.*, 58, 1956, pp. 241 s.; P. R. L. Brown, *Journ. of Rom. Stud.*, 51, 1961, pp. 1 s. En lo referente a la cristianización de la aristocracia imperial manéjese el libro de R. v. Haehling, *Die Religionszugehörigkeit der hohen Amtsträger des Römischen Reiches seit Constantins I. Alleinherrschaft bis zum Ende der Theodosianischen Dynastie* (Bonn, 1978). Propaganda pagana: véase esp. A. Alföldi, *Die Kontorniaten. Ein verkannies Propagandamittel der stadtrömischen Aristokratie in ihrem Kampf gegen das christliche Kaiser tum* (Budapest, 1943); cf. más recientemente A. Alföldi-E. Alföldi, *Die Kontorniat-Medaillons*. I.^a parte: *Katalog* (Berlín, 1976).

sobre sus paisanos: a juicio de Salviano, el curial era un tirano en su ciudad, que creía incluso tener honor y poder (De gub. Dei 5,18). En el álbum de la ciudad africana de Thamugadi, posiblemente del año 363, fueron incluidos 190 miembros del *ordo* local con sus antiguos títulos y según el orden de rango tradicional, y todavía un siglo más tarde se expresaba a los curiales todo el reconocimiento imperial: en la séptima novela del emperador Mayoriano se hacía notar que *curiales nervos esse rei publicae ac viscera civitatum nullus ignorat*. Aun así, los cargos públicos que habían revestido los individuos del *ordo* de Thamugadi no representaban otra cosa que *munera pata* la mayoría de los curiales, y la función *alabada* en ellos por Mayoriano no era otra que la de los servicios realizados en pro del estado²²².

Concretamente, a partir de la legislación de Constantino el Grande sobre los curiales, los integrantes de este estrato no fueron tratados ni gravados de modo muy distinto a los no libres. La heredabilidad obligatoria del *status* de curial no fue realmente prescrita por ley, pero de hecho se *trataba* de algo generalmente impuesto, toda vez que los hijos de las familias de curiales eran inscritos por lo común en las *curiae* en virtud de su situación económica. Para completar las *curiae* se recurrió a otras medidas coactivas; así, por una ley de una ciudad del año 317, en el estamento de los curiales habían de entrar también aquellas personas de más fortuna que se detenían allí como *incolae* sólo pasajeramente o que siendo forasteros poseían en sus cercanías bienes raíces (Cod. Theod. 12, 1, 5). La libertad de los curiales se vio enormemente recortada. Sólo con permiso del gobernador podían abandonar sus comunidades, incluso cuando por asuntos de la ciudad deseaban visitar al emperador; caso de que se ausentasen más de cinco años, les eran confiscadas sus propiedades; les fue asimismo prohibido el instalarse con carácter permanente en sus fincas rurales fuera de la ciudad; hasta para vender el propio fundo precisaban de una autorización del gobernador²²³. Con mucho, sin embargo, lo peor para ellos eran los servicios obligatorios a los que estaban sometidos. Los curiales eran responsables en sus respectivas ciudades del aprovisionamiento de cereal, del orden ciudadano y de las obras públicas, y al revestir las magistraturas habían de costear los juegos públicos; a más de esto, tenían que llevar las finanzas de sus comunidades y asumían toda la responsabilidad civil en caso de endeudamiento público; pero, sobre todo, a ellos tocaba la recaudación en sus ciudades del impuesto sobre las personas y la tierra, y ciertamente bajo la amenaza de severas penas en caso de negligencia y la prescripción de responsabilidad personal por las recaudaciones. Como «tiranos» aparecían los curiales ante sus conciudadanos, en especial por causa de ese último cometido que les venía impuesto, y esa hábil maniobra de la política imperial, consistente en hacerlos recaudadores de impuestos en sus propias comunidades, contribuyó considerablemente a la exacerbación de los antagonismos sociales en el imperio tardorromano. Pero, al contraer estas obligaciones, que dadas las condiciones económicas de la época no siempre, desde luego, podían ser atendidas, los curiales se convertían ellos mismos también en víctimas del estado. En tales circunstancias era ilusorio hablar ya de autonomía administrativa de las ciudades; las funciones más importantes en la administración municipal estaban en manos del *curator*, en tanto que supervisor colocado por el gobierno de las finanzas urbanas. No tiene nada de extraño, pues, que el rango de curial fuese sentido por muchos de ellos no como un privilegio, sino realmente como un castigo. Significativamente, en el año 375 el

²²² Una visión de conjunto en A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 392 s.; F. Tinnefeld, *Die frühbyzantinische Gesellschaft*, pp. 100 s. Cf. F. Vittinghoff, en Vittinghoff (ed.), *Stadt und Herrschaft*, pp. 107 s., quien previene con razón contra afirmaciones generalizadoras acerca de la desfavorable situación de los curiales en la época tardorromana, pero que en conjunto traza un cuadro en exceso optimista. Respecto del álbum de Thamugadi, vid. A. Chastagnol, *L'Album municipal de Timgad* (Bonn, 1978). Por lo que se refiere a la capa alta urbana en el norte de África en época tardorromana, cf. T. Kotula, *Les principales d'Afrique. Etude sur l'élite municipale nord-africaine au Bas-Empire romain* (Wroclaw, 1982). *Munificentia* privada en las ciudades de Italia durante la baja época: St. Mrozek, *Historia*, 27, 1978, pp. 355 s.

²²³ Prescripciones citadas: Cod. Theod. 12, 1,9; 12, 1,143; 12,8,1 s.; 12,3,1 s. Heredabilidad: Th. Mommsen, *Gesammelte Schriften*, III (Berlín, 1907), páginas 43 s., pero véase también A. H. M. Jones, *Eirene*, 8, 1970, pp. 79 s. = del mismo, *The Roman Economy*, pp. 396 s. Legislación de Diocleciano, Constantino y sus sucesores sobre los curiales: C. E. Van Sickel, *Journ. of Rom. Stud.*, 28, 1938, pp. 9 s. (Diocleciano); J. Gaudemet, *Tura*, 2, 1951, pp. 44 s. (Constantino); M. Nuyens, *Le statut obligatoire des decuriations dans le droit constantinien* (Louvain, 1964); W. Schubert, *Zeitschr. Sav.-Stift.*, Rom. Abt., 86, 1969, pp. 287 s. (4.-6. siglos). Cf. además W. Langhammer, *op. cit.* (*supra* nota 139).

gobernador arriano de la diócesis del Ponto tomó contra los cristianos ortodoxos una medida punitiva que antes hubiera sido inconcebible: hacer entrar a sus enemigos en las listas de curiales de las ciudades²²⁴.

Muchos curiales aprendieron la lección y se esforzaron de distintas maneras por escapar a estas cargas. La huida de los curiales de las ciudades fue objeto repetido de la legislación tardorromana; por ella sabemos que muchos individuos de los estratos urbanos superiores no sólo huían al ejército, donde mejor podían escurrir el bulto, pese a la prescripción de regreso a sus curias (Cod. Theod. 12, 1, 22), sino que también ideaban refinados métodos, como, por ejemplo, la obtención del valimiento de un latifundista poderoso tras mantener una relación con cualquiera de sus esclavas²²⁵. La prohibición en el año 319 de este subterfugio fue más tarde incorporada al Código de Teodosio (12,1,6) y al de Justiniano (5,5,3); pero tanto esta forma de huida, como las practicadas siguiendo otros métodos, no dejaron de repetirse en el futuro. En realidad, las reiteradas disposiciones no pudieron impedir la despoblación de las curias. El que incluso una ciudad tan grande como Cartago no contase con suficientes curiales, fue cosa ya denunciada en el año 339 (Cod. Theod. 12,1,27). En los años ochenta del siglo IV escribía Libanio que en su ciudad natal de Antioquía en Siria, donde había llegado a haber 600 curiales o tal vez el doble, ni siquiera 60 eran ya los disponibles (Or. 48, 4). Por los mismos años en las ciudades capadocias era tan fuerte la falta de curiales que en una ocasión hasta se inscribió entre ellos a un niño de cuatro años en calidad de heredero de una fortuna (Basilius, Ep. 84,2). En el año 429 se comprobó que en África cabía encontrar *nullus paene curialis idoneus in ordine cuiusquam urbis* (Cod. Theod. 12, 1, 186). Del año 445 procede un decreto, según el cual el *ordo* de una ciudad, cuando sólo declarase tres curiales, había de considerarse entonces autorizado para trabajar (Nov. Val. 13,10). Estos hechos mostraban claramente la decadencia del estamento de los curiales y, consiguientemente, también el funesto debilitamiento de la vida municipal en las regiones afectadas. Si bien es verdad que el despoblamiento de las curias no era atribuible exclusivamente a las cargas y obligaciones insoportables, y si la situación en las distintas partes del imperio podía ser muy variable, la tendencia general descrita resultaba imparable.

Estratos inferiores

Mientras que los *honestiores* del Bajo Imperio se desintegraban en numerosas capas de muy diferente posición social, los distintos estratos de población de los *humiliores* iban unificándose cada vez más. Su nivelación se ponía de manifiesto en el empobrecimiento general registrado en la ciudad y el campo, al igual que en la merma de libertad de las masas de población rurales y urbanas, la cual tenía su razón de ser en las ataduras económicas, sociales y políticas contraídas, y todas ellas muy relacionadas entre sí. La esclavitud había perdido ya antes toda su significación como institución económica y social. «Pero el resultado fue no que ésta diese paso al trabajo libre, sino que, al mismo tiempo que con ella, su concurrente, el trabajo libre, se vino también abajo. Las nuevas condiciones que se hubieron consolidado desde fines del siglo III, no volvieron ya a conocer trabajo libre alguno, solamente constreñimiento a trabajar en el caso de los órdenes convertidos en hereditarios, en el de la población campesina y de los colonos, al igual que entre los artesanos y las corporaciones— del mismo modo que entre los munícipes, hechos ahora los sujetos principales de las cargas fiscales»²²⁶.

La esclavitud no se extinguió ni en las ciudades ni en el campo durante el Bajo Imperio. En Cartago, según San Agustín, en casi todas las familias había esclavos, y en Cirene, al decir de Sinesio, incluso en todas las casas; en la Antioquía de los tiempos de Libanio un propietario de dos o tres esclavos no se contaba entre la gente rica. En las tierras sicilianas de los *Valerii* senatoriales todavía estaban ocupados

²²⁴ Basilius, Ep. 237,2; a este respecto, vid. R. Teja, *Capadocia*, pp. 181 s.

²²⁵ Vid. sobre ello W. Seyfarth, *Soziale Yragen*, pp. 82 s. En lo referente a, la huida de los decuriones en Capadocia, cf. Th. A. Kopecek, *Historia*, 23, 1974, pp. 319 s., y R. Teja, *op. cit.*, pp. 18 s. Para Antioquía, cf. P. Petit, *Libanius et la vie municipale a Antioche au IVe siecle après J.-C.* (París, 1955), y esp. J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire* (Oxford, 1972), sobre la huida de los curiales, pp. 174 s.

²²⁶ Eduard Meyer, *Kleine Schriften*, I (Halle, 1924), p. 212.

400 *serví agricultores* a finales del siglo IV y comienzos del V, y por esa misma época trabajaban *servuli* en las grandes explotaciones agrícolas de Hispania²²⁷. Fuentes de aprovisionamiento al margen de la proliferación natural de las familias de esclavos tampoco faltaban. La exposición de niños está atestiguada también en el Bajo Imperio como fuente de reposición de esta mano de obra, y era frecuente que las personas endeudadas vendiesen a sus hijos pequeños como esclavos; se podía también comprar esclavos de los bárbaros y ocasionalmente los prisioneros de guerra de estas nacionalidades eran esclavizados, incluso en grandes cantidades, como en el año 406 las de los germanos que irrumpieron en Italia bajo el mando de Radagaiso. En la doctrina jurídica los esclavos seguían siendo considerados como una categoría aparte y todavía en las Instituciones de Justiniano (527-565) prevalecía el criterio de la libertad individual o de su carencia como la nota distintiva más importante desde el punto de vista de los derechos de la persona²²⁸.

Ello no obstante, la diferenciación entre libertad y no libertad en el sentido tradicional tenía ahora poca importancia en el marco de las relaciones sociales. La nivelación se reflejó claramente hasta en el desarrollo jurídico. Por un lado, en el siglo IV la situación jurídica de los esclavos conoció una mejora merced a distintas leyes, siendo en muchos sentidos equiparados éstos a los libres. Así, se defendió al esclavo cristiano contra el amo judío; la castración de los esclavos fue perseguida; incluso los castigos corporales quedaron tolerados sólo como último remedio disciplinario²²⁹. Un tono particularmente humanitario late en la ley constantiniana del año 325, prohibiendo la separación por venta de los miembros de una familia esclava entre diferentes propietarios (Cod. Theod. 2,25,1). Pero, por otro lado, las masas de población «libres» se vieron en gran medida reducidas al nivel de los esclavos debido a hechos tales como la prohibición de elegir lugar de residencia y profesión, o como la imposición de prestaciones de trabajo y de contribuciones al fisco. Fue particularmente en el tratamiento de los colonos donde hasta la propia teoría jurídica poco a poco dejó de hacer diferenciación entre «libres» y «no libres»²³⁰. Por su atadura a la gleba (*adscriptio glebae*) los colonos se consideraban ya a finales del siglo IV como «esclavos de la gleba»: *et licet condicione videantur ingenui, servi tamen terrae ipsius cui nati sunt aestimentur* (Cod. Iust. 11,52,1,1). Pero también las obligaciones tributarias frente a los terratenientes representaban para ellos una atadura personal muy fuerte, hasta tal punto que incluso en la teoría jurídica aparecían casi como esclavos de los señores de la tierra; por eso, en ocasiones la legislación imperial hablaba incluso de los colonos como «posesión» (Cod. Theod. 4, 23,1). Los derechos de propiedad les fueron arrebatados lo mismo que a los esclavos, quienes sólo con el beneplácito del dueño podían disponer de un *peculium* propio: los colonos tenían el derecho de adquirir bienes, pero no el de enajenarlos, y aquello que adquirían, jurídicamente hablando, no les pertenecía a ellos, sino a los señores de la tierra (Cod. Iust. 11, 50, 2, 3). De ahí que Justiniano pudiese afirmar con razón que entre *servi* y *adscripticii* (colonos adscritos a la gleba) no había en realidad diferencia alguna: ambos estaban sometidos a la *potestas* de un señor, y mientras que el esclavo podía obtener la libertad con sus medios de fortuna, el colono era enajenado junto con el trozo de tierra en el que trabajaba (ibid. 11, 48, 21, 1). Las condiciones en que se desenvolvía la vida diaria de los esclavos y de los «libres» apenas ofrecían

²²⁷ Cartago: Augustinus, Enarr. in Psalm. 124,7; Cirene: Synesios, De regno 15; Antioquía Libanios, Or. 31,11; Sicilia: Gerontius, Vita Melaniae 18; Hispania: Oros., Hist. adv. pag. 7, 40,6. Esclavitud de época tardorromana en las ciudades: I. Hahn, *Annales Univ. Se. Budapestinensis*, Sectio Hist., 3, 1961, pp. 23 s., como también en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 128 s. (sobre el trabajo libre y esclavo en la ciudad tardoantigua, y también fundamental sobre la capa artesanal); en el campo: W. L. Westermann, *Slave Systems*, pp. 128 s.

²²⁸ Iust., Inst. 1, 3, 7. Esclavitud y pensamiento jurídico: W. Seyfarth, *Soziale Fragen*, pp. 127 s. Esclavización de los bárbaros en el año 406: Oros., Hist. adv. pag. 7, 37, 16. Sobre la consideración de la esclavitud en el pensamiento político de la época tardoantigua, consúltase I. Hahn, *Klio*, 58, 1976, pp. 459 s.

²²⁹ Cod. Theod. 16, 9, 1; Cod. Iust. 4,42,1; Cod. Theod. 12, 1, 39. Esclavos cristianos: P. Allard, *Les esclaves chrétiens depuis les premiers temps de l'église jusqu'à la fin de la domination romaine en Occident*⁶ (París, 1914).

²³⁰ Colonato: véase la bibliografía de las notas 166 y 195; para el Bajo Imperio consúltase además esp. M. Pallasse., *Orient et Occident, à propos du colonat romain au Bas-Empire* (Lyon, 1950); A. H. M. Jones, *Past and Present*, 13, 1958, pp. 1 s. = *id.*, *The Roman Economy*, pp. 1 s. (en alemán: H. Schneider ed., *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 81 s.); del mismo, *The Later Roman Empire*, pp. 795 s.; D. Eibach, *Untersuchungen zum spätantiken Kolonat in der kaiserlichen Gesetzgebung unter Berücksichtigung der Terminologie* (Bonn, 1977).

diferencias, y ciertamente no sólo en las fincas agrícolas, sino también en las ciudades; según Libanio, los artesanos nominalmente libres, si no querían morir de hambre, habían de trabajar más duro que los esclavos (Or. 20,37). A esto se añadía el desprecio que todos los *humiliores* por igual, nominalmente libres o no libres, habían de padecer por parte de los poderosos: los edictos imperiales, elocuentemente, empleaban la palabra *faex* («hez») tanto para el pueblo bajo en general como para los esclavos²³¹.

Evidentemente, también había diferencias sociales dentro de la amplia capa de los *humiliores*, en principio, entre la población de las ciudades y del campo, pero también entre los grupos particulares en la ciudad o en el campo, impuestas por la profesión, las relaciones de propiedad y las formas de dependencia frente a los *honestiores*. Entre la *plebs* urbana y campesina no sólo se daba una diferenciación en cuanto a lugar de residencia y a profesión, sino también en lo tocante a la posición social. La *plebs rusticana* fue definida bajo Diocleciano como aquel grupo de población que vive fuera del lugar central amurallado, que satisface la correspondiente tributación en productos agrarios (*annona*) y que está obligado al pago de un impuesto sobre la persona (*capitatio*) (Cod. Iust. 11, 55, 1). A la *plebs urbana*, en cambio, Diocleciano concedió la exención del impuesto personal, privilegio que Constantino confirmó en el año 313 (Cod. Theod. 13,10,2); las obligaciones de este estrato consistían en impuestos aparte, como la *collatio lustralis*, un impuesto sobre el patrimonio que los comerciantes habían de pagar cada cinco años en oro, y, sobre todo, las prestaciones en trabajo. A esto se sumaba todavía una ulterior diferenciación social: las masas de población rural tenían al mismo tiempo que cubrir la mayor parte de las cargas fiscales necesarias para el sostenimiento del aparato estatal y cumplir con las obligaciones a ellos impuestas por los señores de la tierra; los hombres de la manufactura y del comercio en los centros urbanos, por el contrario, teóricamente sólo debían satisfacer un requerimiento impuesto por el estado. Así, pues, frente a las masas rurales, los habitantes de las ciudades gozaban de muchas ventajas, y al menos en determinados casos, a éstas podía sacársele el debido partido; en Antioquía, por ejemplo, el siglo IV conoció personas del mundo del comercio y la artesanía bien situadas económicamente, que fundamentalmente lo que hicieron fue aprovecharse de la capacidad adquisitiva del importante funcionariado estatal allí residente. Pero, es improbable que en el imperio tardorromano hubiese mediado entre la *plebs urbana* y la *plebs rustica* un foso de separación tan marcado como en el Alto Imperio: las cargas de la población ciudadana eran ya suficientemente pesadas, la pobreza y la miseria adquirirían grandes proporciones en muchas ciudades, y el control directo del estado resultaba a menudo mucho más terrible que la opresión del señor de la tierra; estaba además el hecho de que el trabajador de una finca podía siempre encontrar, precisamente en el señor de la tierra, una cierta protección contra los abusos del más grande explotador, el estado, al paso que un comerciante o un artesano de la ciudad estaba casi inerme frente a, pongamos por caso, cualquier funcionario corrupto de la administración. Es algo de sobra conocido, por lo demás, a qué grado de corrupción podían llegar los funcionarios del estado, incluso los de más alto rango, en las condiciones creadas por la estructura de dominio tardorromana (v. gr., Amm. Marc. 28, 6, 7 s.)²³².

La *plebs urbana* englobaba a los comerciantes, artesanos, al personal inferior de la administración local, al servicio doméstico de la capa alta en las ciudades y a los trabajadores ocasionales más pobres. Consiguientemente, y particularmente en las ciudades mayores, estaba compuesta no sólo por los nominalmente «libres», sino también por los esclavos y, en menor medida, por los libertos; los esclavos constituían allí el personal de la casa de los ciudadanos más ricos y fueron aprovechados también para las necesidades de la administración local, sin que faltasen tampoco en el estrato de los artesanos. En las grandes ciudades del *Imperium Romanum*, sobre todo, y también en muchas otras ciudades de su mitad oriental, las capas comerciantes y artesanales alcanzaban unas proporciones más considerables aun, especialmente en el siglo IV. Libanio atestigua para Antioquía la existencia de panaderos, verduleros, plateros, orives, posaderos, barberos, picapedreros, perfumeros, metalúrgicos, zapateros, tejedores,

²³¹ *Faex... plebeia*: Cod. Theod. 9, 42, 5; cf. asimismo *vulgaris faex* en Amm. Marc. 26, 7, 7; *servilis faex*: Cod. Theod. 16, 5, 21 y 6, 27, 18.

²³² Comerciantes y artesanos en Antioquía: J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 59 s. Corrupción en la antigüedad tardía: K. L. Noethlichs, *Beamtentum und Dienstvergehen. Zur Staatsverwaltung in der Spätantike* (Wiesbaden, 1981); W. Schuller (ed.), *Korruption im Altertum. Konstanzer Symposium Oktober 1979* (München-Wien, 1982).

tenderos, comerciantes del textil; sólo en Roma, según la *Notitia urbis Romae*, había 254 pequeñas panaderías. En Constantinopla, por lo que cuenta San Juan Crisóstomo, uno se encontraba a cada paso con zapateros, tejedores y bataneros, y, a juzgar por las palabras de Temistio, esta misma ciudad estaba llena de hospederos, maestros de obra y otros artesanos²³³. Muchas personas ligadas a la manufactura estaban ocupadas en pequeñas empresas de su propiedad, aunque no faltaban, desde luego, establecimientos privados de más envergadura, con mano de obra servil o libre. Las «grandes empresas», sin embargo, eran las manufacturas estatales (*fabricae*), que nacieron en el imperio tardorromano con el objetivo de eliminar o, cuando menos, paliar los problemas de suministro padecidos por el estado, y particularmente por el ejército, a base de una producción artesanal ajustada a tal demanda. Según la *Notitia Dignitatum*, en Occidente había 20 y en Oriente 15 de estas «fábricas»; la mayoría de ellas estaban para producir un determinado tipo de artículos, como lo era la fabricación de escudos en Lauriacum, Carnuntum y Aquincum, de arcos en Ticinum, de flechas en Concordia, de uniformes en Tréveris y en otros lugares; en estas empresas trabajaban operarios de nacimiento libre y también esclavos, y entre estos últimos había asimismo individuos condenados a prisión²³⁴.

En las ciudades más grandes, por tanto, la plebe se dividía en diferentes estratos, cuya jerarquía social iba desde los comerciantes, los mejor vistos de entre todos y también relativamente acomodados, hasta los esclavos por condena de las manufacturas estatales. Con todo, eran perfectamente visibles los factores que provocaban una amplia nivelación de los estratos urbanos inferiores. Todas las gentes del comercio y el artesanado trabajaban bajo un férreo control por parte del estado. A dicho control servía, como ya antes, el agrupamiento de los artesanos y comerciantes en corporaciones, cuyos miembros se convertían así en fácil blanco de las miradas y la supervisión de las autoridades. Los mercaderes milaneses estaban asociados en un organismo de este tipo (*corpus mercatorum Mediolanensium*); en Roma los diversos grupos profesionales, por ejemplo, los panaderos (*pistores*), constituían organizaciones parecidas. La plantilla de trabajadores de cada una de las fábricas estatales formó desde un principio grupos cerrados y organizados a semejanza de los colegios, que fueron administrados con especial rigidez; las penas y castigos habituales en ellos eran los mismos que en la milicia. Aún más fuerte era la dependencia de los mercaderes y menestrales por el hecho de que, al menos en Occidente, no estaban autorizados para elegir libremente su profesión. A los armadores, por ejemplo, se les prohibió expresamente el cambiar de profesión (*sint perpetuo navicularii*), y la heredabilidad de la profesión se hizo imperativa. La heredabilidad obligatoria se dio asimismo en los oficios; entre los panaderos esta práctica llegó tan lejos que también el yerno de un tahonero había de asumir las cargas de esta ocupación y ejercerlas con las mismas obligaciones que habría tenido en caso de nacer en una familia de panaderos²³⁵. Y cuanto más difíciles se ponían las cosas para el estado en lo tocante a la producción artesanal, tanto mayor era la presión ejercida sobre los menestrales a través de las corporaciones obligatorias: tras la muerte de Teodosio I y en la parte occidental del imperio, a éstos les quedó terminantemente prohibido revestir cargos municipales, emigrar al campo, alistarse en la milicia o abrazar el estado eclesiástico.

También la situación económica de la *plebs urbana* era en líneas generales realmente desfavorable; dadas la explotación sin miramientos de los comerciantes y la opresión sufrida por el artesanado, eran ya pocos los que entre éstos conservaban una posición más desahogada —caso principalmente de las

²³³ Antioquía: todas las noticias en J. H. W. G. Liebeschuetz, *op. cit.*, pp. 52 s.; Constantinopla: Migne, PG 47, 508 s. (Juan); Themist., Or. 18,223. Véase al respecto, I. Hahn, *loc. cit.* (vid. nota 227). Sobre la plebe urbana de Roma en la época tardorromana, véase un estudio de síntesis en W. Seyfarth, *Soziale Fragen*, pp. 104 s.; del mismo, en *Die Rolle der Plebs im spätrömischen Reich*, ed. por V. Besevliev y W. Seyfarth (Berlín, 1969), pp. 7 s.; y en síntesis, A. Kneppé, *Untersuchungen zur städtischen Plebs des 4. Jahrhunderts n. Chr.* (Bonn, 1979). Comerciantes y artesanos: consúltese además esp. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, pp. 824 s.; A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 314 s. En lo referente a la mano de obra artesanal, cf. A. F. Norman, *Journ. of Rom. Stud.*, 48, 1958, pp. 79 s.

²³⁴ Véase sobre el tema A. Persson, *Staat und Manufaktur im römischen Reiche* (Lund, 1923); por lo que respecta a la posición social de los trabajadores en las *fabricae*, cf. N. Charbonnel, en *Aspects de L'Empire romain*, ed. por F. Burdeau, N. Charbonnel, M. Humbert (París, 1964), pp. 61 s.

²³⁵ Comerciantes en Milán: L. Ruggini, *Economía e società dell'«Italia annonaria»*, pp. 84 s. *Pistores, navicularii*: A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 315 s., 319 s. Leyes citadas sobre los *navicularii*: Cod. Theod. 13, 5,19 y 13, 5, 12; sobre *pistores*: *ibid.* 14, 3, 2 y 14, 3,14. Corporaciones obligatorias: bibliografía en la nota 152.

ciudades orientales— y también a ellos les amenazaba siempre el peligro de que perdiesen su patrimonio al serles impuesto el ingreso inmediato en el orden de los curiales. Incluso en una gran ciudad tan rica a escala tardorromana como Antioquía, los comerciantes en el siglo IV, según Libanio, sólo «con lágrimas en los ojos» podían pagar su impuesto quinquenal; cuando no estaban en condiciones de hacerlo, únicamente les quedaba como recurso vender a sus niños como esclavos, para poder así cumplir con su deuda fiscal. La mayoría de los artesanos de Antioquía era gente pobre; sus condiciones de vida, a menudo en viviendas misérrimas, eran lamentables; muchos de ellos vivían en tal indigencia que ya el mero hecho de poner una nueva mano de pintura en su taller los dejaba arruinados²³⁶. En muchas otras ciudades la situación de las capas inferiores de la población debió de haber sido todavía peor. En las ciudades grandes se veían por doquier masas de mendigos enfermos, que eran atendidos y alimentados en las iglesias. Sobre la pobreza reinante en las ciudades africanas contamos con una historia muy elocuente que nos narra San Agustín: un antiguo sastre de Hipona, que había perdido su abrigo, no disponía absolutamente de ningún dinero para comprarse uno nuevo; como por milagro encontró de repente un pez, que pudo vender, si bien el precio de venta no le llegaba aun para el abrigo, sino solamente para alguna lana, con la que su mujer le pudo confeccionar una pieza de ropa para ir tirando. Según Amiano Marcelino, en Roma había muchas personas tan pobres que ni bajo un techo propio podían pasar la noche, sino en tabernas y edificios públicos. La indigencia estaba en consonancia con la bajísima consideración social de que gozaban en general los estratos urbanos inferiores: la plebe de la ciudad de Roma, según Amiano, sólo se interesaba por los juegos de dados y las carreras, a tal punto que con ella no podía contarse ya para hacer nada serio²³⁷.

La *plebs rustica*, como la plebe urbana, comprendía numerosos grupos de población, cuya situación real, sin embargo, era en líneas generales mala, y sus diferencias sociales ya no tenían la intensidad que en el siglo I d. C, por ejemplo, separaba al campesino independiente del esclavo de un fundo que trabajaba encadenado. La gran masa de la población campesina se componía de trabajadores agrícolas. Pero había asimismo numerosos artesanos, sobre todo en las grandes fincas, a cuyos propietarios Paladio aconsejaba dejar los trabajos de taller en manos de operarios especializados; en los distritos mineros estaban empleados arrendatarios nominalmente libres, al igual que esclavos por condenas²³⁸. También el personal trabajador agrícola constaba de varios estratos sociales. En los grandes fundos los colonos atados a la gleba representaban la masa de fuerza de trabajo fundamental. Empero, en los latifundios había también *inquilini*, trabajadores agrícolas allí asentados, pero que hasta Valentiniano I conservaban todavía el derecho de irse del fundo. No faltaban tampoco los jornaleros, que cerraban un contrato con el señor de la tierra y percibían un salario convenido (*merces placita*) (Cod. Iust. 11,48, 8 1); un grupo especial entre ellos estaba constituido por los trabajadores temporeros, caso de los numerosos trabajadores itinerantes (*circumcelliones*) del norte de África, que de un verano a otro encontraban ocupación con la recolección en las grandes fincas numídicas. Incluso la capa de campesinos independientes con una pequeña propiedad no había desaparecido en absoluto durante el Bajo Imperio; en Siria, v. gr., según Libanio no sólo había aldeas con un único señor, esto es, con un terrateniente, sino también otras en las que quedaban numerosos pequeños propietarios de tierras. Un estrato especial de la población rural estaba formado por los prisioneros de guerra bárbaros, que eran distribuidos entre diversos señores de fundos y que como *quadam servitute dediti* (Cod. Iust. 11, 50, 2), aunque ciertamente no del todo en la situación jurídica de los esclavos, debían alcanzar determinados rendimientos productivos (*tributarii*). Finalmente, al menos en algunas partes de la cuenca occidental del Mediterráneo, como en Sicilia e Hispania, perduraban esclavos en las fincas de los latifundistas, fenómeno inverso al de numerosas provincias, como Siria o Capadocia, por ejemplo, en que, pese a las favorables condiciones para su aprovisionamiento, esta fuerza de trabajo

²³⁶ Mercaderes: Libanios, Or. 26,23 y 46,23; artesanos: *ibid.* 20,36 s.; 29,27; 33,32. Sobre ello, vid. I. Hahn, art. cit., en nota 227, pp. 25 s.; J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 52 s.

²³⁷ Mendigos: Palladius Monachus, Hist. Lausiaca 68; pobreza en Hippono: Augustinus, De civ. Dei 22,8; pobreza en la sociedad tardorromana en general: E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, 4 e-7 e siècles* (Mouton-Paris-La Haya, 1977). Plebe en Roma: Amm. Marc. 14, 6,25 s.; cf. 14, 6,2.

²³⁸ Manufactura en las haciendas: Palladius, Agr. 1,6 y 7,8. Mineros en el Bajo Imperio: S. Mrozek, en *Die Rolle der Plebs im spatromischen Reich*, pp. 61 s.

se echaba totalmente en falta. Se deduce de estos hechos que la multiplicidad de capas trabajadoras agrícolas se veía además complicada por las diferencias regionales. Esto es válido incluso para el sistema del colonato, que no estaba extendido por igual en todas partes: en algunas regiones periféricas del imperio, que conocieron una tardía implantación de la economía latifundista, el sistema de colonato no fue institucionalizado antes de la segunda mitad del siglo IV, a saber, en el año 371 en el Ilírico y en el 386 en Palestina²³⁹.

Ello no obstante, los colonos representaban en la estructura agraria la capa de población campesina más representativa y al mismo tiempo la más homogénea. Los derechos de los colonos consistían, por contraposición a los del esclavo, en la facultad personal de poseer bienes raíces y en la capacidad legal de contraer matrimonio, amén de la posibilidad, al menos como privilegio jurídico original, de alistarse en el ejército; pero, dadas sus obligaciones y su limitación de movimientos, en la práctica vivía a menudo en una situación de dependencia mayor que la del esclavo. Una vez que la vinculación de los colonos a la tierra por ellos arrendada y cultivada se hubo convertido en práctica cada vez más usual ya desde el siglo III, Diocleciano acabó por institucionalizar en el marco de su reorganización del sistema fiscal la fijación de los colonos a la gleba. Significativamente, esta forma de dependencia, pronto reconocida como la fundamental, no dejó ya de ser desarrollada y ampliada por medio de nuevas leyes, lo que era tanto más necesario cuanto que las resistencias de la población campesina a este sistema, particularmente en forma de huida de los fundos, ponían siempre en peligro su capacidad de funcionamiento: según Lactancio, la reforma de Diocleciano, con la *enormitas* de su presión fiscal sobre los colonos, había ocasionado la despoblación y ruina de los campos de labor²⁴⁰. Constantino ordenó en el año 332 que quien hubiese dado cobijo a un colono fugitivo había de devolverlo al antiguo dueño del fundo y además satisfacer los tributos pendientes de pago, añadiendo que todo colono sospechoso de emprender la huida sería en lo sucesivo encadenado como un esclavo (Cod. Theod. 5, 17, 1). En el año 357 fue establecido que el propietario no podría llevarse los colonos de una finca si la vendía, sino que aquéllos serían transferidos al comprador junto con el fundo (ibid. 13,10,3). Una serie de leyes posteriores limitó más aún la libertad de movimientos de los colonos; el ingreso en el ejército o en la clerecía les quedó expresamente prohibido. Según una ley del año 419, el colono fugitivo, incluso después de treinta años, había de devolverse al predio donde había nacido, con independencia de si vivía o no todavía el primitivo señor del fundo (ibid. 5, 18,1). Se estaba dando así por supuesto que la heredabilidad obligatoria de la profesión prevalecía lo mismo para el miembro de una familia de colonos, como *colonus originarius*, que para los comerciantes y artesanos de las ciudades; en virtud de una ley del año 380, al colono le fue hasta interdicta la posibilidad de contraer matrimonio fuera de su estado (ibid. 10, 20, 10).

Algunos grupos menos dependientes entre la población campesina del imperio tardorromano ocasionalmente disfrutaban de una mejor situación económica que la de la masa de los colonos. Empero, la evolución social interna de la *plebs rustica* tendió, como en el caso de las capas bajas de las ciudades, a una nivelación general. Ante todo, tuvo gran importancia que la forma de dependencia de los *coloni adscripticii* se generalizase cada vez con más fuerza, mientras que los estatutos jurídicos poseídos por los otros sectores rurales perdían vigor en la mayoría de los casos; la implantación de forma institucional del sistema de colonato en el Ilírico y Palestina en fechas tardías del siglo IV pondría claramente de manifiesto esta tendencia. Por otra parte, es digna de atención la creciente uniformización que iba adquiriendo el sistema de dependencia social también entre los diferentes estratos de la población rural trabajadora. Este desarrollo no sólo es reconocible en el acercamiento entre esclavos y colonos por la concesión a los primeros de varios derechos y por la creciente falta de libertad de los segundos. Los *inquilini*, que al principio se diferenciaban considerablemente de los *adscripticii* en virtud de su derecho a

²³⁹ Cod. Iust. 11, 53,1 s. y 11, 51,1. Sobre las diferentes categorías de la población campesina cf. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, pp. 773 s.; A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 303 s.; cf. F. Tinnefeld, *Die frühbyzantinische Gesellschaft*, pp. 33 s.; en lo referente a los trabajadores asalariados vid. esp. W. Seyfarth, *Soziale Fragen*, pp. 95 s. Para Siria, todas las noticias en J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 61 s. Sobre Capadocia, cf. R. Teja, *Capadocia*, pp. 67 s. (quien, al igual que para el Alto Imperio, presupone la existencia de una amplia esclavitud agraria).

²⁴⁰ De mort. pers. 7,3. Para la huida de la población rural vid., por ejemplo, A. E. R. Boak-H. C. Youtie, en *Studi in onore di A. Calderini* (Milán, 1957), pp. 125 s. (Egipto); H. Bellen, *Sklavenflucht*, pp. 122.

cambiar de domicilio, a partir de Valentiniano vieron como cada vez les eran puestas más trabas a esa libertad de movimientos, hasta perderla totalmente poco después: por una ley del año 419, cual si fuesen normales colonos, habían de ser reintegrados a su antiguo fundo en caso de huida, incluso después de transcurridos treinta años. Todavía más importante fue el hecho de que las condiciones reales de vida de los distintos grupos de la *plebs rustica* eran muy semejantes, es decir, igual de malas para todos ellos. La presión fiscal constituía la carga más pesada para la población campesina, y sus integrantes quedaban abandonados a las vejaciones de una exacción tributaria que no tomaba en consideración si se trataba de pequeños propietarios o de simples arrendatarios. Consecuentemente, la pobreza en el campo era un fenómeno tan corriente como en las ciudades, y a ello se añadían las condiciones laborales especialmente duras, padecidas en general por los trabajadores agrícolas; en este sentido, resulta revelador el que Constantino en el año 321 declarase el domingo día de descanso para los jueces, artesanos y todas las *urbanae plebes*, prescribiendo, en cambio, que los habitantes de las regiones rurales «se entregasen al trabajo agrícola libremente y sin restricciones» también los domingos (Cod. Iust. 312,2).

La sociedad tardorromana y la desintegración del Imperium Romanum

La pobreza, la falta de libertad y la opresión habían sido en todas las épocas de la historia de Roma condiciones de vida normales para extensas capas sociales. Pero en el imperio tardorromano los padecimientos de la población se hicieron en muchos sentidos peores que nunca, y, sobre todo, fueron círculos más amplios que antes los que se vieron golpeados por la necesidad y la desgracia. En las ciudades numerosos integrantes del estrato superior, antaño incluido entre los beneficiarios del sistema de dominación romano, vieron descender sus posiciones a partir del siglo III casi al nivel de las capas inferiores, tanto económica, como social y políticamente, así que aquí sólo subsistió una capa muy reducida de población no perjudicada en sus cotas de bienestar. No es de extrañar, pues, que en el Bajo Imperio las tensiones sociales fuesen grandes y que muchos de los contemporáneos formularan con toda claridad las contradicciones existentes entre ricos y pobres. San Ambrosio se preguntaba indignado: «¿Quién de entre los poderosos no se esfuerza por despojar al pobre de sus escasos bienes, por expulsar al necesitado de la parcela de tierra que ha heredado?... Diariamente son muertos los pobres» (De Nab. 1). En el siglo V Salviano pergeñaba un sombrío cuadro de las injusticias sociales que se estaban dando dentro de un imperio romano ya languideciente: «En un tiempo en que el estado romano está ya muerto o seguramente en sus últimos estertores, y en que allí donde todavía parece con vida se consume estrangulando por las cadenas de los tributos, y en un tiempo como éste son tantos los ricos cuyos impuestos han de pagar los pobres, es decir, son tantos los ricos cuyos impuestos acaban con la vida de los pobres...» (De gub. Dei 4,30).

Lo llena de tensiones que estaba la sociedad tardorromana nos lo muestran las agitaciones sociales permanentes que siempre estallaban de nuevo, tanto en la ciudad como en el campo, y ciertamente por razones muy diferentes. Tras la experiencia del siglo III, no constituía ninguna novedad el hecho, muy frecuente, de que los trabajadores agrícolas, bien fuesen campesinos jurídicamente independientes, bien colonos o esclavos, terminasen por escapar de las cargas fiscales y de los malos tratos, que se agrupasen en bandas de salteadores y forzasen al estado romano a tomar medidas militares contra ellos. El movimiento de los *Bagaudae*, cuyos integrantes aparecen en las fuentes con los nombres de *rusticani*, *agrestes*, *rustici*, *agricolae*, *oratores*, *pastores*, *latrones*, tenía viejos precedentes; en la Galia y también en Hispania no cesó de reavivarse con regularidad hasta bien entrado el siglo V. Pero los propios movimientos de resistencia campesina podían aparecer en conexión con motivos antes desconocidos e inoperantes, y que ahora, sin embargo, contribuían a su desarrollo. Donde más claramente se observa esto es en el movimiento de los agonísticos, que sacudió violentamente al norte de África, y sobre todo a Numidia, durante el siglo IV y comienzos del siguiente, y que junto con las revueltas de la Galia e Hispania representó el movimiento de resistencia agraria más desarrollado en todo el imperio tardorromano. Sus animadores eran principalmente los *circumcelliones*, los trabajadores estacionales de

los latifundios numídicos, que, por un lado, vivían sin ingresos fijos y por ello bajo unas condiciones sociales especialmente malas, y que, por otro, sin embargo, no eran tan dependientes personalmente de los terratenientes como los esclavos o los colonos; a ellos, no obstante, se unieron también colonos y esclavos fugitivos. En vida este movimiento no fue sentido en realidad como un fenómeno de tipo social, sino fundamentalmente como una corriente religiosa, ya que tuvo su origen en el cisma donatista de la Iglesia; además, tampoco se dirigió únicamente contra los ricos, sino también, y con gran virulencia, contra la iglesia católica, cuyos *episcopi et clerici*, según San Agustín, fueron tratados con especial encono por los circumceliones²⁴¹.

En las ciudades los factores desencadenantes de la agitación social fueron muy diversos y a menudo de poca monta. En Roma siempre estallaban de nuevo revueltas de hambre, puesto que aquí era frecuente la falta de cereal y vino a causa de las malas cosechas, las dificultades de transporte, los conflictos políticos y, no menos, la corrupción existente. Pero era algo atípico el que el motivo concreto incluso de una revuelta como la del año 356 pudiese radicar sencillamente en la detención de un popular auriga (Amm. Marc. 15, 7, 2), desatando así los sentimientos de odio reprimidos. Por otro lado, el prendimiento de un auriga en Tesalónica provocó en el año 390 un tumulto contra el maestro germánico del ejército Buterico, que para el pueblo personificaba el odioso aparato militar extranjero. En Roma bastó simplemente una elección papal en el año 366 para originar una pelea que costó 100 muertos (Amm. Marc. 27, 3, 11 s.). Algunos años más tarde, en Cesárea de Capadocia, prendió una revuelta ante el propósito del emperador Valente (364-378) de destituir al no grato para él obispo Basilio. En el año 387 tuvo lugar un gran alboroto en Antioquía, una vez que aquí se hubo dado a conocer la subida de los impuestos. Esta multiplicidad de motivos que se observa en una tras otra de las agitaciones no puede hacernos olvidar el hecho de que a la base de todas ellas estaban unas mismas causas: las tensiones sociales de las ciudades, debidas a la pobreza de amplias masas de la población y a su brutal opresión por el estado²⁴².

Sin embargo, todos estos movimientos de resistencia, revueltas y alborotos no condujeron a una revolución social de los estratos inferiores. Ni la desintegración del sistema de dominación romano ni el paso del orden social «antiguo» al «medieval» fueron producidos por una revolución. La forma de dependencia social más impuesta dentro de las fronteras del *Imperium Romanum*, tanto antes como después de la caída de Occidente, fue la sujeción de las masas de colonos a los grandes propietarios de tierras, y del siglo IV al siglo VI la estructura del estrato de los grandes propietarios conoció tan pocas modificaciones como la de las masas campesinas. Las revueltas y disturbios en las distintas regiones rurales y ciudades, del mismo modo que había acaecido en épocas anteriores de la historia romana con gran parte de los movimientos de resistencia de semejante naturaleza, se produjeron de forma aislada, tanto en el espacio como muchas veces también en el tiempo; lo que se dice un movimiento revolucionario unitario no pudo desarrollarse. Y tal cosa resultaba imposible, porque el horizonte mental de las capas sociales sometidas —como en la historia precedente del estado romano— llegaba como mucho a vislumbrar el levantamiento contra la violencia y la opresión; pero nunca, desde luego, a desarrollar una teoría revolucionaria en pro del cambio de la sociedad. Sintomáticamente, el objetivo de los colonos y los esclavos fugitivos no era normalmente el reunirse en bandas contra los terratenientes; como se desprende de las fuentes, en la mayoría de los casos sólo huían de una finca a otra, de cuyo

²⁴¹ Augustinus, Ep. 185, 7, 30; colonos (*rusticana... audacia contra possessores suos*) y *fugitivi servi*: *ibid.* 108, 6, 18. Por lo que se refiere al movimiento de los agonísticos véase en esp. W. H. C. Frend, *The Donatist Church. A Movement of Protest in Roman North Africa*² (Oxford, 1971); H.-J. Diesner, en *Aus der byzantinischen Arbeit der DDR I* (Berlín, 1957), pp. 106 s.; del mismo, *Der Untergang der römischen Herrschaft in Nordafrika*, pp. 99 s.; Th. Büttner-E. Werner, *Circumcelliones und Adamiten* (Berlín, 1959); B. Baldwin, *Nottingham Mediaeval Studies*, 6, 1962, pp. 3 s.; E. Tengström, *Donatisten und Katholiken. Soziale, wirtschaftliche und politische Aspekte einer nordafrikanischen Kirchenspaltung* (Goteborg, 1964); R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order*, pp. 200 s. Bagaudas: bibliografía en la nota 199.

²⁴² Roma: H. P. Kohns, *Versorgungskrisen und Hungerrevolten im spätantiken Rom* (Bonn, 1961). Tesalónica: fuentes en A. Piganiol-A. Chastagnol, *L'Empire chrétien*, pp. 200 s. Cesárea: Migne, PG 36, 569, y a ese respecto R. Teja, *Capadocia*, pp. 201 s. Antioquía: R. Browning, *Journ. of Rom. Stud.*, 42, 1952, pp. 13 s.; G. Downey, *A History of Antioch in Syria* (Princeton, 1961), pp. 428 s.; J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 104 s., 164; en general para los levantamientos de la *plebs urbana* de Roma vid A. Knepp, *Untersuchungen zur städtischen Plebs des 4. Jahrhunderts n. Chr.*, pp. 20 s.

nuevo señor esperaban un mejor tratamiento. También los animadores de los movimientos de resistencia más abierta, y entre ellos el de los circumceliones, quienes se organizaban incluso paramilitarmente, no estaban en condiciones de desarrollar una ideología revolucionaria²⁴³.

Pese a la nivelación de los estratos sociales inferiores y pese a los conflictos entre pobres y ricos, el imperio tardorromano no vio cuajar una clase social homogénea y revolucionaria, al igual que tampoco los períodos precedentes de la historia de Roma: los intereses de cada uno de los grupos sociales sometidos podían variar, como antes, en función de la posición y del grado de dependencia de éstos, y tales diferencias eran susceptibles de ponerse claramente de manifiesto incluso en el curso de una misma revuelta. El mejor ejemplo, en este sentido, nos lo ofrece el levantamiento del año 387 en Antioquía: la agitación partió de los ciudadanos más distinguidos y de los curiales de la ciudad, a quienes había comprometido en primer lugar la elevación de los impuestos; pronto, además, se incorporó a la protesta la plebe urbana, azuzada por un coro de agitadores, si bien teniendo unos objetivos que ya no eran compartidos por la mayoría de los integrantes de la capa urbana superior. Al mismo tiempo, en este levantamiento se evidenciaba que lo que allí se dirimía no era simplemente un conflicto social entre capas altas y bajas: las iras de los insurrectos se dirigían, curiosamente, contra el estado, y nada mejor para demostrarlo que la destrucción de las estatuas de los emperadores, como acaecería también en una revuelta del año 382 en la ciudad capadocia de Nacianzo. Pero el estado romano era lo suficientemente fuerte como para reprimir revueltas de esa naturaleza. En Antioquía los militares fueron capaces de restablecer rápidamente la calma; sobre el terror con el que la monarquía imperial procedía a menudo contra los levantamientos puede ilustrarnos el dato de que en el año 390 Teodosio I mandó pasar a cuchillo en Tesalónica a 3.000 personas como castigo por el asesinato de Buterico. Todavía en los años treinta del siglo V la monarquía imperial del Occidente romano se encontraba en condiciones de intervenir militarmente en Nórico contra las sublevaciones²⁴⁴. Por consiguiente, los levantamientos y agitaciones de esta época sólo pudieron jugar un papel muy limitado en la disolución del sistema de dominación romano. En algunos casos contribuyeron ciertamente al debilitamiento del imperio, como, por ejemplo, en el año 417, en que la *civitas Vasatica*, una pequeña ciudad de la Galia, se puso en manos de los bárbaros por obra de una *factio servilis*²⁴⁵. Pero, si el imperio romano de Occidente no resistió ya en el siglo V a la presión de los pueblos bárbaros, ello no fue consecuencia de una revolución, sino, ante todo, de la alienación del estado de la sociedad. Como ya puso de manifiesto el levantamiento en Antioquía, el enemigo principal de los descontentos no era el estrato de los grandes propietarios de tierras, sino el aparato del estado, aunque el rechazo del despotismo imperial era un objetivo que, en último término, también iba en contra de los intereses de los latifundistas. Por lo tanto, la decadencia del imperio romano de Occidente fue un proceso cuya dimensión histórico-social no hay que buscarla en el alzamiento de los estratos inferiores contra un sistema de poder sostenido por sus capas altas, sino en el hecho de que el orden estatal romano acabó por descansar en un estrato muy reducido de su propio aparato de poder y al mismo tiempo se convirtió en una carga para casi toda la sociedad.

Tuvo también su importancia el que la movilidad social, que tanto había contribuido durante el Alto Imperio a la consolidación del sistema de dominación romano en un imperio universal, se demostrase en época tardorromana, tras las señales apuntadas ya en este sentido durante la crisis del siglo III, más bien como una fuerza destructiva, al menos en Occidente. Aquí el régimen imperial alentaba un orden social estatalizado, a base de un estrecho dirigismo profesional y de la imposición de la heredabilidad obligatoria de los oficios en el caso de los comerciantes, artesanos, colonos y, de hecho también, en el de los curiales; también dentro del aparato de poder se exigía la misma heredabilidad de las posiciones sociales, al tiempo que se posibilitaba a los *officiales* que fuesen sucedidos en sus cargos por sus propios

²⁴³ Cf. esp. F. Vittinghoff, en *Zur Frage der Periodengrenze zwischen Altertum und Mittelalter*, pp. 298 s., como también pp. 358 s. (= *Hist. Zeitschr.*, 192, 1961, pp. 265 s.), con crítica a la teoría marxista de la revolución. Sobre el enjuiciamiento marxista de los acontecimientos tenidos lugar en el Bajo Imperio cf. R. Günther, *Klio*, 60, 1978, pp. 235 s. (creencia en una «revolución política en la época de transición al feudalismo», tenida lugar en paralelo a la «revolución social» durante el paso de la Antigüedad a la Edad Media). Huida de esclavos y colonos: *vid.* nota 240.

²⁴⁴ G. Alföldy, *Noricum*, p. 214. Nacianzo: Greg. Naz., Ep. 141, y a este respecto cf. R. Teja, *Capadocia*, pp. 202 s.

²⁴⁵ Paulinus de Pella, *Euchar.* 328 s. (= CSEL 16, 304).

hijos (Cod. Theod. 7, 22, 3). Con todo, la sociedad tardorromana no llegó a ser, evidentemente, un sistema de castas²⁴⁶. A varios grupos de la población se les brindó institucionalmente la posibilidad de ascender en la escala social: cualquiera de entre los *plebei* corrientes que en virtud de sus propiedades en tierras o de su fortuna en metálico alcanzase la cualificación de curial, era hecho entrar en el grupo de los *curiales* de su ciudad respectiva (v. gr., Cod. Theod. 12, 1, 133), y curiales ricos fueron aceptados entre los *clarissimi*. En la práctica, las posibilidades de cambiar de profesión y de ascender socialmente eran aún más amplias; las reiteradas restricciones legales contra el cambio de profesión en los curiales, las gentes de comercio, los menestrales y colonos, se enderezaban precisamente a poner coto a ese hábito. Sirviendo a la iglesia, se presentaban buenas oportunidades de medrar socialmente. Lo grandes que éstas podían llegar a ser, sobre todo en Oriente, se pone de manifiesto en el ejemplo del capadocio Eunomio, del siglo IV: siendo hijo de un pequeño campesino, no quiso compartir la pobre suerte de su padre y aprendió a leer y a escribir, se hizo escribiente y pedagogo, se marchó después a Constantinopla, donde trabajó como sastre; luego se desplazó a Antioquía, lugar en que se consagró como diácono; más tarde se convirtió en obispo de Cícico y en sus últimos días vivió en las cercanías de Calcedonia, en una villa de su propiedad²⁴⁷. Bajo Valentiniano III (424-455) a las diferentes categorías de colonos, a los esclavos, así como a los comerciantes y artesanos agrupados en corporaciones, y también a los curiales, les quedó vedado en Occidente el revestir cargos eclesiásticos (Nov. Val. 35,3). Pero, por lo menos dentro del aparato funcional del estado y en el seno de la milicia había siempre buenas posibilidades de medrar, pese a cuantas prohibiciones se hubiesen establecido de reclutar al personal funcional y militar entre las masas de población dependiente. Fue así por lo que se dieron curiosas contradicciones. En la medida en que el estado insistía, por un lado, en el principio de la obligatoriedad y heredabilidad profesionales, se hacía odioso en los medios de la población afectada. Pero, por otro lado, al ofrecer posibilidades de ascenso dentro del aparato administrativo y militar, estaba contribuyendo al máximo a que dicho sistema coactivo fuese continuamente escamoteado en la práctica. Finalmente, favoreciendo como favorecía a la capa privilegiada de funcionarios y militares, cuyos integrantes eran con frecuencia de origen humilde, sólo conseguía despertar sentimientos de insatisfacción y odio entre las masas de los no privilegiados.

Había muchos otros factores de alienación. El divorcio de la sociedad tardorromana del estado se ponía ante todo de manifiesto en que en Occidente las grandes haciendas constituían con sus propios señores unidades económica y políticamente cada vez más autosuficientes dentro del estado. En su abastecimiento eran autárquicas en gran medida; como una descripción de un terrateniente del año 369 nos hace patente, disponían de viñedos, olivares, campos de labrantío, pastizales, bosques, poblados, esclavos urbanos y rurales, artesanos, personal doméstico, colonos, instrumental, ganado y dinero (Cod. Iust. 9, 47, 7,1). El propietario se retiraba cada vez con más frecuencia a su latifundio. Ausonio, tras haber pasado casi dos décadas en la corte imperial, consumió todavía los últimos años del siglo IV entre Burdigala y su finca rural de Aquitania. Pero ya en los años 327 y 354 hubieron de promulgarse leyes obligando a los senadores provinciales a desplazarse a Roma con ocasión de la celebración de los juegos (Cod. Theod. 6, 4, 2 y 4), y en el siglo V muchos magnates se establecieron con carácter definitivo en sus fincas. Allí tenían de hecho poderes soberanos: frente a sus colonos podían constituirse ellos mismos en jueces o nombrarlos a su arbitrio, poseían el derecho a practicar castigos corporales e incluso a aplicar la pena de muerte. Especialmente a partir de fines del siglo IV, se volvieron cada vez más dependientes de su propio personal para hacer frente a los ataques de los bárbaros. Muchas haciendas fueron fortificadas, cosa que

²⁴⁶ Cf. al respecto R. MacMullen, *Journ. of Rom. Stud.*, 54, 1964 pp. 49 s. (en alemán «i H. Schneider, ed., *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 155 s.), y esp. A. H. M. Jones, *Etrene*, 8, 1970, pp. 79 s. = id., *The Roman Economy*, pp. 396 s., con amplio reconocimiento de las posibilidades de ascenso social en el Imperio tardorromano, en contraposición a la investigación anterior: cf., por ej., P. Charanis, *Byzantion*, 17, 1944/45 páginas 39 s. (la tesis de Jones, en el sentido de que la sociedad tardía era más permeable que la alto-imperial no es admisible). Movilidad social en el Egipto tardorromano: J. G. Keenan, *Zettschr. f. Pap. und Epigr.*, 17, 1975, pp. 237 s. Acerca de las intenciones de la legislación imperial en la fijación de los privilegios y adscripción estamental a la luz de las leyes de Constantino véase D. Liebs, *Rev. Internat. des Droits de l'Ant.*, 24 1977, pp. 297 s.

²⁴⁷ Migne, PG, 35, 464, y al respecto vid R. Teja, *Capadoaa*, p. 77. Sobre la capa alta eclesiástica cf. W. Eck, *Chiron*, 8, 1978, pp. 561 s.

quedó además oficialmente autorizada por una ley del año 420 (Cod. Iust. 8,10,10). Numerosos señores de tierras armaban a su personal, como lo hicieron en el año 407 con sus colonos y esclavos los hermanos Dídimo, Veriniano, Lagodio y Teodosiolo en Hispania contra usurpadores y bárbaros, dándose además el caso de que a veces estos ejércitos privados cosechaban incluso más éxitos que las tropas regulares²⁴⁸. Resultaba así que entre un gran fundo de este tipo y el poder central apenas se mantenían otros lazos que la obligación tributaria, que en tales circunstancias sólo representaba una carga prácticamente carente de sentido.

Ese divorcio entre la población del imperio y la monarquía se vio aún más agudizada con el llamado movimiento de los patrocínios. Se trataba de una forma de escapar a la inseguridad jurídica y al agobio fiscal, y se dio entre los distintos campesinos independientes, los colonos y hasta vecindarios enteros. Salviano describió dicho movimiento como sigue: para sustraerse a las exacciones tributarias forzosas, «se entregaban... a los grandes en busca de protección y amparo, se daban a los ricos como sus siervos y quedaban expuestos, por decirlo así, a su poder y a su arbitrio» (De gub. Dei 5,38). Las personas en cuestión se colocaban bajo la custodia (*patrocinium*) de una persona influyente del ejército, de la administración civil o simplemente de un latifundista poderoso, a quien en contrapartida entregaban productos agrarios o dinero, primero en concepto de «regalo» y después como tributo regular. Hacia mediados del siglo IV tenemos ya atestiguadas este tipo de relaciones de patrocinio en Egipto, Siria e Ilírico²⁴⁹. Se ponía así de manifiesto una comunidad de intereses muy clara entre los grandes propietarios de tierras y los estratos inferiores, que simultáneamente venía a entrar en total contradicción con los intereses del estado. Este intentó frenar el movimiento introduciendo —desde el año 368— a los *defensores plebis*, que habrían debido proteger a las comunidades contra la violencia y la injusticia. Pero esta medida tuvo tan poco éxito como las repetidas disposiciones contra los patrocínios de los años 360, 368, 395 y 399, así que por una ley del año 415 éstos quedaron finalmente legalizados (Cod. Theod. 11,24,6). Tal cosa entrañaba que ya no sólo el personal de las diferentes haciendas rurales, sino de hecho también poblaciones enteras de amplios distritos quedaban desconectadas del sistema de dominio imperial, hecho tanto más acusado cuanto que numerosas comunidades urbanas aspiraban también a esa misma protección recurriendo a métodos semejantes. Paralelamente, este desarrollo evidenciaba con toda claridad, lo mismo que la creciente autonomía de las grandes fincas, que la desintegración del orden estatal romano no iba aparejada a la alteración, ni tan siquiera al debilitamiento, del orden social reinante: muy al contrario, este proceso condujo al fortalecimiento del estrato de los terratenientes y a la sucesiva extensión de las formas de dependencia similares al colonato entre amplias masas de la población.

La extensión de los patrocínios tuvo para la monarquía imperial consecuencias decididamente más funestas que los distintos levantamientos y revueltas: debido a la continua merma de tributos, sus fuentes de ingresos necesarios para el sostenimiento del aparato del estado se vieron seriamente amenazadas. No quedó prácticamente más remedio que la elevación de la presión fiscal allí donde el sistema de dominación todavía funcionaba, esto es, en los dominios imperiales y en las ciudades, entre otros sitios. Lo único que se consiguió con ello fue acrecentar más aún el descontento contra el estado, como se puso ya perfectamente de manifiesto a raíz de la elevación de impuestos del año 387 en Antioquía. Y era así como el número de cuantos estaban dispuestos a comprometerse en el sostenimiento del imperio se reducía más y más. Mientras que en esta época hombres de la talla de Ambrosio de Milán, de Basilio de Cesárea, de Gregorio nacienceno, de Gregorio de Nisa o de Agustín de Hipona, se entregaban al servicio de la iglesia, ganaba, en cambio, la indiferencia más general ante los destinos de Roma. La pasividad de la sociedad en la ciudad de Roma, sólo una ilusión de capital en época tardorromana, levantaba duras críticas en Amiano Marcelino: sobre esa ciudad no había otra cosa que contar como no fuesen cosas de

²⁴⁸ Synesios, Ep. 130. Hispania: *vid.* K. F. Stroheker, *Arch. Esp. Arq.* 45/41, 1972/74, p. 595.

²⁴⁹ Egipto: Cod. Theod. 11, 24, 1, al respecto cf. G. Diódsi, *Journ. of Junst. Papyrol.*, 14, 1962, pp. 51 s. Siria: Libanios, Or. 47, 1 s.; sobre el tema cf. L. Harmand, *Libanios: Discours sur les patronages* (París, 1955). Ilírico: Amm. Marc. 19, 11, 3. En síntesis, I. Hahn, *Klio*, 50, 1968, pp. 261 s., *vid.* también en H. Schneider (ed.), *Sozial- und Wirtschaftsgeschichte der römischen Kaiserzeit*, pp. 234 s. Por lo que se refiere a los lazos entre las comunidades urbanas y los personajes poderosos, cf. L. Harmand, *Un aspect social et politique du monde romain Le patronat sur les collectivités publiques des origines au Bas-Empire* (París, 1957).

revueltas, alborotos de tabernas y nimiedades por el estilo. Salviano no podía sino ofrecer un impresionante testimonio sobre la gran indiferencia reinante en la sociedad romana del siglo V: «Seguimos jugando, pese al miedo de caer en cautiverio, y reímos en medio del miedo a la muerte. Uno diría que todo el pueblo romano se ha atiborrado de una hierba sardónica: muere y ríe». Amplios círculos, sin embargo, sacaban consecuencias muy distintas a la vista del hundimiento de la odiosa monarquía imperial: vivir bajo la dominación bárbara era preferible, ya que en los estados territoriales germánicos en formación el sistema de dominación no se basaba en un aparato de poder agobiante y en un sistema fiscal estatalizado al máximo, sino en formas de dependencia de tipo feudal. Ya Orosio se lamentaba a comienzos del siglo V de que hubiese romanos *qui malint inter barbaros pauperem libertatem, quam inter Romanos tributariam solitudinem sustinere*. En tiempos de Salviano era cosa corriente el que amplios grupos de población, y entre ellos incluso personas cultivadas y de lo mejor situadas, desertasen a los bárbaros: «Buscan entre los bárbaros la humanidad de los romanos, porque no pueden soportar la inhumanidad de los barbaros reinante entre los romanos»²⁵⁰.

Así pues, no sólo las fuerzas que debieran contener a los barbaros se debilitaban cada vez más, sino que, encima, uno llegó a acostumbrarse a ellos como a un mal menor preferible al orden estatal romano. Al mismo tiempo, era parte de la tragedia de aquella monarquía el verse forzada no sólo a tolerar los asentamientos dentro de las fronteras del imperio de agrupamientos tribales germánicos muy cohesionados, sino también a fomentarlos, en su propio interés; Pero al hacerlo, estaba cavando su propia tumba en la parte occidental del imperio. Como consecuencia de la huida en masa de la población de la presión fiscal y de la tiranía del estado —de un lado, a las haciendas protegidas de los particulares, y de otro, a los bárbaros—, regiones enteras se quedaron desiertas. Las proporciones a que llegó la despoblación de grandes distritos ya hacia finales del siglo IV, se deduce de la afirmación de San Ambrosio, de que la muerte era un destino compartido no sólo por los hombres, sino también por las ciudades y los ámbitos rurales; tantas eran las ciudades y parcelas de tierras que se podían ver carentes de toda vida (Ep 39,3). Con el paso del siglo IV al V la situación empeoró aún más²⁵¹ y no quedo más remedio que proceder al asentamiento de bárbaros, a fin de asegurar la repoblación de las regiones abandonadas, cosa que iba en beneficio de la economía romana. Otro problema, especialmente candente, que tenía planteado la monarquía imperial era el de la renovación del ejército, sobre todo si tenemos en cuenta que el ingreso en la milicia fue quedando vedado paulatinamente a casi todos los grupos de la población; también aquí era sólo posible recurrir a los bárbaros, quienes, o bien eran admitidos como tropas regulares en el ejército romano, o bien, como sería lo más corriente a partir de fines del siglo IV, eran alistados en sus propios grupos y entidades tribales en calidad de aliados (*foederati*). De ese modo se hizo aún más grande el abismo de separación entre la sociedad romana y el gobierno imperial, que poco a poco acabó por mantenerse exclusivamente a base de la ayuda militar bárbara; los resentimientos contra el aparato militar bárbaro estallaban siempre de nuevo, como en el año 390 con el asesinato de Buterico o en el 408 con el derribo de Estilicón, «del pueblo cobarde, ávido, desleal y pérfido de los vándalos, y que tenía por cosa pequeña el gobernar, aunque fuese como un soberano, a las órdenes del soberano» (Oros., Hist. adv. pag. 7,38,1). Al mismo tiempo, la admisión de las entidades y federaciones tribales germánicas en el seno del imperio destruyó la anterior infraestructura del sistema de dominación. Evidentemente, los bárbaros no fueron instalados únicamente en regiones despobladas del todo. De acuerdo con la ley de asentamientos del año 398, la población de las regiones a ocupar estaba obligada a entregar un tercio de la casa y finca a los bárbaros, lo que tuvo consecuencias muy graves para la administración, la justicia y el sistema fiscal. En líneas generales, cierto es que la coexistencia entre romanos y bárbaros funcionó sin mayores roces en las regiones ocupadas, como era de esperar, dadas las diferencias lingüísticas y culturales. El orden social tardorromano no se vio siquiera sacudido en sus fundamentos con este nuevo e imperioso reparto del suelo y de la riqueza, puesto que la constitución social de los germanos era en gran

²⁵⁰ Ammianus: 14, 6, 2 s.; Salvianus: De gub. Dei 7,6 y 5,21; Orosius: Hist. adv. pag. 7, 41,7. Sobre la crítica de Salviano a la sociedad mirese J. Badewien, *Geschichtstheologie und Sozialkritik im Werk Salvians von Marseüe* (Göttingen, 1980).

²⁵¹ Claudianus, In Ruf. 2, 38 s., y para este problema vid esp. A. E. R. Boak, *Manpower Shortage and the Fall of the Roman Empire* (Ann Arbor, 1955); más bibliografía en la nota 178.

medida equivalente a la de la sociedad tardorromana; al principio sobresalieron con gran fuerza ciertas notas características del orden social germano, tales como la del séquito de los afines (*Gefolgschaftswesen*), pero ni tan siquiera éstas entraban realmente en contradicción con las estructuras tardo-romanas. Con todo, debido a la existencia dentro de las fronteras del imperio de estos agrupamientos tribales germanos, tan poderosos militarmente, el poder central sufrió a largo plazo un nuevo debilitamiento, y en el Occidente romano, donde aquél era totalmente dependiente de este aparato de poder, era inevitable que llegase el momento en que el primero fuese barrido por el segundo.

Si en el siglo V los germanos no aparecieron ya tan distantes y extraños como antes a los ojos de la población de dentro del imperio romano, a ello contribuyó de manera decisiva el cristianismo, en tanto que sistema de referencia común para romanos y bárbaros, en lo religioso y en lo ético. Las partes de responsabilidad que tuvo el cristianismo en la decadencia del sistema de dominación romano no consistió, desde luego, en que la enseñanza cristiana hubiese minado el patriotismo romano y así hubiese abierto las puertas a la resignación de unos y otros. El patriotismo de los romanos cristianizados no fue en general inferior al de sus contemporáneos paganos; *Romanus orbis ruit, et tamen cervix nostra erecta non flectitur*, decía San Jerónimo (Ep. 60 16), y en pro precisamente del imperio cristiano la iglesia empuñó más esfuerzos —sobre todo, en Oriente— que, pongamos por caso, la aristocracia senatorial pagana. La lucha ideológica entre cristianos y paganos y, además, los enfrentamientos entre la iglesia católica y las numerosas herejías fueron, más que lo otro, una fuerza disolvente, si bien tampoco se podría decir de ellos que hubiesen debilitado de forma decisiva al imperio en tanto que sistema de poder político. Lo que, en realidad, hizo del cristianismo un factor de desintegración del orden político romano fue el hecho de haber sido adoptado y practicado también por los germanos. Anteriormente, a lo largo de toda la historia de Roma, el sistema de referencia para la sociedad romana era el *mos maiorum*, que creaba una frontera de separación insalvable entre romanos y no romanos. Al romano cristiano, en cambio, su religión y su ética lo unían al bárbaro de su misma fe: él era, como decía Orosio, *inter Romanos Romanus, inter Christianos Christianus, inter homines homo* (Hist. adv. pag. 5, 2,6), y los bárbaros cristianizados habían dejado de ser para él *hostes*, para convertirse en *fratres* (ibid. 7, 32,9). Desde una óptica como ésta, incluso la toma de Roma por Alarico en el año 410 no supuso para Orosio un acontecimiento realmente malo, pues, después de todo, también los visigodos eran cristianos, y para Salviano los germanos encarnaban las virtudes cristianas mucho mejor que los romanos. La *Romania* cristiana, en la que, según la visión de Orosio, habrían de vivir juntos romanos y germanos, no era otra cosa que su ideal del imperio cristiano; su porvenir estaba en el desarrollo de los estados territoriales regidos a lo germano.

En el imperio romano de Oriente las condiciones sociales y políticas fueron más favorables y no produjeron un divorcio tan radical entre el estado y la sociedad como en el Occidente. Las relaciones entre el emperador romano de Oriente y la capa alta de los terratenientes, y en especial el senado de Constantinopla, eran estrechas. La iglesia oriental tenía lazos muy fuertes con el estado y supo brindar a éste un gran apoyo. Además, aquí la heredabilidad obligatoria de los oficios y profesiones urbanos estuvo en gran medida ausente. Y, sobre todo, el imperio romano de Oriente se hallaba considerablemente mejor protegido frente a los bárbaros que el de Occidente.

Así pudo quedar a salvo de la decadencia. En el Occidente, en cambio, la desintegración del ordenamiento de poder imperial no pudo ser atajada. Sus leyes y disposiciones tan inhumanas carecían de todo sentido de la realidad y resultaban inviables en la práctica, sus brutales medidas de fuerza no tendrían ningún éxito a la larga: antes bien, todo cuanto el imperio occidental acometió para preservar su existencia constituyó un fracaso a largo plazo y minó su capacidad de resistencia. Con ello, la estructura de la sociedad no se modificó en sus fundamentos, sino que incluso resultó fortalecida con la extensión de las formas de dependencia parafeudales anudadas entre los grandes propietarios y amplios grupos de población. En cambio, el antiguo marco político fue haciéndose cada vez más anacrónico, hasta desintegrarse totalmente. En este sentido, la crisis del imperio tardorromano evocaba hasta cierto punto la crisis de la República tardía en su último siglo de existencia: tampoco entonces fueron alteradas las estructuras fundamentales del orden social vigente, sino que se vino abajo una forma de organización política ya superada. Pero, mientras que sobre las ruinas de la República pudo levantarse una forma de

estado genuinamente romana, en este caso fueron nuevos estados los que asumieron el papel del imperio romano occidental.

ÍNDICE ANALÍTICO

[La numeración de las páginas corresponde a la edición impresa]*

- A libellis, 184
 A rationibus, 184
 Ab epistulis, 184
 Abogados, 157, 185
 Acilio Glabrio, Manió (cónsul probablemente en el 173 d.C), 70, 162
 Adlectio en el senado, adlectus in amplissimum ordinem, 164, 258
 Adopción, 69, 161
 Adriano, 140, 143s., 151, 157, 167, 172s., 178, 190
 Adrianópolis, 248
 Adscripticius, 270, 277
 Adscriptio glebae, 269
 Aedilis, en la Roma primitiva, 34, 45; en la época imperial, 165; en las ciudades, 177
 Aemilii, 55, 70s.
 África, provincia, 66, 133, 149, 159, 164s., 172, 175, 178, 182, 194s., 213, 231s, 239s, 259s., 267
 África, 59, 82s., 109, 114, 124s., 133s., 145, 157, 224, 239, 251, 259s., 275, 279
 Africanos, 124, 156, 219, 224, 262
 Ager GaŪicus, 61
 Ager priva tus, 71
 Ager publicus, 32s., 43, 71, 79, 107s
 Agonísticos, 279
 Agricolae, 76
 Agricultura, en la Roma primitiva, 22, 25s., 31, 51; durante la República, 67, 77s., 119; en tiempos del Principado, 133s., 193s.; en el siglo III d.C, 216, 234s.; en el Bajo Imperio, 248, 259, 275s.; vid. también propiedad fundiaria
 Agrigento, 62
 Agustín, san, 71, 185, 268, 274, 286, 268, 274, 286
 Alarico, 289
 Álbum decurionum, 153, 174, 265s.
 Alejandría, 136, 215, 240
 Alumni, 189
 Ambrosio, 264, 278, 286, 287
 Amiano Marcelino, 256, 259, 274, 286, 274, 286
 Amicitia, 140
 Amicus Caesaris, 140
 Angustus clavus, 75, 153
 Anicii, 259s.
 Annona, 271
 Antioquía, 136, 267, 268, 271, 272, 274, 280, 281, 282, 283, 286
 Antium, 48, 123
 Antonino Pío, 131s., 143, 164, 166, 173, 221, 224
 Antonio, Marco, 113s., 117, 118, 129
 Antonio Musa, 170
 Anulus aureus, 25

* Nota del escaneador

-
- Apiano, 65, 78, 105, 135
Apuleyo, 162
Apuleyo Saturnino, Lucio, 104, 109 s., 114, 116
Apulia, 87, 88, 209, 259
Aquileia, 176, 186, 241
Aquincum, 176, 226, 227, 229, 273
Aquitania, 259, 284
Arabia, 235
Arausio, 168
Argentarii, 76
Aritienses, 142
Aristocracia: vid. nobleza
Aristónico, 99s., 102s.
Armadores, navieros: vid. navicularii
Arminio, 170
Arpinum, 122, 123
Arretium, 186
Arrianos, 267
Artemidoro Daldiano, 192
Artistas, 185
Asamblea popular, 23, 26, 35 s., 42s., 56s., 59, 80, 89, 96, 106s., 119, 129; vid., asimismo, comitia
Asentamiento de bárbaros, 287
Asia, 66, 108, 159, 164s., 166, 171, 260; vid., también, Asia Menor
Asia Menor, 71, 82, 97, 99, 102s., 120, 135, 145, 156, 177, 181, 192, 206, 214, 233
Asilo, en la Roma primitiva, 28
Asisium, 156, 180
Aspendo, 210
Assiduus, 36
Astura, 123
Atenas, 25, 30, 43, 51, 53, 103, 160
Atención, 100
Atilii, 55
Atilio Régulo, Marco, 55, 62
Atletas, 20
Atio Clauso, 25s.
Auctoritas, del padre de familia, 22; del emperador, 139s.; del estrato dirigente, 147
Aufidio Victorino, 161
Augustales, 180, 208, 228
Augusto, 102, 113, 130s., 138, 141, 142s., 149, 150, 153, 159, 163, 164, 167s., 171, 187, 188, 190, 191, 206, 209, 224, 230, 242, 244, 258
Aureliano, 213s., 223s., 235, 239, 243
Aurelii, 18
Aurelio Símaco, Quinto, 254, 259, 262
Aurelio Vetiano, 226
Aurelio Víctor, Sexto, 236, 240, 263
Aurum oblativum, 259
Ausonio, vid. Decimio
- Bagaudas, 240, 279
Balbino, 221, 241

-
- Bandas de salteadores, 99, 232, 240, 279s.
Banqueros, banca, 60, 67, 73s., 166, 177
Bárbaros, en el ejército romano, 261 s., 287; coexistencia con los romanos, 287s.
Barbii, 186
Basilio, 280, 286
Bátavos, levantamiento bátavo, 167, 171, 211
Bellum desertorum, 240
Bellum sociale, vid. guerra de los aliados
Beneventum, 55, 149, 197
Bética, 143, 164
Bitinia, 68, 125, 151
Boecio, 264
Bonorum administrado, 22
Bordeaux, vid. Burdigala
Boukoloi, 240
Brigetio, 227
Britania, 135, 145, 185
Britanos, 144
Burocracia, imperial, 222s., 241, 249 s., 254
Bulla, 232, 236
Burdigala, 265, 284
Buterico, 280s., 288
- Caballeros, orden ecuestre, comienzos, 24, 60; durante la República tardía, 69s., 75s., 88, 100, 103, 106s, 117, 123s., 136; en el Alto Imperio, 137s., 157s, 167s., 173, 192s.; en el siglo III d.C, 222s., 230, 236s.; en el Bajo Imperio, 219, 257s.
- Caieta, 123
Calabria, 209
Calcedonia, 284
Calceus patricius, 25
Cales, 55
Calígula, 141, 142, 150, 162, 171
Calisto, 181
Campania, 20, 197, 259
Campesinos, campesinado: entre los etruscos, 20; en la Roma primitiva, 27, 31, 40, 49; en el siglo III a. C, 60s.; durante la República tardía, 65s., 78s., 88, 107s.; en la época del Principado, 137, 149, 176, 182, 186, 193s, 202, 210s.; en el siglo III d.C, 215, 232s., 234s.; en el Bajo Imperio, 23s., 275s., 286
Canabae legionis, 230
Canusium, 174, 228
Capadocia, 214, 235, 276
Capadocios, 156, 283
Capas inferiores: vid. estratos inferiores
Capas superiores: vid. estratos superiores
Capitatio, 271
Capite censi, 110
Capua, 55, 63, 81, 99, 100
Caracalla, 144, 215, 229, 231s., 238, 240
Carencia de fuerzas productivas, 214, 220, 227, 248, 287s.
Carestía, hambre, 210, 237, 280

-
- Cargos de la corte, 173, 182, 260
Carnuntum, 178, 230, 273
Caro, 223
Carrera política: vid. cursus honorum
Cartago, 16, 20, 54, 60s., 74, 82, 84, 128, 175, 239, 267, 268
Carthago Nova 84
Castrum Novum, 48
Catilina, vid. Sergio
Catón, vid. Porcio
Ceionii, 261
Céleres, 24
Celio Saturnino, Cayo, 256
censor, censura, 37, 43s., 91
centumviri, 174
centuriae, en la Roma primitiva, 23, 37, 57
centuriones, 172s., 205, 224, 230s., 237; hijos de centuriones, 224
Cerdeña, 51, 83
César, vid. Julio
Cesárea (en Capadocia), 280
Cicerón, vid. Tulio
Cilicia, 210
Cilicios, 100
Cifras de población, en la Roma primitiva, 25; en Italia, 52; en el Imperium Romanum, 136; en Italia en el Alto Imperio, 187; en las ciudades, 136, 175, 187
Cínicos, 210
Cipriano, san, 133s., 212, 215
Cristianos, cristianismo, 217, 243s., 250, 259s., 287; vid., además, iglesia
Circumcelliones, 253, 275, 279
Cirene, 268
Cirta, 165
Ciudades, en Etruria, 19; en Italia, 48, 58, 74; durante la República tardía, 124; en la época imperial, 129, 123s., 156, 173s., 182s.; situación en el siglo III d. C, 216s., 227s, 232s, 235s.; en el Bajo Imperio, 259, 262, 286
Ciudades pequeñas, 136, 176, 180, 184
Civitas Vasatica, 282
Clarissimus, 152, 220, 256, 261, 264
Clases, 193, 233, 255, 282; vid. también clases propietarias, classis
Clases propietarias, 37, 52
Classis, 37s.
Claudii, 18, 23s., 70
Claudio, 135, 142, 144, 150, 155, 156, 162, 164, 171, 181
Claudio II, 213, 223, 235
Claudio Ático Herodes, Tiberio, 136, 157, 160
Claudio Ceco, Apio, 44s.
Claudio Pulcher, Apio, 107
Clavus, 25
Clazomenas, 177
Clementia, 139
Cleón, 99

-
- Cliens, 28s., 51, 57, 60s., 71, 106, 140, 141, 211; población imperial en relación de clientela con el emperador, 138
- Cliente, vid. cliens
- Clientela, vid. cliens
- Clodio Albino, 216, 222, 238
- Clusium, 20
- Codificación del derecho, 250; vid. también Ley de las Doce Tablas
- Coerción laboral y profesional, 249, 250, 269s., 283
- Colonia, 48, 126, 136, 144, 154, 171
- Colonización, 48, 60, 79, 108s., 117, 121 s. 294
- Colonos, colonato, 184, 194s., 202, 217, 233s., 237s., 247, 253s., 270, 275s, 280s.
- Colonus inquilinus, 197
- Colonus originarius, 277
- Columela, 169, 183, 190, 194s.
- Collatio glebalis, 259
- Collado lustralis, 271
- Collegia, 183, 229, 233, 234
- Collegium fabrum, 183
- Comerciantes, vid. comercio
- Comercio, entre los estríaseos, 19; en la Roma primitiva, 27, 32, 40, 51s.; en el siglo III a. C, 59; durante la República tardía, 67, 75, 76, 91, 127; en tiempos del Principado, 136, 176, 185, 198; en el siglo III d.C, 215, 227, 233; en el Bajo Imperio, 248, 272
- Comes, 260
- Comes rei privatae, 260
- Comes sacrarum largitionum, 260
- Comitatus, 250
- Comitia centuriata, 38
- Comida curiata, 23, 35
- Comitia tributa, 35
- Cómodo, 212, 216s., 221, 229, 238, 239, 240
- Comum, 160, 175
- Concepto de revolución, 94
- Conciencia de orden, conciencia estamental, 58s., 68s., 161s., 168, 223s.
- Concilia plebís, 34
- Concordia, 273
- Concordia ordinum, 117
- Condicio, 147
- Condiciones de habitación, 149, 185. 198, 276
- Conductio, 234
- Conflictos, en la Roma primitiva, 20, 30, 41; en el siglo III a. C, 57, 63; durante la República tardía, 66s., 78, 86, 95s.; en la época del Principado, 142, 206; en el siglo III d. C, 234s.; en el Bajo Imperio, 277.
- Congiaria, 78
- Conscripti, 26, 46
- Consilium principis, 140, 150, 220, 252
- Consistorium, 252
- Constancio I, 236
- Constantino el Grande, 245s., 250, 253, 256, 257, 258, 260, 265, 271, 276, 278, 283
- Constantinopla, 253, 258, 260, 261, 272

- Constitución, en la Roma primitiva, 23s., 34s.; serviana, 38; cambios en los siglos IV y III a. C., 42; según Polibio, 58; en la República tardía, 114, 127; en tiempos del Principado, 132; en el Bajo Imperio, 249
- Constitución hoplítica, 33, 37
- Constitutio Antoniniana, 144
- Cónsul, en la Roma primitiva, 26, 45; en los siglos IV y III a. C., 55s.; en el siglo II a. C., 69, 74; en el siglo I a. C., 122, 126; en tiempos del Principado, 141, 155, 157, 166, 206; en el siglo III d. C., 221 s.; en el Bajo Imperio, 261
- Cónsul ordinarius, 153
- Consulado, vid. cónsul
- Corinto, 82, 160
- Cornelii, libertos de Sila, 55, 70, 74, 118
- Cornelio Balbo, Lucio, 126
- Cornelio Cinna, Lucio, 111
- Cornelio Frontón, Marco, 142, 161
- Cornelio Léntulo, Cneo, 149
- Cornelio Nigrino, Marco, 143
- Cornelio Escipión, Publio, 71, 91, 107
- Cornelio Escipión Emiliano, Publio, 69, 74, 77, 91, 107
- Cornelio Senecio, 170
- Cornelio Sila, Lucio, 96, 97, 103s., 112, 117s., 122s.
- Corpus mercatorum Mediolanensium, 273
- Corrupción, 128, 151, 271, 281
- Coruncanii, 55
- Coviria, covirites, 23s.
- Crisis de la República, 87s., 95s.; del Imperium Romanum, 212s.
- Crisis financiera, 216, 232
- Cualificación censitaria, 52, 69, 122, 159, 170, 175, 226
- Cuestión agraria, 78s., 106s., 118, 126
- Culto, vid. religión
- Culto a Mitra, 243
- Culto al emperador, 139, 181, 208, 242s.
- Cumas, 79, 20, 123
- Curadores de las calzadas, 142
- Cúratelas, en Roma, 166
- Curator en las ciudades, 267
- Cures, 174
- Curia, en la Roma primitiva, 23s.; en el Bajo Imperio, 253, 26, 6s.
- Curiales, 253s., 260, 266s., 274, 283s.
- Curio, curio maximus, 23
- Cursus honorum, senatorial: durante la República, 55, 69, 112; en la época imperial, 141, 165s., 203, 261; ecuestre: de magistrados urbanos, 177, 203
- Dacia, 134, 135, 213
- Dalmacia, 134, 145, 146, 170, 176, 195, 209
- Decadencia de las costumbres, 89s., 120, 128
- Decadencia del Imperium Romanum, vid. desintegración del Imperium Romanum
- Decio, 214, 232, 235
- Decimio Eros Mérula, Publio, 156, 180, 188
- Decimio Magno Ausonio, 260, 264, 284

-
- Decuria, en la Roma primitiva, 23
Decurionado, 175
Decuriones, órdenes de decuriones, 150s, 169s., 174s., 199s., 225s., 235s., 253s., 262s.; vid., asimismo, curiales
Defensor plebis, emperador como..., 139; en el Bajo Imperio, 286
Delfos, 160
Délos, 84, 99
Demetrio, 123
Derecho, vid. también juristas, 34s., 43s., 159, 234, 239, 251s.
Derecho de ciudadanía, concesión del derecho de ciudadanía, 48, 52, 61, 77, 80s., 86, 96, 104, 111, 121, 123s., 131, 143, 148, 154, 191s., 216, 235, 254
Derecho penal, disposiciones penales, 26, 36, 80, 151s., 177, 233, 250s., 257s.
Descanso dominical, 278
Desintegración del Imperium Romanum, 246s., 278s.
Devotio, 243
Devotos de Baco, 91
Dictador, dictadura, 26, 45, 112, 118
Dídimo, 285
Didio Juliano, 216, 239
Dignitas, 121, 129, 139, 147, 151
Diocleciano, 213s., 225, 232, 235, 246s., 250, 256, 260, 271, 276
Diodoro, 97
Dión Casio, 212s., 220s., 236, 244
Dión de Prusa, 189, 210
Dionisio de Alejandría, 215
Dionisio de Halicarnaso, 16s., 20, 30, 31
Dispendios en favor de las comunidades, 177s., 225s.
Distintivos estamentales, 25, 69, 74, 152, 159, 162, 230
Divojxio entre la sociedad y el estado, 254, 278s.
Doctrina jurídica sobre los esclavos, 269
Domiciano, 142, 150, 158, 162, 190, 231
Domicio Zmaragdo, Cayo, 178
Dominado, 214, 217s., 220, 238, 257
Donatismo, 279
Donativos, 231
Duumvir, 177

Ebucarum, 185
Economía dineraria, 51, 59s., 69s., 123s., 133, 159
Educación, 52, 67, 121, 147, 157, 161, 185, 223, 255, 263
Efeso, 210
Egipcios, 136
Egipto, 66, 133, 135, 136, 149, 156, 173, 194, 198, 213, 232, 285
Egregius, 225
Ejército, en la Roma primitiva, 23., 33, 37, 41; en los siglos III y II a. C, 76, 78s., 84; durante la República tardía, 106, 110s., 120, 129; en época del Principado, 138, 142, 148, 170s., 207; en el siglo III d. C, 222s.; en el Bajo Imperio, 250, 253, 262s., 276, 281s., 288
Eminentissimus, 225
Emona, 240
Emperadores-soldados, 235, 244

-
- Empresario, actividad empresarial, 59s., 66, 72s., 91, 101, 133s., 167, 176
- Enna, 99
- Ennio, 58
- Epiro, 83, 123, 160
- Eprio Marcelo, Tito, 157
- Eques, equo publico, 153, 172
- Equites, en la Roma primitiva, 23, 37, 68, 75, 117
- Equites Romani, vid. caballeros
- Escipión, vid. Cornelio Escipión
- Escipiones, 68; Fortuna, 71s., 74; relaciones con la nobleza, 74, 87, 90, 122;
- Esclavos, esclavitud, en la Roma primitiva, 20, 29s., 36, 41, 49; en el siglo III a. C, 61s.; en el siglo II a. C, 65s., 83s.; durante la República tardía, 97s., 118, 122, 125s.; en tiempos del Principado, 137, 142s., 154s., 182s., 193s., 196s.; en el siglo III d. C, 217, 229s.; en el Bajo Imperio, 253, 268s., 276s.
- Esclavos de lujo, 85
- Escribiente, 185, 283
- Espacio danubiano, países danubianos, provincias danubianas, 135, 194, 213s., 226s., 235
- Espartaco, 97, 100s., 114
- Estado, en la Roma primitiva, 18s., 31s.; durante la República, 36s., 65s., 94s., 103s., 119s., 127s.; en el Imperio, 131s., 207s., 220s., 246s., 276s.
- Estado de excepción, 110
- Estancamiento tecnológico, 135
- Estatilio Tauro, Tito, 163
- Estrabón, 84, 168, 182
- Estratificación, social, entre los etruscos, 18; en la Roma primitiva, 22s., 42s.; en los siglos IV y III a. C, 51s.; en el siglo II a. C, 65s.; en el siglo I a. C, 120s.; durante el Principado, 132s., 147s., 197s.; en el siglo III d. C, 216, 219s., 235s.; en el Bajo Imperio, 252s.
- Estratos inferiores, en Etruria, 18; en la Roma primitiva, 26s.; en los siglos IV y III a. C, 36s., 60s.; en el siglo II a. C, 75s.; durante la República tardía, 117s.; en el Principado, 133s., 147s., 182s., 198s.; en el siglo III d. C, 215s., 232s., 235s.; en el Bajo Imperio, 250s., 268s.
- Estratos superiores, en Etruria, 18; en la Roma primitiva, 22s.; en el siglo III a. C, 52s.; en el siglo II a. C, 67s.; durante la República tardía, 12 ls.; en el Principado, 132s., 148s., 155s., 215s.; en el siglo III d. C, 219s., 235s.; en el Bajo Imperio, 252s., 256s., 277s.; en las provincias, 94, 103, 143s.
- Etiopía, 189
- Expansión, 41s., 66s., 82s., 89, 120, 135
- Exposición de niños, 189
- Fabii, 18, 22, 55s., 70
- Fabio Máximo Emiliano, Quinto, 69
- Fabio Máximo Verrucoso, Quinto, 55
- Fabio Píctor, Quinto, 16
- Fabri, en la Roma primitiva, 38
- Fabricae, 272
- Factio servilis, 282
- Factiones, 138, 208
- Facultas, 147
- Faeneratores, 76
- Falta de descendencia, 162, 168, 202
- Familia Caesaris, 180, 200, 205, 229; vid. también libertos, esclavos
- Familia temprano romana, 22, 29

-
- Familias de soldados, 229, 237
Ferentinum, 177
Fidenas, 41, 43
Fides, 28;
fides exercitus, 230
Filipo, 212, 223, 224, 235
Filón, 198
Filosofía, filósofos, 90, 157, 161, 185, 208s., 216, 243
Filóstrato, 192, 210
Flamines, en las ciudades, 208
Flaminio, Cayo, 56, 58, 61, 82
Flavio, Cneo, 44
Flavio Josefo, 209
Flavio Estilicón, 263, 288
Flavios, 144, 171, 173
Floro, 126
Foceos, 20
Foederati, 287
Follis, 260
Formiae, 123
Fortuna, vid. propiedad
Forum Livi, 195
Fregellae, 103, 114 Frigios, 189
Frontón, vid. Cornelio Frumentatio, 119
Fugitivi, 240 Fulvii, 55, 70
Fulvio Flaco, Marco, 103, 108
Fundaciones, donaciones, vid. regalos
- Gades, 126, 168, 171
Galatia, 164
Galba, 151, 170
Galeno, 182, 188
Galerio, 236, 242
Galia, 101, 120, 125, 129, 143, 145, 176, 210, 214, 226, 227, 240, 252, 259, 262, 279, 282; vid.,
asimismo, Galia meridional Galia Lugdunense, 226 Galia meridional, 125, 129, 134s., 164,
171s.
Galieno, 212s., 222s., 256
Galos, 41, 47, 144, 156, 164
Ganadería, vid. agricultura
Gens, 18, 22
Germania, 135, 145, 151, 214
Germanos, 189, 247, 251, 253
Gerousia, 173
Guerras civiles, durante la República tardía, 110s.; en el siglo III d. C, 214s., 227
Guerra de los aliados, 97, 103s., 110
Guerra judía, 189, 211
Geta, 229, 238
Gladiadores, 86, 100, 224
Gordiana, 219, 235
Gordiano I, 239s.

-
- Godos, 214, 248
Gran familia, 133
Grandes ciudades, 136
Gravitas, 147
Grecia, 24, 28, 33, 66, 82, 87, 90, 97, 102s., 145, 160
Gregorio de Nacianzo, 286
Gregorio de Nisa, 286
Griegos, 19, 74, 89s., 143, 156
- Hambre, vid. carestía
Herejías, 252, 264, 289
Heliogábalo, 229, 235
Helvio Pértinax, Publio, 170, 205, 221, 222s., 238
Henrich-Mettich, inscripción de, 196s.
Herdonio, Apio, 30, 31
Heredabilidad de los oficios y profesiones, 228s., 249, 254, 273, 283; del status social, 150, 166s., 174, 205, 229s., 263, 273, 283, 289
Herodes Ático, vid. Claudio Atico Herodes
Herodiano, 222, 225, 238, 240, 242
Hierón de Siracusa, 20
Hippeis, 25
Hipona, 274
Hispania, 79, 82, 87, 114s., 120s., 134s., 143, 145s., 171, 213, 214, 216, 240, 251, 259, 262, 268, 276, 279, 285; vid., además, Bética, Hispania citerior, Hispania ulterior
Hispania citerior, 66, 151, 171, 175
Hispania ulterior, 66
Hispanos, 124s., 143, 164, 262
Homo novus, durante la República, 56, 70s., 73, 81, 88, 109, 116, 121, 124; en el Imperio, 154s., 163, 164, 166, 260, 263
Honestiores, 147, 151, 215, 231, 236s., 252, 254, 268, 270
Honorati, 256
Honores, 226, 235
Horacio, 170
Huida, de campesinos, 232, 239s.; de los colonos, 239s., 276s.; de los curiales, 267s., 279, 281; de los romanos a los bárbaros, 287; de los esclavos, 86, 98s., 209, 232, 277, 281
Humiliores, 147, 151, 154, 215s., 236s., 254, 268s.
Hunos, 248
- Icelo, 170
Iglesia, vid. también cristianos, 254s., 267s., 279, 284s.
Ilírico, 236, 263, 276, 277, 285
Imperio, vid. monarquía imperial
Imperio Romano de Occidente, 247, 251, 280s., 289
Imperio Romano de Oriente, 251, 289
Imperium proconsulares maius, 139
Indumentaria, 25, 139, 253
Industria, vid. manufactura
Inferiores, 176s.
Ingenieros, 185
Ingenui, 155, 180, 186, 193, 200; vid. también libertad

-
- Inquinus, 97, 275, 277
Instalación de los germanos en el imperio, 287
Institor, 186
«Inteligencia», estrato de la ., 185, 264
Interrex, 26
Invasiones bárbaras, 213s., 217, 227, 247, 251, 261, 285s.
Istria, 83
Italia, itálicos, 18s., 48s., 52, 60, 63, 65s., 81s., 87, 90s., 100, 103s., 108s., 118, 125s., 135, 143s, 149, 156, 159s., 164, 170, 176, 187, 196s, 203, 216s., 219s., 225s., 238, 259, 262
Iudex, en la República tardía, 107, 110s.; en el Imperio, 170s.
Iuniores, 38
Ius auxilii, 34
Ius Flavianum, 44
Ius honorum, 163s.
Ius intercedendi, 34, 58
Ius Latii, 154
Iustitia, 139
Jefe de mercenarios, 252
Jerónimo, san, 289
Juan Crisóstomo, san, 272
Judea, 198; vid., además, Palestina
Judíos, 151, 156, 189, 269
Juegos, 68, 141, 184s., 266, 274, 284
Juliano, 252
Jurados, vid. iudex
Juramento de fidelidad, 141
Jurisconsultos, vid. abogados
Juristas, 157, 160, 185, 222
Justiniano, 267, 269, 270
Juvenal, 149, 156, 162
Lactancio, 276
Lagodio, 285
Lanuvium, 123
Larcio Macedo, 185, 209
Latifundios, 122, 149, 194s., 202, 219, 234, 249, 260, 275, 285
Latinos, 19, 30
Lacio, 47
Latrones, 240; vid., además, bandas de salteadores
Latus clavus, 75, 152
Laurión, 99
Lauriacum, 273
Legatus Augusti, 141
Legatus Augusti pro praetore, 165
Legatus legionis, 165
Leges Liciniae Sextiae, 42s., 59, 71, 91s., 107
Lelio, Cayo, 91
Lex Aelia Sentia, 191
Lex agraria, 109
Lex Calpurnia, 92
Lex Canuleia, 39

-
- Lex Claudia, 58, 73
Lex curiata de imperio, 23
Lex Fufia Caninia, 191
Lex Hortensia, 42, 46, 53
Lex Iulia, 104
Lex Iunia, 192
Lex Manciana, 196
Lex Ogulnia, 45
Lex Ovinia, 46
Lex Petronia, 190
Lex Plautia Papiria, 104
Lex Poetelia Papiria, 43
Lex Publilia, 46, 55
Lex reddendorum equorum, 75
Lex Roscia, 75
Lex sacrata, 34
Lex Valeria de provocatione, 44
Lex Villia annalis, 69, 74, 91
Lex Visellia, 192
Ley de las Doce Tablas, 22, 29s., 35s., 43
Leyes, legislación: en la Roma primitiva, 42s.; en el siglo II a. C, 91; de Sila, 112; en el Imperio, 138; relativas a los esclavos y libertos, 190s.; en el siglo III d. C, 233; en el Bajo Imperio, 252, 265, 269s., 276s., 289
Leyes licinio-sextias, vid. *Leges Liciniae Sextiae*
Libanio, 268, 272, 274, 275
Libertad y carencia de ella, 28s., 49, 90, 96s, 121, 154s, 183s, 197, 202, 216, 233s., 253, 268; vid. también esclavos
Liberti, vid. libertos
Libertos, manumisión: en la Roma primitiva, 28, 43, 49; en el siglo III a. C, 61; en el siglo II a. C, 77, 84s., 88, 98; en el siglo I a. C, 118, 124s.; en el Principado, 137, 145s., 155s., 160, 170, 176, 181, 193s., 202s.; en el siglo III d. C, 216, 229, 233; en el Bajo Imperio, 272
Libertos imperiales, 142, 147s., 173, 180s., 202, 229, 232
Liburnio, 157
Licia, 178
Licinio Craso, Marco, 100, 122
Licinio Craso Dives Muciano, Publio, 71
Licinio Estolón, Cayo, 42
Licinio Lúculo, Lucio, 122, 128
Liturgia, 178
Livia, nuera de Tiberio, 152
Livio, Tito, 16, 27, 30, 31, 43, 87,
Livio Druso, Marco, 104, 108s.
Locatio, 234
Locupletes, 252
Lolia Paulina, 149
Luceres, 23, 35
Lúculo, vid. Licinio Lúculo
Luchas entre los órdenes, 20, 27, 31s., 40s.
Lugares de honor, 68, 75, 261
Macedonia, macedonios, 66, 82, 145

-
- Macrino, 223s., 225, 235
Mactar, 204, 242
Maestre del ejército, vid. *magister militum*
Magdalensberg, 134
Magister equitum, 45
Magister Larum, 208
Magister militum, 257, 262, 280
Magister officii, 260
Magister populí, 26
Magistrados, en la Roma primitiva, 19, 26, 34s., 46s.; durante la República clásica y tardía, 56s., 69s., 75, 89, 92, 129; en el Imperio, 142; en las ciudades, 154, 177s., 192, 225s.
Manumissio, vid. *libertos*
Mamilii, 55
Mancípium, 29s.
Manlio Vulso, Cneo, 71
Manufactura, artesanos: en Etruria, 19; en la Roma primitiva, 27, 33, 40, 49s.; en el siglo III a. C, 59s., 63; durante la República tardía, 77, 82s., 88, 127; en el Principado, 133s., 185s., 198, 202, 210; en el siglo III d. C, 215, 227, 233; en el Bajo Imperio, 247s., 255, 261, 271, 279
Manumissio, vid. *libertos* Marcial, 149, 155, 156, 169
Marciano, 189
Marcio Rutilio, Gayo, 45
Marcio Turbo, Quinto, 170
Marco (Marco Aurelio), 164, 169, 179, 212s., 221s., 229, 231, 238, 240
Mario, Cayo, 70s., 96, 105, 109s 118s.
Matrimonios, en la Roma primitiva, 22, 32, 36, 39; en las familias rectoras de la época del Imperio, 160s., 168; esclavos imperiales, 179s.; de soldados, 229; de colonos, 276; de esclavos, 188
Mauritania, 235, 259
Maximiano, 225, 235, 240
Maximino Trax, 214, 221s., 235, 238 239, 240, 241, 242
Mayoriano, 265
Médicos, 156, 169, 179, 185
Melania, 259
Mendigos, 185, 275
Mercenarii, 80, 127
Mesia, 145, 213s., 219
Militar, servicio militar, vid. *ejército*
Militia equestris, 172
Minería, minas, mineros, 20, 66, 84s., 88, 120s., 133, 138, 198, 215, 275
Minister Larum, 208
Minorasiáticos, 156, 227
Minturnae, 48, 99
Mitridates, 92, 97, 102, 114, 122,
Monarquía imperial, nacimiento, 101, 109s., 118, 129s.; como marco político, 131s., 207; fundamentos sociales y relaciones, 138s.; crisis y cambio, 213s., 235s., 246s.; derrumbamiento en el Occidente 278s.
Mos maiorum, 58, 89s., 121, 128, 243, 262, 289
Movilidad social, durante la República en el Imperio, 90s., 124s., 137, 155s., 202s., 242s., 255, 264, 284
Munera, 227s., 233, 265
Municipium, 48, 136, 144, 154, 171
Munificentia, 178

-
- Músicos, 38, 185
Mustis, 178
Nacianzo, 282
Nacolea, 181
Narbona, 141
Narbonense, vid. Galia meridional
Narciso, 149, 181
Navales socii, 63
Navicularii, 273
Negotiatores, 76, 253
Nerón, 134, 142, 150, 155, 156, 162, 164, 171, 209
Nerva, 151
Nexum, 30, 36
Nivelación de las capas inferiores, 231s., 239s., 268s.
Nobiles, nobilitas, 24, 54, 55s., 64, 70, 73, 79, 87s., 106, 109, 114, 122, 124, 162
Nobleza, en Etruria, 19; en la Roma primitiva, 20s., 31s., 40s.; en la edad de oro de la República, 54s.; durante la República tardía, 68s., 122s.; en tiempos del Principado, 140s., 159s.; en el siglo III d. C, 219s.; en el Bajo Imperio, 253s.
Nobleza ecuestre, 25, 37, 69
Nórico, 134, 145, 171, 172, 175, 186, 188, 227, 282
Nuceria, 99
Numidia, 239, 259, 279
Obaerati, 127
Obispo, 279, 284
Obsequium, 28
Octaviano, vid. Augusto
Odoacro, 252
Oficiales, 253, 264, 283
Ogulni, 55
Oikogeneis, 189
Oligarquía, 67s., 90s., 97, 105s., 127s., 138
Olimpia, 160
Onera invita, 228
Onomástica, en la Roma primitiva, 22; entre los senadores de la época del Imperio, 160
Operae, 28
Operarii, 80
Opramoas, 178
Optimates, 96, 111, 116s.; en las ciudades tardo romanas, 265
Oradores, oratoria, 157, 160, 262
Orden social, con los etruscos, 18; en la Roma primitiva, 21s.; evolución durante la República, 30 s., 40 s., 65 s., 94 s.; durante el Imperio, 153s., 213s., 246s.
Ordenes, estamentos (*ordines*), en la Roma primitiva, 24 s., 31s.; durante la República, 40s., 55, 71s., 108s., 127; durante el Imperio, 131s., 139s., 152, 168s., 173s., 200s., 219s., 235s., 252s.
Ordo Augustalium, 180
Ordo decurionum, vid. decuriones, curiales
Ordo equester, vid. caballeros
Ordo senatorius, vid. senadores
Ornamenta decurionalia, 179
Orosio, 286, 289
Ostia, 48, 175, 180

-
- Otacilii, 55
Oxirrinco, 232
Paganos, 250, 259, 264, 289
Paladio, 275
Palas, 181
Palestina, 276, 277
Panfilia, 210
Panonia, 134, 145, 181, 186, 195, 209, 213, 214, 219
Panonios, 172, 225
Panormo, 62
Papiano, 223, 236
Pastores, 29, 47, 82s, 87, 99s., 197, 209
Patavium, 168
Pater familias, 22, 29, 30, 36
Pater patriae, 141
Patres, 25, 31, 46, 49, 68, 159
Paires maiorum gentium, 26
Patricios, en la Roma primitiva, 23s., 31s, 41s.; en el Imperio, 166
Patrocinios, movimiento de los patrocinios, 285s.
Patronus, patronato, 28, 61, 193; cara a las comunidades, 175; emperador como patrono, 90; vid. también cliens
Paulo (apóstol), 210
Paulo (jurista), 223
Pax Romana, 133
Peculium, 192, 269
Pedagogos, 85, 185, 283
Pedanio Secundo, Lucio, 188, 209
Penestas, 20
Península balcánica, 120, 134s., 214
Peregrinos, 154, 193, 196
Perfectissimus, 225, 257s.
Pérgamo, 99s., 102, 114, 135, 188
Perpetua conductio, 234
Pértinax, vid. Helvio Pértinax
Pescenio Níger, 216
Petelia, 136
Petronio, 137, 148, 191
Petronio Probo, Sexto, 259
Phalerae, 25
Pietas, 139
Pillaje humano, 125, 189
Pirro, 47
Pistores, 273
Plateros, 185, 210
Plautii, 55
Plautus, 76s., 84s.
Plebiscitia, 34, 46
Plebs, plebeyos: en la Roma primitiva, 20s., 26s., 31s.; en la ciudad de Roma durante el Imperio, 139, 147, 184, 275; en la época imperial en general, 182s, 232s., 268s.
Plebs rustica, plebs rusticana, 181, 193, 239, 271, 275s.

- Plebs urbana, 181s., 270, 271, 272s.,
Plinio (Maior), 27, 149
Plinio (Minor), 136s., 151, 157, 159, 161, 163, 164, 169, 189, 190, 192, 195, 203, 209
Plutarco, 65, 122
Pobreza, en la Roma primitiva, 29, 33, 37s.; durante la República tardía, 77s.; en el Principado, 149, 169, 185, 197, 205; en el siglo III d. C, 215, 232; en el Bajo Imperio, 251, 268, 271s., 278s.
Poetovio, 177
Polibio, 52, 58, 76, 84
Pomerium, 18
Pompei (familia), 70
Pompeya (ciudad), 123, 136, 184
Pompeyo, Cneo, 113, 117, 122, 125, 129
Pompeyo, Quinto, 70
Pompeyo, Sexto, 102, 113
Pompeyo Senecio, Quinto, 161
Pomponio Ático, Tito, 123s.
Ponto, 267
Populares, 96, 103, 109s.
Populus Romanus, 23, 26, 29, 34
Porcio Catón, Marco (Maior), 25s., 27, 29, 31s., 42, 56, 71s, 84s., 91, 127, 163, 190, 194
Porcio Catón, Marco (Minor), 117
Porsenna, 20
Postumii, 70
Posesión, en la Roma primitiva, 26, 33, 37s.; en la República, 52s., 70s., 120s.; en tiempos del Principado, 136s., 147s., 159s., 168, 175, 186, 200, 202s.; en el siglo III d. C, 215s., 226s., 235s.; en el Bajo Imperio, 248, 252s., 260s., 270; del emperador, 140
Potentes, 252
Praefectus Aegypti, 173, 232
Praefectus alae, 172, 204
Praefectus annonae, 173 Praefectus cohortis, 172
Praefectus legionis, 172, 224
Praefectus praetorio, vid. Prefecto del pretorio
Praefectus urbi, 166, 210, 261s.
Praefectus vigilum, 173
Praetextati, 175
Praetor, praetura: en la Roma primitiva, 26, 45; durante la República, 69, 74; en el Imperio, 165, 257, 262
Precios, 232; vid. también precios de esclavos
Prefecto, prefectura del pretorio, 140 s., 150s., 173, 225, 234, 261
Prestigio, renombre, crédito, 37, 49, 54 s., 69, 122, 138s., 150s., 220, 225, 229, 234, 253, 256, 260s.
Primicerius notariorum, 260
Primores viri, 177
Primus pilus, primipilares, 170, 206
Princeps (emperador), 140
Princeps civitatis, 138
Princeps senatus, 26, 122
Principalis (en el ejército), 224, 229
Principalis (en las ciudades), 253, 265
Prisioneros de guerra, esclavización, 30, 60s., 65, 81s., 125, 187, 269, 285

-
- Privilegios, 24, 33s., 45s., 52s., 67s., 120s., 147s., 162, 166, 176, 193, 200, 202, 227, 230s., 234s., 253s., 258s., 264, 284
- Probo, 213, 223, 235
- Proceres, 139, 265
- Procónsul, proconsulado, 113, 159, 165, 261
- Procurator Augusti, procuradores, 142, 166, 173, 225
- Producción cerámica, 133; vid. igualmente *térra sigillata*
- Proletarii, proletarios, 36s., 76s., 89, 105s., 118, 125s., 143, 185
- Propiedad, vid. posesión
- Propiedad fundiaria, propietarios, en la Roma primitiva, 26, 42s.; en la República, 51, 59, 67, 70s., 78s., 106s., 120s.; en el Principado, 149, 159s., 193s., 209s.; en el siglo III d. C, 219, 225s., 232s.; en el Bajo Imperio, 249, 260s., 268, 275s., 279s.
- Proscripciones, 122
- Protección, 163
- Provincias, 50, 65, 82, 89s., 123s., 143, 164, 171, 211, 224s.
- Provinciales, 67, 82s., 123s.; integración en la sociedad romana, 123s., 143s., 164, 171, 202, 210s., 224, 234s.
- Provocatio, 44
- Prusa, 210
- Publicani, 76s., 82, 108
- Publilio Filón, Quinto, 45, 55
- Pueblo, vid. plebs
- Pupieno, 221, 241
- Puteoli, 123
- Quaestor, cuestura: en la Roma primitiva, 45; en el Imperio, 158, 165, 262; en las ciudades, 176
- Quaestor sacri palatii, 260
- Qualitas, 147
- Quasi coloni, 197
- Quattuorviri, 177
- Queruscos, 170
- Quintilio Prisco, Aulo, 177
- Quintiliano, 170
- Quirites, 23
- Radagaiso, 269
- Ramnes, 23, 35
- Rávena, 251
- Realeza, 19 s., 29
- Reforma del ejército: de Mario, 110s.; de Galieno, 222s.
- Reformas, 42s, 90s., 105s., 118, 128, 243, 258
- Regalos y fundaciones, 78s., 118, 123, 140, 160, 176s., 184, 189s., 225s.
- Religión, 23, 34, 58s., 90, 100, 208, 216, 243s.; vid., asimismo, cristianismo, culto imperial, iglesia, religiones místicas, sacerdotes
- Religiones místicas, 216, 243
- res familiaris, 22
- res privata, 139
- res publica, 58
- Resistencia contra Roma, 82, 87, 95s., 211
- Retia, 145
- Revueltas por hambre, 239, 279
- Rex 20

-
- Rodiápolis, 178
- Roma, nacimiento, 16s.; población y territorio en la época primitiva, 23; expansión, 40, 47s.; población en el siglo II d. C, 77s.; en el Imperio, 136, 271; como residencia imperial, 252; como residencia y patria de los senadores, 149, 159, 262; situación en el Bajo Imperio, 275, 287
- Romania, 289
- Rómulo, 18, 23, 28
- Rómulo Augustulo, 252
- Ruma, 18
- Rupilio, Publio, 70
- Rusticitas, 182
- Sabinos, 18, 23s.
- Sacerdotales, 253
- Sacerdotes, 26, 46, 59, 208; las ciudades, 178, 208
- Sacra familiae, 22
- Sacra gentilitia, 22
- Sacrosanctitas, 34
- Sacrum cubiculum, 250
- Salarios, vid. sueldos
- Sálasas, 188
- Salustio, 70, 116, 128
- Salona, 176
- Saltus Buritanus, 232
- Salviano, 265, 278, 286, 289
- Salvío, 100
- Salvio Juliano, 157
- Samnio, 259
- Samnitas, 47s., 61
- Scholae, 230
- Secessio, 33, 46
- Sectas, 208
- Sempronii, 70
- Sempronio Graco, Cayo, 81, 84, 103, 107s., 113s.
- Sempronio Graco, Tiberio, 79, 94, 105, 107s., 115s.
- Sena Gallica, 48, 61
- Senado: en la Roma primitiva, 26, 46; durante la República, 58 s., 87 s., 113, 117, 126.; en el Imperio, 136, 150, 220, 220 Senadores, orden senatorial: durante la República, 47 s., 68 s., 88, 109s., 122 s.; en el Principado, 138s., 159, 168, 173, 185, 201s.; en el siglo III d. C, 219, 236; en el Bajo Imperio, 253, 256s., 284
- Senatores (como clase de rango tardo-romana), 253
- Séneca, 144, 150, 183, 188, 191
- Senio Solemne, Tito, 226
- Séniores, 38
- Septimio Severo, 169, 212, 216, 221s., 223s., 229s., 238, 243
- Sergio Catilina, Lucio, 10, 118s.
- Sertorio, Quinto, 115, 119
- Servidores, 18, 29, 142
- Servilio Glaucia, Cayo, 116s.
- Servio Tulio, vid. Tulio
- Severo Alejandro, 214, 228, 229, 235
- Sextio Laterano, Lucio, 42, 45

Sicilia, 19, 51, 97, 98s., 114, 124, 259, 276
Sila, vid. Cornelio Sila
Símbolos estamentales, vid. Distintivos estamentales
Sinuessa, 48, 99, 133
Sociedad arcaica, 22s., 40s.
Societates publicanorum, 76
Socii, 48, 67, 81, 103s., 109s.
Sodaíes Augustales, 208
Soldada, 110, 229
Soldados, vid. ejército
Solva, 233
Spectabilis, 253, 261
Stipendiarii, 197
Sulpicio Rufo, Publio, 111, 116s.
Summa honoraria, 178s.
Sinesio, 268
Siria, 120, 123, 129, 136, 145, 213, 214, 235, 267, 275, 276, 285
Sirios, 99s., 156, 227
Soborno, vid. corrupción
Suelos, 157s., 171, 204, 223s., 232, 263
Tablas alimentarias, 149, 197
Tácito, 152, 157, 158, 163, 184, 188, 209, 221
Tácito (emperador), 221
Talión, 36
Tarento, 47, 83
Tarifa máxima de Diocleciano, 232
Tario Rufo, Lucio, 157
Tarquinio, 20, 30
Tarraco, 175
Tarso, 210
Tecnología, 136
Temistio, 258, 272
Tenuiores, 147, 252
Teodosio I, 248, 260s., 274, 282
Teodosiolo, 285
Terencio, 84
Terra sigillata, 134, 186, 215
Terracina, 48
Terreno de cultivo, vid. agricultura
Tertuliano, 144, 214
Tesalónica, 280s.
Thamugadi, 265
Thorigny, inscripción de, 226
Threptoi, 189
Thrysdus, 239
Tiberio, 84, 142s., 150, 151, 152, 155, 156, 160, 162, 164
Ticinum, 273
Tifernum Tiberinum, 160
Tities, 23, 35
Título de rango, 152, 167, 220, 225, 253, 256s., 261

Trabajadores temporeros, 80, 197, 237, 253s, 279

Trabea, 25

Tracia, 101, 223

Trajano, 133, 143, 144, 149, 150, 151, 155, 159, 171, 172, 178, 189, 196, 221, 224, 229

Trajano Muciano, 223

Treveriense, 170, 211

Tréveris, 251, 273

Tribunicia potestas, 138

Tribuno de la plebe, tribunado de la

plebe: vid. tribunus plebis

Tribunos militares, vid. tribunus militum

Tribunus cohortis, 172

Tribunus legionis, 172

Tribunus militum, 46; senatorial, 163; ecuestre, 173, 205 Tribunus plebis, en la Roma primitiva, 35s.; durante la República, 56, 69; en el Imperio, 165

Tribus, 23s, 35, 43, 57, 77, 104 Tributarii, 275

